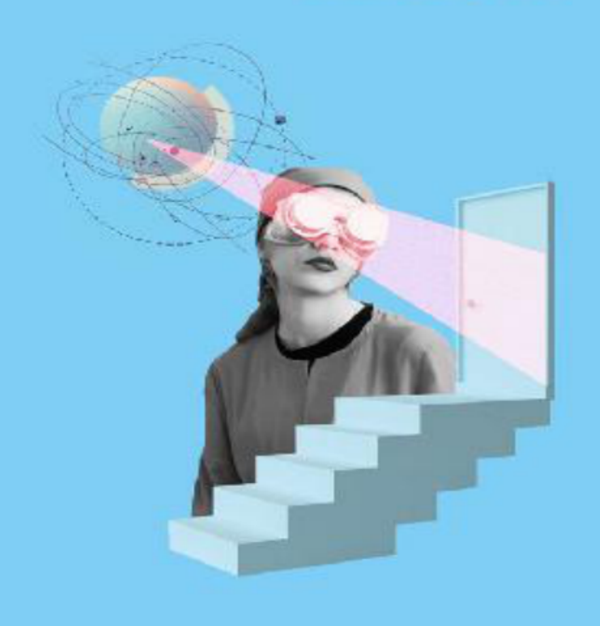
DE NUEVO CENTAURO

katixa agirre

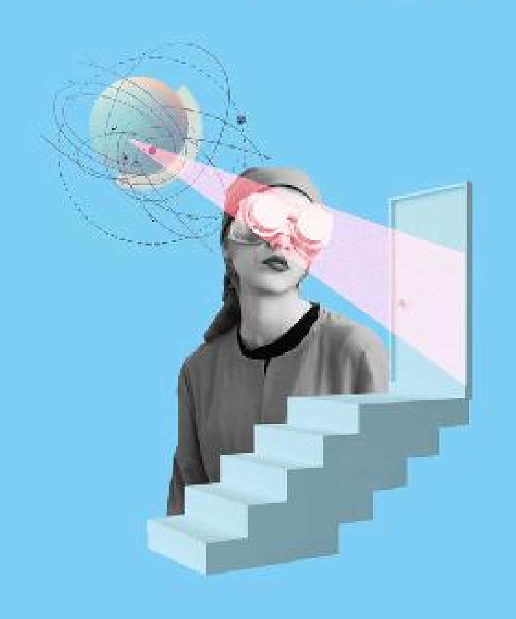


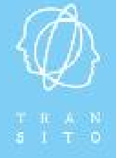


traducido por aixa de la cruz

DE NUEVO CENTAURO

katixa agirre

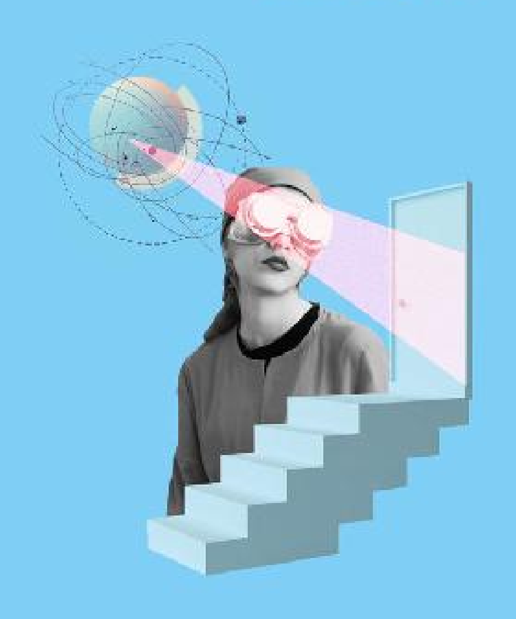


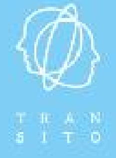


traducido por aixa de la cruz

DE NUEVO CENTAURO

katixa agirre





traducido por aixa de la cruz

Título original: Berriz zentauro

Autora representada por The Ella Sher Literary Agency

IMPRESIÓN: KADMOS

Impreso en España – Printed in Spain

IBIC: FA

ISBN: 978-84-125122-6-7

DEPÓSITO LEGAL: M-23339-2022

www.editorialtransito.com

Síguenos en:

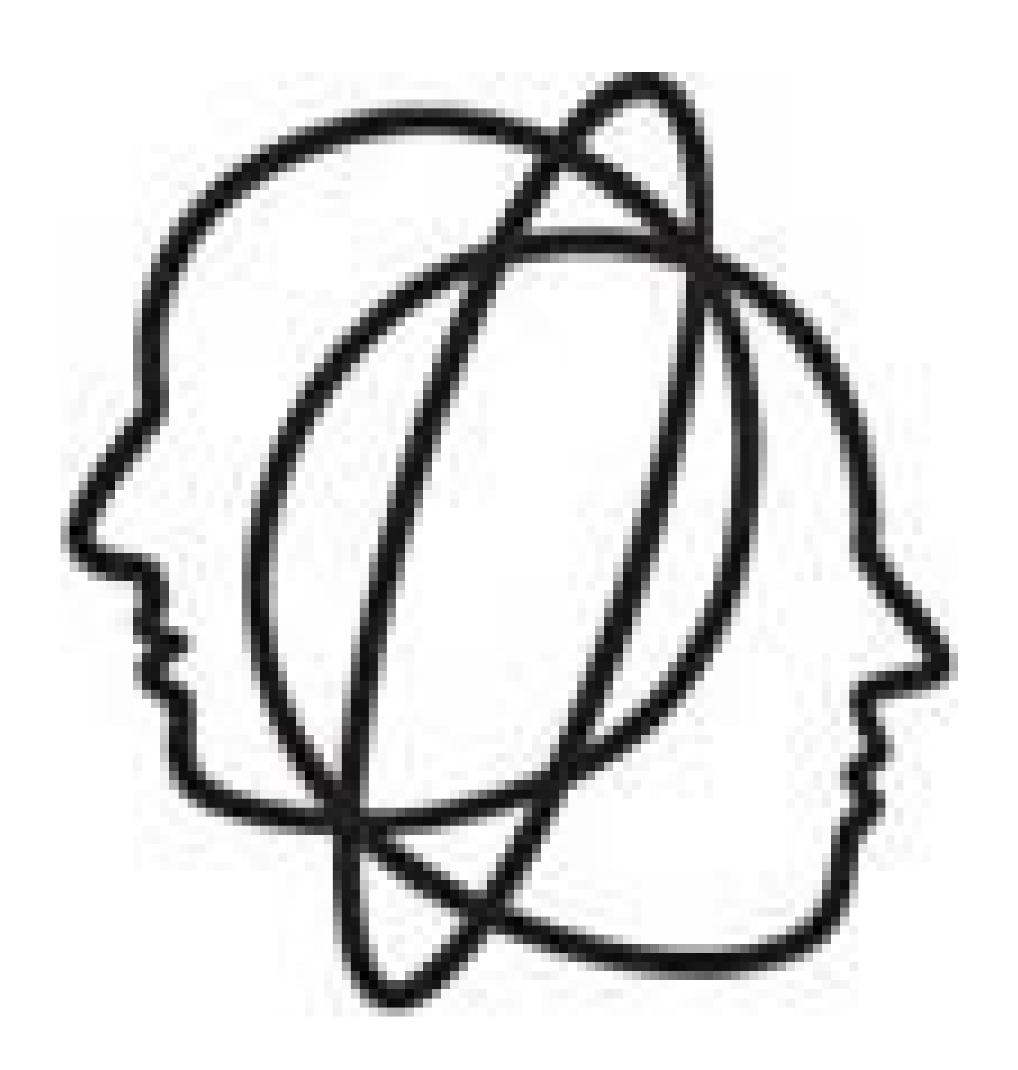
www.instagram.com/transitoeditorial

www.facebook.com/transitoeditorial

@transito_libros

DE NUEVO CENTAURO

katixa agirre



traducido por Aixa de la Cruz

Para Lea y Joanes,

y para todas las niñas y niños de hoy.

Pensando en su futuro.

Contenido

VR: realidad virtual. Simulación total, a través de gafas y otros artilugios, que es capaz de sacar completamente al usuario de su realidad.

AR: realidad aumentada. Tecnología que permite añadir elementos virtuales sobre la realidad de manera digital, enriqueciendo la percepción.

XR: realidad extendida. Mezcla total de realidad virtual y física, en la cual los objetos físicos llegan a interactuar en el entorno virtual y viceversa.

1

Las cosas empiezan así. Sin transición. Ese gesto, el de ponerse las gafas, lo cambia todo. Estás aquí y de repente ahí. O al revés.

Por ejemplo.

Tu cuerpo en un prado verde, de pie.

No, no es tu cuerpo.

Digamos mejor que es tu conciencia.

Olvida que tienes cuerpo.

Mejor así.

Siente cómo se disuelve.

Sólo el prado, el prado aquí. Verde. Tan verde. Aún está mojado, ¿lo sientes? El rocío, ese escalofrío lánguido. No juzgues tus sensaciones. Etiquétalas. Etiquétalas y déjalas ir.

Mira a tu alrededor, a izquierda y derecha. Sin miedo. Los rayos del sol hacen que todo sea más verde, tantos verdes diferentes, es embriagador, ¿verdad? Corre algo de viento, muy fino. El cielo está azul, azul infinito. Toma aire, más allá empieza el bosque, suelta aire, allí.

Sin casi darte cuenta, te has movido. Con la mirada, eso es: te fijas en ese punto lejano y ya. No tú, tú no te has movido (recuerda que no tienes cuerpo), pero sí tu conciencia. Los pájaros cantan. Pío. Sólo para ti. Esa tú que no eres tú, pero en fin. Uno de ellos se cruza en tu camino, doblas el cuello para seguir su vuelo, antes de que se pierda para siempre llegas a verle la cola brillante, mueve las alas lentamente, parece un dragón pequeñito. Miras hacia la lejanía otra vez. Avanzas de golpe. Ya estás en medio del bosque. Troncos rígidos, ondulados, troncos. Ciempiés gigantes de color rosa abrazan los árboles, perfecta coordinación de todos sus miembros.

Una libélula ahora, que cambia de color según va pasando por delante de tus ojos. Toma aire, disfruta de todo el oxígeno nuevo que te ofrece

este bosque, suelta aire, oxígeno limpio, todo para ti. Toma aire, llénate de esta paz, esta paz tan verde y tan salvaje, más lejos, aún más lejos, suelta aire, verás el mar, el aire se llenará de sal y yodo, las olas rugirán, toma aire, suelta aire, todo para ti.

Pero Paula no tiene paciencia para cruzar también ese bosque, para que la arena cálida le bese por fin los pies, para esperar a que su respiración y la respiración del mar acaben por sincronizarse. No tiene paciencia. Ya está. Se quita las OFtal, de manera brusca, y se desvanecen entonces el prado, el bosque, el mar, desaparecen los pájaros imposibles y los ciempiés rosas y gigantes. Explota la burbuja. Plop. Cuatro paredes de una habitación. C'est tout. Las cosas acaban así. Sin transición. Ese gesto. Estás ahí y de repente aquí, en este cuarto de hotel.

O al revés.

Y aquí, o puede que allí, son las dos de la mañana y a Paula no le queda más remedio que aceptar que ha recorrido el módulo NIX de arriba abajo y nada, de arriba abajo y fracaso, de arriba abajo y frustración. Tiene éxito el módulo NIX, mucha gente asegura que se han acabado los problemas de insomnio gracias a él. Promete mucho, eso es cierto: música tibetana, sonidos relajantes de naturaleza amable, sesiones ASMR, música en frecuencia de 432 Hz, un concierto entero de canto gregoriano en un monasterio de piedra, una voz incansable que contará ovejitas sólo para ti, varias sesiones de meditación guiada (kundalini, vipassana y transcendental), y esto, la última esperanza blanca, el abrazo de la jungla, la experiencia forestWellness. Que nadie pueda decir que su insomnio no tiene solución. No hay más que mirar el menú desplegable del módulo NIX.

Pero hoy no, hoy algo falla. Paula sigue despierta. ¿Qué puede ser? Es la falta de neopreno, claro. Ni siquiera tiene aquí los guantes.

Ahora se arrepiente de no haberlos traído.

Tenía que llegar este momento. Estaba orgullosa de su decisión, un tanto radical, casi épica, que sin embargo había tomado de manera natural. ¿Dependencia? Ninguna, si no, no habría resultado tan fácil dejar el traje en el armario de su dormitorio. Ahora ya no estaba tan segura. Es difícil, tan difícil, sentirse orgullosa de una misma a las dos de la mañana, respirando a duras penas en el pozo del insomnio.

Suspira y observa entonces su cuerpo. Ahí sigue, enterito. El neopreno, en cambio, se ha quedado en casa. Y aquí el cuerpo. Un cuerpo

pelado, despojado. Y, en fin, habrá que apañarse con esto. Pero, sinceramente, qué es este cuerpo: una palmera, un baobab, un platanero en pleno otoño. Cualquier árbol, en realidad, cualquier árbol repleto de insomnio. Un árbol que ha pasado el día absorbiendo un humo invisible —en la estación, en el tren, en el taxi autónomo—, y que ahora, concluida la fotosíntesis, explota y expulsa por todos sus poros lo absorbido, convertido ya en materia orgánica.

Esta insistente incapacidad para conciliar el sueño es la materia orgánica, el nuevo humo invisible, el veneno que invade la habitación. Una materia orgánica que no encuentra escapatoria en este hotel. Las ventanas no se pueden abrir; es este un edificio inteligente y, como tal, sabe mejor que nadie que los insomnes no deben abrir las ventanas, sacar la cabeza, llegar a fantasear siquiera con la posibilidad de una huida.

Las dos y diez. A la mierda todo. Paula se imagina entonces enfundándose el neopreno y entrando en las salas rojas de Delphi. No se salta ningún gesto, los repasa todos. La imaginación es un placebo. Se abren las puertas. Y allá que va.

Desaparece el tiempo en ese espacio sin zonas horarias. Incluso decir espacio es decir demasiado. Es la hora que quieras allí, en ese no-espacio, en esa burbuja, en esa nube acolchada. Es la hora que tú quieras si estás sola, o la hora que acuerdes con quienes te acompañen. Horario democrático y asambleario. Y no sólo eso. Allí el tiempo avanza a la velocidad que tú desees. Vertiginoso. Lento. ¿Y quién dice que siempre tenga que avanzar? También puede detenerse por completo. Habrá que devolver todo ese tiempo robado en algún momento, no está de más recordarlo. Aunque eso ocurrirá después, mucho después: dentro del neopreno no hay sino presente, presente ligero, presente límpido y neutral.

Si tuviera los guantes puestos, escogería ahora, con gestos cotidianos, su avatar. Un avatar es un permiso para dejar atrás el cuerpo.

Qué importante es escoger bien el avatar, diseñarlo con gusto y ganas, no reparar demasiado en gastos a la hora de actualizarlo. Al principio Paula tenía muchos, cerca de una docena, versiones baratas para un juego sin fundamento, pelo rubio, bigote negro, piel marrón, sombreros y gafas de sol. Aquello era el juego del quién es quién, un picoteo de aquí y de allá. Llegó a encargar avatares de su yo anciana y su yo niña, dos curiosidades que al final no le dieron ningún juego. Ha ido afinando sus opciones hasta quedarse sólo con dos. El primer avatar, realizado a partir de un escáner de su cara, la retrata fielmente

y, además, está programado para envejecer al mismo ritmo que lo hace ella, despacio y con sutileza, a traición. Si se encuentra con conocidos, estos pueden identificarla fácilmente, sin mirar el nombre de usuario. Todos los asuntos laborales los realiza con este avatar, también los encuentros con amigos, los eventos a medio camino entre el ocio y el negocio. Con el segundo avatar, nadie podría reconocerla. Se trata de un rostro generado por una inteligencia artificial, un encargo algo caro pero que mereció la pena. Este otro avatar no está programado para envejecer. Siempre treintaicinco, la edad que Paula considera óptima. Es alto, musculoso, con una tupida barba de color castaño, y viste siempre unos pantalones estrechos que le marcan la entrepierna. De constitución escandinava y rizos mediterráneos. Lo mima y le compra nuevos accesorios cada poco: camisas de marca, bigotes más finos. Está satisfecha con la última voz adquirida —también única y exclusiva—, su elección después de probar otro par de tonos y colores: oscura pero dulce, un chorro de miel espesa. Allí lo conocen como Viktor, en ese no-lugar, en esa burbuja, esa nube esponjosa.

Y ese es su secreto. Bien guardado en la burbuja. Allí, Viktor. Plop.

Si tuviera el neopreno a mano sin duda escogería ese segundo avatar para hacer frente al insomnio. Es la contundencia de la masculinidad lo que necesita en este preciso momento, esa manera concreta e inapelable de pisar el mundo. Y eso, ay, no puede dárselo el maldito módulo NIX. Necesita medidas más enérgicas.

Viktor, ven aquí, por favor.

Pero Viktor no viene. Se toca la cara y siente la piel suave, la mandíbula fina, el cuello delgado. Y entre las piernas, ese vacío.

Esto es todo lo que le queda entonces.

Y, en fin, habrá que apañarse con esto.

Se acaricia ese vacío entre las piernas, no más de diez segundos, quince como mucho, por encima del pijama, con los ojos cerrados, a desgana pero concentrada. No puede pensar en nada y nada ocurre. Un atasco. Un cortocircuito. Un fusible fundido. Una señal de que algo no va como debiera. Pero si tuviera enfundado el neopreno…

Suficiente. Debería dejar de pensar en el neopreno, no le está ayudando en nada. Los minutos siguen avanzando, malditos, y ella sigue despierta. Como ejercicio compensatorio, decide quitarse el pijama. Pide al asistente de la habitación que suba dos grados la

temperatura. Se desnuda despacio, como si no fuera una obligación. Y ahora, desnuda frente al espejo, se queda mirando ese cuerpo-palmera, casi desesperada.

¿Desesperada? ¡No puede ser! Un último esfuerzo, ¡vamos! Se endereza, estira el cuello y simula esa mirada desafiante que sólo ha practicado en su vida con tres o cuatro personas. Entonces aún emerge un halo apetecible que la rodea y la anima. Ahí sigue. Ese relámpago. Ese relámpago minúsculo. Si deja caer los hombros, retrae el cuello y la columna vertebral se hunde, entonces todo acaba: el vientre luce ahora como un acordeón sin aire y sin música, los pliegues se acumulan uno encima del otro. Reaparecen las ojeras, las arrugas de la frente, las cicatrices que dejaron las criaturas al abrirse paso, todas esas bolsas repletas de aire cansado. La imagen que le devuelve el espejo es la de una tarta de muchos pisos que, tras un fugaz momento de esplendor, se ha desmoronado sin remedio. Plop.

Ahora ya no es una palmera, ni un baobab. ¿Un plátano en pleno otoño? Ni siquiera. Una coliflor recién salida de la olla exprés, en el mejor de los casos.

Etiqueta tus sensaciones: piel seca, carne marchita, mansedumbre y decadencia. Etiquétalas y déjalas ir.

Lejos, que se vayan lejos.

No juzgues tus sensaciones: de acuerdo, ¿y eso cómo se hace? No sabes explicarlo, ¿verdad? Entonces apaga la luz, asistente inteligente, asqueroso, maldito asistente de pacotilla, vamos a ver si dormimos de una vez porque si no me va a explotar la cabeza.

Todavía desnuda —otra costumbre de hotel, igual que ese insomnio militar—, se mete de nuevo en la cama, que ya se ha quedado fría, y extraña entonces otro cuerpo, un cuerpo caliente, que caliente el suyo.

Y entonces, con esa simplicidad y asombro con los que se cumplen los deseos, con esa falta total de temor, siente una presencia junto a su cuerpo. Que cómo es posible, no lo sabe, pero ahí está. Todo empieza por las orejas: una bocanada fina de aire caliente. Cierta tibieza discreta luego, que le acaricia toda la piel, desde los pies hasta la cabeza y vuelta. Finalmente, un pequeño temblor sísmico en el colchón: 0,01 en la escala de Richter. Sin saber a ciencia cierta si tiene los ojos abiertos, la ve. Es ella, Mary Wollstonecraft. Dama de la Ilustración, vindicadora de los derechos de las mujeres, portavoz del amor libre. Acaba de atravesar unos cuantos siglos para estar aquí

ahora. Se agradece el detalle. Están cara a cara, la tiene tan cerca, es imposible dudar: es ella. Viste una robe a l'anglais gris, un turbante negro, discreto. Piel blanca, mejillas sonrosadas, labios carnosos, mirada estricta. Paula ha observado tanto su retrato en estos últimos tiempos que la visión le resulta del todo familiar. Es su último retrato el que más fijamente se le ha quedado en la memoria, obra de John Opie, realizado cuando Wollstonecraft estaba embarazada por segunda vez: tan llena de vida y tan cerca de la muerte. Ay, Mary…

La tiene tan cerca ahora, tumbada de costado, con un codo bien clavado en el colchón y una mano sujetando firme la cabeza, que se le ocurre que puede tocarla. Pero se detiene y recuerda que no tiene puesto el neopreno, que esto es otra cosa. Pero qué. No importa: tan cerca, tan contemporánea, tan rotunda y tan real que llega a verle las venitas bajo los ojos, los puntos negros de la nariz. El cuerpo de Mary Wollstonecraft es una orquídea.

—Bueno, Paula, pues aquí me tienes.

Le mira y le sonríe antes de volver a hablar.

—But, of course, if you'd rather speak in English…

Etiqueta tus pensamientos: alucinación, delirio, locura, imaginación trastornada, efectos colaterales del insomnio persistente. Etiquétalos y déjalos ir.

Pero que no se vayan muy lejos.

—*Je parle plutôt bien français, vous savez…*

Recuerda, no juzgues tus sensaciones. Saluda, por lo tanto, a tu invitada. Don't be rude. Pero la garganta de Paula no parece ser capaz de emitir sonido alguno. ¿Qué podría decirle? Qué tal, cómo vamos. Cualquier cosa sonaría ridícula. Prefiere mirar en silencio a la criatura. Aprehender todos los detalles. Recordarlo todo. Esto no puede durar mucho más. ¿O sí?

—¿Qué opinión te merece París, Paula? En mis tiempos, París era la capital del mundo. Todo ocurría aquí, todo ocurrió aquí, y yo lo vi. El Sena congelado, las plazas ensangrentadas. ¿Cuántos años tienes, Paula? No hace falta que me lo digas, seguro que tienes ya una edad a la que yo nunca llegué. No es que lo aparentes, en absoluto, ya sé cómo son las cosas en estos tiempos, he oído la palabra pilates, algo me suena de esa técnica puntera que llamáis antiage editing, por no mencionar la lavadora, ¡gran invento! Le das a un botón y magia. Por

eso sé que ya has debido de superar esa última edad mía. No te entristezcas por mí, Paula, disfruta tu suerte, tu tiempo.

Entonces lo sabe, piensa Paula, aliviada. Mucho mejor, así no me pondrá en una situación incómoda.

—Claro que lo sé, treinta y ocho años. ¿Joven? En mis tiempos nadie habría dicho tal cosa. Se apenaron mucho, eso sí, porque tuve que dejar a una recién nacida en manos de un viudo, a una recién nacida y a mi pequeña de tres años, mi querida Fanny, mi pobre bastarda. Treinta y ocho años. Conozco también los detalles. Esos once días de agonía. La trampa de la placenta hemocorial y la falta de costumbre de lavarse las manos de los médicos de mi época. No es necesario que sufras, Paula, mantuve la esperanza hasta el final, entre las sombras. Ya sabes a lo que me refiero, ¿verdad? Las sombras hoy en día son diferentes, eso ya lo sé. Hoy en día el gel hidroalcohólico no falta en vuestros hospitales. Tranquila, cariño, no hace falta que hablemos de eso si no quieres. A muy poca gente le gusta hablar de la muerte. Cada vez a menos gente.

Le ha llamado cariño, qué tierno ha sido eso. Quizá debería corresponderle con alguna cortesía similar. Pero no se atreve. En lugar de eso, piensa: sólo en París se visitan las tumbas de muertos ilustres. Nadie va hasta Bournemouth para ver una sepultura, así que esta dama ha tenido que venir desde Bournemouth. Seguro que Mary está tranquila allí, junto al mar. Ese es un pensamiento que tranquiliza a Paula de manera súbita. Ese mármol oscuro con la inscripción Wollstonecraft-Shelley bajo la lluvia de Bournemouth, tan cercano el murmullo del mar. Cuánta humedad y cuánta paz.

Paula ha tenido que dictarle una nota al asistente, un detalle al que puede sacarle partido: no había tenido en cuenta hasta entonces que Wollstonecraft hablaba francés, pero aquel era sin duda un buen contenido que añadir al módulo. Niko tiene razón, no puede dejar de trabajar ni un segundo.

Después se ha dado media vuelta, ha acariciado los bordes de su cuerpo-palmera, sólo por asegurarse de que sigue ahí, ha cerrado los ojos y ha sentido cómo Mary Wollstonecraft volvía tranquilamente a su tumba en la costa inglesa. El mundo se disuelve como un azucarillo y cae lentamente en un sueño dulce, dulce, dulce. Ya no sabe qué hora es en esa habitación de hotel en París.

2

Había tres hoteles en esta calle, en la Rue Meslay, en el momento álgido del turismo físico. No es una época tan lejana, Paula aún es capaz de recordarla. Aeropuertos, cambios de huso horario, contrastes repentinos entre climas diversos. Cuando se casó con Kai, por ejemplo —aunque parezca que ha pasado una eternidad, en realidad son trece años justos—, aún pudieron tomar un avión y pasar diez días en una isla griega. Fue un viaje caro, un lujo, pero no uno inalcanzable.

Entonces había tres hoteles en esta calle discreta muy cerca de la plaza de la República, en esta Rue Meslay. Un único hotel ahora: Hôtel du Plat d'Etain. Y así es en toda la ciudad, el número de hoteles se ha reducido en la misma proporción en todas partes. Pero no por eso han bajado los precios, en absoluto. La reducción de la oferta y la avidez por el lujo de los escasos demandantes —los únicos huéspedes son ahora los turistas asiáticos más ricos, capaces de pagar los kilómetros extra, y los hombres y mujeres de negocios dispuestos a pagar la tasa medioambiental— han subido las tarifas hasta límites absurdos. Este mismo hotel, un hotelito de tres estrellas sin aires de grandeza hace no tanto, está ahora al alcance de muy pocos, y para que esa exclusividad quede patente, pero evitando al mismo tiempo cualquier inversión seria sin garantías de retorno en un tiempo volátil, se ve plagado de detalles ampulosos, como ese holograma que te saluda en la entrada, te llama a un taxi autónomo o te da indicaciones. Un holograma que, con el aspecto de un botones de uno de esos hoteles míticos de la Costa Azul, no hace sino dejar en evidencia lo absurdo de su presencia e incluso de su oficio. El resultado, según Paula —y algo sabe ella de estas cosas—, les ha quedado bastante deprimente. Cuando anoche ese ser de luz vestido de rojo, de no más de veinte años, diseñado hasta el último pelillo de su bigote incipiente, la saludó con amabilidad, ella simplemente lo ignoró y cruzó las puertas del hotel cargada de vergüenza ajena.

Por suerte, en la recepción la esperaba una persona de verdad y, con toda la dignidad que pudo, Paula le explicó que prefería estar en uno de los pisos bajos, a ser posible en el primer piso. No le explicó que prefería no usar el ascensor, ni por qué, aunque a menudo sentía la tentación de humillarse frente a los desconocidos. La mujer tras el mostrador le tendió la tarjeta de la habitación 105 sin hacer preguntas. Merci beaucoup.

Un sentimiento de plenitud se infló en el pecho de Paula en ese instante, mientras tiraba de su maleta queriendo alcanzar el primer piso. Qué importante era alojarse en esta calle, la Rue Meslay, y por fin estaba aquí. Había llegado a su destino. Al primero de ellos, en cualquier caso. Era importante alojarse en la Rue Meslay, y qué alegría, qué buenos presentimientos cuando descubrió que quedaba un hotel en esta calle. Aquí, aquí tiene que ser, le dijo al asistente, y dicho y hecho.

Meslay, o Meslée, como se escribía entonces: la primera residencia de Mary Wollstonecraft cuando llegó a París, en medio de la Revolución; su cuartel de invierno, su atalaya, su habitación propia, su cueva y su refugio. Y cómo sería viajar desde Londres a París en aquella época: los peligrosos caminos ingleses, la travesía marítima con todas sus olas, el viaje de tres días en carro desde Calais hasta la capital, los retrasos sin razón aparente, los intentos de los estafadores, cuchicheos, aullidos e inquina, los agujeros en las carreteras y las noches, esas noches definitivas sin luz eléctrica. Y todo ello, todo, sufrido desde un cuerpo de mujer. Pero llegó, y lo hizo sola. Cruzó las murallas de París y se estableció aquí, en esta calle. Rue Meslée. Aquí. Cerca, tan cerca de la torre del Temple, que quizá llegara a escuchar los suspiros desdichados de Luis XVI y María Antonieta. Ahora ya no hay torre del Temple, no hay murallas, no hay Luis XVI ni María Antonieta. Por no haber, no hay ni Rue Meslée, ya que ahora la llaman Meslay, pero en fin, close enough.

Qué importante era estar aquí, aunque ya no haya nada de lo de entonces. Porque lo habrá, claro que sí, en eso radica el objetivo de este viaje. Habrá barullo, habrá torres y prisiones, pasquines y oradores excitados gritando desde tabernáculos improvisados; habrá carros, caballos, excrementos de caballos, cafés elegantes y el caos de los mercados, prostitutas y pescaderas, verduras pisoteadas, miradas lascivas, barro. Y estará ella, Mary Wollstonecraft, dama de la Ilustración y viajera aguerrida, la que anoche se le apareció para librarla del insomnio, cálida, dulce y contemporánea.

Ese es el trabajo de Paula: reconstruir lo que falta. En el interior del vacío, crear algo palpable. La nueva fábrica de sueños no está en Hollywood, sino en las empresas que producen realidad virtual.

Pero antes de producir, antes de crear, Paula debe darle forma al sueño en su cabeza. Su trabajo requiere de la participación de programadores, arquitectos, diseñadores, artistas y un sinnúmero de expertos. Sin embargo, antes de los presupuestos, los bocetos, las subvenciones, los códigos interminables, los prototipos, la

optimización, los tests de calibración, el plan de marketing y la coordinación de todo ello, antes de poner en marcha a ese ejército imparable, todo está dentro de ella. Ella da la señal: ahora. Ella dice: así.

No es sólo eso. Paula no es tan arrogante. Sabe que no todo está en su mano, que, incluso impartiendo las instrucciones correctas, las cosas se pueden ir al traste. Porque una vez llevada a cabo la coreografía —presupuesto, boceto, prototipo—, todavía falta lo más difícil. El último salto. El pasito que puede mandar todo ese trabajo a la basura o al cielo. Y es que también se pide el alma y el cuerpo de los usuarios. El usuario, el cliente, el consumidor. Sin él, imposible. En algún sitio debe resonar esa música marcial. En verdad, es mucho lo que se les pide a esos usuarios, clientes y consumidores. Esto: la sumisión voluntaria de todos sus sentidos. Deje su percepción en nuestras manos. Olvide lo que está viendo, nosotros le diremos qué está viendo. Así funciona la magia. Sin transiciones. Estás aquí y de repente allí. Las gafas, los guantes, el neopreno.

Nos vamos.

¿Quieres venir con nosotros?

La nueva fábrica de sueños no está en Hollywood, sino en la conciencia entregada de quien se atreve a adentrarse en Delphi. Ahí están las pantallas blancas del sueño: en el interior de cada cual. Paula se lo imagina y todos esos usuarios, clientes y consumidores se unen a la fiesta. Es hermoso, es difícil, maravilloso y terrorífico. Paula tiene un poder, y también siente el peso de la responsabilidad. Tiene que hacer las cosas bien. Se han acabado los puntos medios, las chapuzas. Ahora es la creadora de un mundo nuevo.

Así ha encontrado Paula su vocación, aquello en lo que es realmente buena, aquello que le ha traído felicidad y, por qué no decirlo, dinero. Después de haberse perdido por muchos atajos.

Hacía dos años que habían firmado el acuerdo de reducir los viajes en la empresa. Y habían sido firmes: se habían acostumbrado a hacer las reuniones, las negociaciones, las presentaciones y los seminarios a través de las salas profesionales de Delphi. Tenía sus inconvenientes, pero también era cómodo y ahorraban mucho tiempo gracias a ello. Todo el mundo se acostumbró más rápido de lo que pensaban. Pero era el momento de hacer una excepción, y Paula le explicó

pausadamente el motivo a su socio Nikola.

Porque se lo pedían las tripas.

Porque necesitaba alejarse de casa.

Porque su mayor fantasía erótica era estar en una habitación de hotel a solas.

No, no se lo explicó así. Utilizó otro tipo de excusas: rigor, atmósfera, detalle, verdad. Aquel proyecto tan bien financiado y de tan altas expectativas debía quedar impecable. Para enriquecer sus argumentos, trajo a colación el asunto Mirande, aunque sabía que resultaría doloroso; precisamente porque sabía que resultaría doloroso. Se trataba de otro módulo ubicado en París que se había estrenado tres años antes y había sido hackeado de manera inmediata, lo que les causó un sinfín de dolores de cabeza.

Paula diseñó aquel módulo que seguía los pasos y el recorrido literario de Jon Mirande sin viajar a París y sin salir de casa, a decir verdad. No parecía más que otro encargo para el departamento de Educación. Pero Paula tuvo dudas desde el principio. La época de la cancelación había pasado, el sistema literario y el educativo estaban ahora de acuerdo: había que recuperar el trabajo de Jon Mirande porque comprendía obras maestras, la pobre historia de la literatura vasca no se podía permitir la pérdida de una pluma notable como aquella. Pero debían quedar al descubierto todos los claroscuros del personaje. En su contexto, por supuesto, pero sin tratar de endulzar sus mezquindades. Alcohólico, nazi, putero. ¿Pedófilo, tal vez? Sí, sí, todo ello. Con todas las letras, además. Y, ahora, leamos sus obras. Aplaudamos su prosa. Llamémosle pionero por el lirismo con el que habla de las relaciones sexuales lésbicas.

Aquel era el nuevo consenso. Las directrices que llegaban de Educación.

Paula no estaba tan segura. En su época no se estudiaba en el colegio, y no lo echó en falta. Sentía una especie de escalofrío al observar aquel rostro corriente, al leer aquellas palabras llenas de resentimiento que aparecían en sus obras. Le resultaba enormemente antipático.

Por eso fue un trabajo hecho con prisa y sin ganas, no lo niega. Se limitó a recopilar bibliografía, gestionar algunos derechos de autor, concertar entrevistas con tres o cuatro viejos académicos. Sin complicaciones, un trabajo rutinario. Puede que aquello no tuviera que ver con el hackeo y con lo que vino después —podrían haber

hackeado igualmente otro módulo para el que se hubiera documentado con rigor—, pero en la cabeza de Paula había una conexión clara: el de Mirande era el caso de un trabajo hecho sin demasiado fundamento que tuvo consecuencias imprevistas. Y quería evitar aquello si volvían a ubicar un módulo en París. Nikola tenía que entenderlo.

Y así fue.

Nikola no sospechó nada.

Dos noches en París, por tanto, con un día entero entre medias. Y luego otra noche en Londres, entre dos días. Tramitar la visa para el Reino Unido les resultó particularmente difícil, y no la consiguieron hasta el último momento, mediante el pago de una tasa exprés. El nivel de paranoia y burocracia de aquella última monarquía de Occidente era espantoso. Lo cierto era que Paula no tenía muchas ganas de ir al país de nacimiento de Mary Wollestonecraft. Al parecer, cuando sus madres eran jóvenes, todo el mundo iba allí a aprender inglés. Allí fue donde se conocieron sus madres, de hecho: dos jovencitas de la misma ciudad, en un pub de Shoreditch. Ahora, los viajes son prácticamente imposibles y la necesidad de estudiar idiomas también está decayendo a medida que los traductores simultáneos automáticos se hacen cada vez mejores. Quien estudia lo hace por afición, como un simple hobby, y sin salir de casa. En Delphi se puede aprender estupendamente cualquier idioma con la ayuda de un profesor virtual y con el acento de tu elección, con la ayuda de una cuadrilla entera dispuesta a salir contigo de paseo si así lo necesitas.

El panorama que mostraban los medios no era muy tentador, además. El aislamiento, los disturbios, ese querer culpar siempre a los extranjeros. Se daba la misma tendencia en toda Europa, pero Paula tenían la impresión de que, siendo una isla, y con las dificultades de viajar por mar, todo se amplificaba. Además, no había hoteles por las calles en las que vivió Wollstonecraft, la mayoría de las calles de esa época ni siquiera existían después de las grandes reformas acometidas tras la última inundación. Y aquello era importante en la cabeza de Paula, aunque fuera un pensamiento totalmente irracional.

Pero si quería venir a París, ¿cómo iba a justificar ante Nikola su rechazo a Londres? Iría, por supuesto. Dar un paseo por los alrededores de Newton Green —allí abrió Wollestonecraft una escuela para señoritas cuando tenía veinticinco años, y el parque que llevaba su nombre, por lo menos, seguía allí— no le haría ningún mal. Además, se animó un poco al saber que también tendría ocasión de

visitar Shoreditch, porque la calle Primrose, en la que nació Mary Wollestonecraft, estaba cerca del barrio en el que se conocieron sus madres. Tenía la esperanza de contárselo y despertar en ellas una chispa de emoción. Por desgracia, ya no se acordaban del nombre de aquel pub. ¿The Crown and Anchor? ¿The Malt and Mardle? ¡A saber!

En cualquier caso, sí, iría a Londres, por supuesto.

Pero estaba mucho más emocionada aquí, para qué negarlo. En la ciudad de la luz. En la maravillosa ciudad que los romanos llamaron Lutetia Parisiorum.

Además, aunque vivió tres años en París, mucho menos tiempo que en Londres, los de París fueron los años más importantes, más significativos, de la vida de Mary Wollstonecraft. Los años de la revolución y el amor libre. O dicho de otro modo: los años de la guillotina y el láudano. Por eso París. Por eso aquí.

Era un acuerdo para «reducir» los viajes lo que habían firmado, y no uno para abandonarlos por completo. Por otro lado, qué narices, todo el mundo sabía que aquel documento que firmaron las empresas tech no era más que una estrategia de marketing, una forma de ganarse a la opinión pública tras el escándalo de las etiquetas fraudulentas «Green Al». En la práctica, quien podía costearlo seguía teniendo el mundo a su alcance. Y la empresa HAPTIK formaba parte de ese club selecto, aunque quisiera dar a entender lo contrario con sus oficinas neutras y sus discretas fiestas de invierno en las que sólo se servían cervezas orgánicas y anacardos. Por tanto, sin contemplaciones. El hotel, el viaje en tren —hacía diez años que se habían prohibido los vuelos de menos de 1.500 kilómetros—, reorganizar la agenda de casa y à tout à l'heure! Estaría de vuelta antes de lo que pensaba —ochenta horas para la humanidad, una huida en toda regla para ella—, lista para empezar el módulo de Wollstonecraft, llena de inspiración, completada la fotosíntesis.

Precursoras del feminismo 1. Una de las claves del éxito de la empresa HAPTIK radicaba, al parecer, en la versatilidad de sus módulos. Eran expertos en módulos que se incrustaban bien tanto en las salas de educación como en las salas de ocio de Delphi. Por tanto, aunque el proyecto Precursoras del feminismo estuviese financiado en una primera fase por el Laboratorio para la Innovación Educativa de la Confederación Europea, tendría otro tipo de aplicaciones más tarde, sobre todo en el ámbito del turismo virtual. El módulo podría utilizarse desde los primeros

niveles de la educación primaria hasta los cursos avanzados de la universidad, y tendría contenidos transversales: feminismo, historia, literatura, idiomas. Con dichos contenidos simplificados o adaptados, el módulo se ampliaría al público general, para que el turista tranquilo callejeara por el París de la Revolución con calma, para que conociera el Londres de los comienzos del Romanticismo. Todo ello sin moverse de casa y con Mary Wollstonecraft de guía, profesora y amiga. Estaban en la edad de oro del turismo virtual, y había que aprovechar el momento.

Paula amaba su trabajo, aunque no lo dijera nunca en voz alta.

3

Se ha despertado temprano y temprano ha salido del hotel. Sin desayunar. Puede encontrar croissants mejores y más baratos en cualquier esquina antes que en ese bufé mugriento. Además, siempre se siente más despierta en ayunas, como una cazadora al acecho. Así que se sumerge en el placer de pasear sin rumbo por la ciudad. Las plataformas de sus zapatos hacen tac, tac, tac sobre la acera. Este puede ser el comienzo de una película, y se aferra a la ilusión de ser la guionista y la directora en estos primeros instantes de la mañana.

¿Por qué se ha despertado tan temprano, sin haber programado ninguna alarma? ¿Por qué no está cansada después de la noche revuelta? ¿Por qué le resulta estimulante este frío de enero? Por la euforia. ¿De dónde le viene esta euforia? De viajar, después de tanto tiempo. De estar sola, después de tanto tiempo. De haber recibido anoche la bendición de Mary Wollstonecraft, después de tantas dudas. Hay muchos motivos para esta euforia, esta euforia es un regalo, este nuevo día que se despereza ante sus ojos. Adelante, pues. Tac, tac, tac. Un regalo: se puede abrir sin cuidado, destrozando el papel que lo rodea. ¿Le vendrá después el bajón, tan de improviso como esta euforia? Seguramente, pero mientras tanto, tac, tac, tac.

Hasta las doce no ha concertado ninguna cita. No tiene nada que hacer salvo buscar lo que le dijo a Niko: rigor, atmósfera, detalle, verdad. Son las ocho de la mañana, aún no ha amanecido del todo, una luz gris ensucia la hermosa ciudad. El silencio es imponente. Pasan silbando los autobuses, los taxis autónomos y los tranvías, sin parar, sin apenas hacer ruido. No hay mucha gente caminando. Alguna bicicleta a cada rato. Las calles limpias: tampoco este invierno ha nevado. El séptimo invierno sin rastro de nieve.

Junto a la parada de metro de Temple ve a un hombre. De lejos no logra interpretar sus gestos, pero son prolijos, llaman la atención. Joven, veinte o veintidós años como mucho, moreno, habla en árabe. Lo tiene más cerca ahora. No es correcto decir que habla, ya que está en pleno llanto, hipando, y de vez en cuando intenta enhebrar palabras y frases. Lleva las OFtal puestas, del modelo 7.3 o 7.4 como poco, y las gafas XR son tan pequeñas que dejan al descubierto el desastre, para quien quiera verlo: las lágrimas caen por debajo de las gafas; los mocos, colgantes, le han ensuciado la mitad de la cara; y la

garganta… Paula ve cómo se le encoge en busca de aire cuando pasa por delante de él. Aunque no lleva guantes hápticos, mueve las manos y los brazos como si quisiera atrapar algo. ¿Con quién estará hablando? ¿Quién estará en estos momentos frente a sus ojos? ¿Qué noticia le han dado o qué noticia ha tenido que dar él? ¿O acaso no hay ninguna noticia nueva sino el enésimo retorno a los viejos asuntos de siempre? No ha entendido ni una de las palabras del chico, pero se le desploma por completo el ánimo ante semejante espectáculo. Menuda euforia endeble la suya.

En cuanto cree que ha dejado atrás al chico, ella también se pone las OFtal y llama a casa. Sabe que no es un buen momento, porque el protocolo del desayuno estará aún en su apogeo. Aparecer allí, en mitad de la cocina, en el meollo de ese caos repetido, queriendo llamar la atención de uno o de otro, está completamente fuera de lugar, lo sabe. Sabe que es ridículo, porque apenas han pasado quince horas desde que abrazó por última vez a sus hijos, ellos ni habrán reparado aún en su falta. Quizás no se den cuenta hasta que vuelva.

Y precisamente por eso la necesidad de llamar. Es una urgencia masoquista. Estando fuera (no sucede a menudo, como es evidente, y de ahí el apremio de este viaje), llamar a casa y comprobar que todo sigue adelante sin ella, que, a través de la fuerza de la rutina, enseguida llenan su ausencia o, dicho de otro modo, comprobar que siguen siendo una familia sin ella le provoca alivio, y también mucha tristeza. Si se muriese, ellos no se morirían. Si se muriese, la muerte no sería lo peor, no, el mayor castigo sería subir al cielo y observar desde allí cómo la vida sigue adelante, el padre con sus tres hijos, juntos ante todas las vicisitudes de la vida. La vida adelante, adelante, adelante, y ella sin poder rozarla, a pesar de no poder apartar los ojos del espectáculo.

No debería llamar, es cierto, pero tiene el corazón encogido por haber visto las lágrimas del joven, necesita un poco de calor doméstico ahora mismo y ese deseo le basta para obviar los reparos. Contesta a la llamada su hija, que está de pie junto a la puerta a la espera de que lleguen los demás, con la funda de las OFtal colgando del hombro. La cámara de 360 grados situada en el recibidor ha reconstruido en el interior de las OFtal de Paula una escena en tres dimensiones: ve tan bien a su hija que podría llegar a abrazarla. El padre está dándole un repaso al pelo de los gemelos, la caza matutina de los piojos, le dice la niña con cara de asco. Los avances en terapia génica han reducido la mortalidad por cáncer en un 80 %, pero la solución final contra los

piojos aún está por descubrirse, piensa Paula, con la incredulidad de siempre. Aparte de eso, la niña no tiene gran cosa que contar, está algo tensa porque no le gusta llegar tarde al colegio. Su hija no tiene puestas las OFtal, se conforma con la imagen cuadrada y bidimensional que le devuelve la pequeña holopantalla instalada en el recibidor. Allí tiene a su madre, en ese rectángulo lejano, pequeña e inútil. Una bonita metáfora de la adolescencia inminente, piensa Paula: ella pendiente siempre de cada una de las aristas de su hija, atenta a las nuevas dimensiones que van creciendo y preocupada por todos los detalles, aún bajo la ilusión de que el destino de esa jovencita depende de ella; y su hija conforme con esta madre entrometida de dos dimensiones, sin querer ampliar el cuadro, enfadada incluso si la llamada se alarga demasiado. Paula cada vez más plana, más banal, en blanco y negro, y ella abriéndose al mundo, imponiendo su cuerpo, irradiando luz nueva, propagando sonido ambisónico, recorriendo caminos desconocidos por ese fascinante continuo espacio-tiempo.

¿Por qué no puedo ir sola al colegio?, le dice ahora. ¿Por qué tengo que esperar a estos dos imbéciles?, le pregunta a su madre. Escucha, Deba, cuando vuelva hablaremos sobre esto, ¿vale? Lo organizaremos, sí. Paula se tiene que recordar a sí misma que, por mucho que le resulte increíble, la niña tiene once años. Y que once años son toda una vida, suficientes para producir a este hermoso y malencarado ser humano de metro cuarenta y pico centímetros. En el último momento se acercan Kai y los gemelos, con mochilas, cornetas de cartulina y una funda de OFtal cada uno. Llegan gritándose, porque el uno le ha hecho daño al otro y porque el otro le ha gritado al uno algo que le ha resultado terriblemente ofensivo o quién sabe por qué, no puede entenderlo y tampoco le interesa demasiado, a mil kilómetros de la escena.

Los gemelos apenas la saludan con la mano, el marido le asegura que todo está bien, en el último instante le manda un beso Adur, que siempre ha sido el más cariñoso y el más sentido y también el más llorón, adióoooooos, le dice Artibai, poniendo toda su energía en hacer payasadas, como de costumbre, y su hija se despide con un gesto de barbilla, tibia con la promesa tibia de su madre, y Paula les dice cualquier cosa, que pronto volverá y que igual les trae regalos, pero al otro lado cortan la llamada antes de que pueda terminar la frase. Sabe que ha movido demasiado los brazos, de pie y quieta en esa esquina entre las calles Turbigo y Temple, como si pudiera tocar a sus hijos, pero no le importa, en los últimos años a la gente han dejado de darle vergüenza estas cosas, no es como cuando ella era joven. En aquella época, las llamadas de realidad virtual solían

hacerse en privado, nunca en la calle. El cambio fue casi de un año para otro, pillándolos a todos desprevenidos.

Debería guardar las OFtal para que aparezca de nuevo ante sus ojos la ciudad de París, ese París sin artificios, esa ciudad de asfalto y de cristal, silenciosa y limpia. Pero como ha llegado la hora de conseguir un croissant y un café con leche, en lugar de quitarse las gafas se mete en la aplicación GUT, sin dejar de subir por la calle Turbigo, para poder ver las opiniones y puntuaciones de todas las cafeterías frente a las que pasa. La tercera le resulta aceptable, ya que tiene 4,6 puntos sobre 5 y croissants que al parecer son magnifique. Se quita las OFtal antes de entrar, ya sabe que la aplicación todavía tiene datos de sobra para ella, los componentes y calorías de los alimentos, la hora a la que han limpiado por última vez los baños y el nivel bacteriano actual, los minutos que faltan para la siguiente hornada de croissants. También puede ver las puntuaciones de los trabajadores, basadas en uno de los cinco gestos faciales que les ha dedicado el cliente anterior, y siempre le ha parecido una perversión de la aplicación. Nunca la usa. Hace el pedido, por tanto, sin las OFtal. Un-croissant-et-un-café-au-lait-s'il-vous-plaît. Junto al enorme ventanal, desayuna contemplando el pacífico trasiego de la calle Turbigo y su estado de ánimo vuelve a repuntar, quizás no hasta los niveles de cuando salió por primera vez del hotel y respiró el aire de París, pero bueno, tampoco está tan lejos de aquella efervescencia. Pide un segundo café, un expreso esta vez —sin un segundo café no se puede rematar un desayuno—, queriendo aferrarse a ese estado mental y emocional.

La intención, el objetivo —¡se acaba de dar cuenta ahora!— es seguir a pie el camino que va de Temple a Tullerías: es el mismo camino que hizo Luis XVI desde la cárcel hasta la Convención Nacional, cuando empezó el juicio en su contra. Él lo hizo en carro, rodeado de guardias. Pero ha llegado el momento de abandonar esta amplia calle de Turbigo, porque se construyó más tarde, en la época del Segundo Imperio, y el séquito del rey no pasaría por aquí, no. Lo haría por las calles pestilentes del barrio del Marais, y ahora mismo Paula se siente capaz de reconstruirlo, ya que el Marais es prácticamente el único barrio que se ha librado de las remodelaciones que inició Haussmann, la última huella del París estrecho, sucio y medieval que conoció Mary Wollstonecraft.

Sale a la calle con el valor que infunde la cafeína. Las OFtal le marcan un camino, pero, una vez memorizado, se quita las gafas y emprende el recorrido dejando que la inspiración se adueñe de ella.

Allá va.

Sería bonito seguir, junto a Mary, el carruaje del rey por estas callejuelas. Mientras, la mujer, en tanto corresponsal internacional bien informada, podría ir dando explicaciones. Esa es la clave del proyecto. Conocer a Mary, y conocer también su tiempo. Que la historia no sea como se enseñaba en las escuelas de otra época, un proceso cerrado y sellado, la flecha certera que parte de un punto y se clava en otro, sino algo similar al vuelo de un pájaro, el dibujo de un relámpago sobre el cielo oscuro, el ir y venir eterno y siempre distinto de las olas del mar; un misterio vivo, un espectáculo orgánico, imprevisible y de carne y hueso. Aunque la carne y el hueso sean producto de un motor gráfico 3D.

Wollstonecraft lo explicará todo al instante, mientras se aparta para dejar paso al carro del rey o incluso mientras el carro del rey la ensucia de barro, y además de aportar los datos históricos, también contará sus propias impresiones, guiando la atención del estudiante de aquí para allá, animándolo a participar, abriendo puertas, cogiendo objetos, abrazando a los parisinos y dándoles ánimos. Todo lo contará con rigurosidad, pero también con cercanía, en el idioma elegido y adaptando el discurso a los distintos niveles del alumnado. Cuántos días duró el proceso contra el rey, cuántos diputados pedían su cabeza —y cuántos la requerían esa misma noche—, cuántos preferían mandar al ciudadano Capeto —despojado ya de su regio nombre— al exilio, al nuevo mundo quizás, a ese territorio libre que llamaban los Estados Unidos de América.

Según los libros de historia, una vez concluido el juicio de dieciséis días, el destino del rey estaba dictado. Pero, si atendemos a las palabras de Mary, las cosas no son exactamente así: porque sólo desde la distancia tiene sentido el destino, dirección la historia, cerrado el paso la esperanza. Desde la atalaya del presente, el futuro y los sueños son la misma cosa. El 20 de enero de 1793, las puertas y las ventanas todavía están abiertas. ¿Se apiadarán los miembros de la Convención Nacional, respetarán quizá los ciudadanos de Francia el derecho a la vida del tirano pusilánime, tendrán la fuerza y la audacia para un último gesto redentor? ¿Acaso no se merece la nueva república un acto fundacional de tal generosidad y envergadura? O también: quizás entre en París una armada extranjera a salvar al rey, quizás el inútil del Borbón aún sea responsable de una última carnicería, quién sabe si acabará así el sueño revolucionario. Las opciones, abiertas. El relámpago en el cielo. El aliento libre.

Pero no. El 21 de enero de 1793, lunes, el carro del rey no se detendrá en la Convención Nacional sino en la próxima plaza de la Revolución, la que hacía sólo un año se llamaba plaza de Luis XV, el destino final.

Allí, la propia Mary se quedará en silencio y las explicaciones históricas darán pie a la experiencia visual y sonora en bruto, ya que, sin la participación de nuestros sentidos, no somos realmente capaces de entender nada.

La plaza, entonces, hasta los topes.

La guillotina en el centro, brillante en su escenario como una estrella de rock.

El retumbar de tambores.

El chirrido de la puerta del carruaje, al abrirse.

Los zapatos de charol del rey, escaleras arriba.

El sonido de las tijeras, cris, cras, al cortar la regia coleta.

Las últimas palabras del exsoberano, altas y firmes, dirigidas a esa masa que todavía considera suya, al pueblo, le bon peuple.

El silencio, un silencio demasiado largo.

El sudor congelado en el frío de enero, bajando por el cuello.

En esa plaza que está hasta los topes.

Póngase así, majestad.

Aquí el cuello.

Así, sí.

Y entonces.

Sin un instante para la duda.

En este momento histórico que ha olvidado el significado de la misericordia.

Un corte de piel-músculos-tendones-huesos preciso e inapelable.

La cabeza rodando, el cuerpo apagado, sangre a borbotones.

Listo.

Pero no.

También lo de después.

Sobre todo lo de después.

El júbilo caliente, la fiesta de invierno, la última juerga: qué es esto, cómo creerlo, acaso ha sido todo un sueño, hemos convertido en ciudadano a un rey, y luego le hemos cortado la cabeza, ¡viva!

A expensas de la verdad histórica, Mary Wollstonecraft no anduvo ese camino ni estaba en la plaza de la Revolución (se la llamó la plaza de la Concordia hasta hace poco, y ahora es la plaza de la Justicia Climática, un bautismo producto del shock por los Grandes Incendios) cuando los ciudadanos de París empapaban sus pañuelos en la sangre de Luis XVI. Como era extranjera, la podían tomar por espía o enemiga fácilmente, y apenas salió de casa entre finales de 1792 y comienzos de 1793 —durante las primeras semanas que pasó en París —. Sólo salía de mañana, paseos breves. También fue a ver la guillotina que estaba esperando su momento, e intentaba absorber todo lo que se escribía en prensa y todos los rumores que atravesaban la ciudad, para poder pasarle información caliente a su editor en Londres. Pero la mayoría de las cosas las hacía desde casa. Fue por la ventana que vio el mármol derribado, el hambre de los ciudadanos, los pasquines y carteles amenazantes, los puñetazos, las puñaladas, ese idioma aún misterioso, las carcajadas que parecían fuera de lugar y llegaban a ella volando. No fue sino a través de la ventana que sintió aquella turbación. Y desde allí, los disturbios y el goce de la libertad producían el mismo sonido.

En la mañana siguiente al día de Navidad, Luis XVI emprendió su penúltimo viaje. Lo llevaron por última vez a la Convención Nacional, para escuchar su sentencia. Aquella vez sí, Wollstonecraft vio por la ventana al rey, su perfil erguido, escuchó los golpes de tambor de los guardias, se le llenaron de compasión las tripas, quiso ver dignidad en las maneras del rey caído, y la sacudida que sintió aquella mañana —y que plasmó por carta con moldes de escena gótica— no le dejó dormir en varios días.

El rey también iba a morir con treinta y ocho años. Como yo, tenemos eso en común, qué curioso, podría pensar Mary si la historia se desarrollara como en los colegios de antes, como la flecha certera que parte de un sitio y se clava en otro, un destino sellado, un contrato irrompible.

4

Tres revoluciones habían marcado el devenir de la realidad virtual durante los últimos quince años, y aunque habían acontecido casi a la vez, era preciso diferenciarlas. La primera había sido el desarrollo y la expansión del metaverso Delphi, seguido de la invención de las OFtal —que integraba en un único artilugio la realidad virtual y la aumentada—, y, poco después, de la fiebre de la tecnología háptica.

La primera revolución está considerada como una victoria del software libre: Delphi fue creada por el colectivo anónimo CAVA con licencia de software libre, pero la tecnología de software descentralizado protegía el código fuente. Aquello aseguraba que el mundo virtual estaría abierto a cualquier desarrollo y aplicación, pero que su integridad y unidad serían salvaguardadas. El elevado coste del servidor lo pagaban entre los que hacían negocio allí, y es que allí se podía hacer negocio de muchas formas distintas. Algunas eran públicas: compraventa de avatares y tokens criptográficos, transacciones del mundo real, suscripciones a módulos de educación y cultura, acceso premium a algunas salas. Otras se quedaban en la sombra, aunque se hacían al amparo de la ley: tráfico de datos para entrenar inteligencias artificiales y para otro tipo de experimentos sociales diseñados en departamentos oscuros, por ejemplo. También había actividad ilegal, por supuesto, pero estaba perseguida y mantenía entretenida a la policía. En general, Delphi era un lugar seguro y cómodo. Adaptado a cada usuario. Por consiguiente, todo el mundo entraba en Delphi y todo el mundo lo amaba.

Había resultado el más exitoso de los metaversos, crucial para sacar la realidad virtual del ámbito de los videojuegos y ampliar sus usos a la vida cotidiana. El único metaverso que importaba, en la práctica.

La segunda revolución se percibía en la hegemonía y ubicuidad del aparato OFtal, y en que su creadora, que todavía no había cumplido los treinta y tenía un nombre más bien banal —Lisa Tan, ni más ni menos— se convirtiera en la persona más rica del mundo. Con las OFtal, quedó a la vista (de manera literal) lo que los teóricos llamaban «el continuo de la virtualidad»: no viajamos de la realidad al mundo virtual como quien pasa de un compartimento estanco a otro. La raya que separa la realidad y la virtualidad no es clara y, generalmente, eso que llamamos realidad no es sino una experiencia mezclada en la que

se puede colar sin previo aviso lo que entendemos por virtualidad. Los objetos digitales y los físicos pueden ser complementarios y afectarse mutuamente. En mitad de un salón vacío, completamente solo, podrías llenar el entorno virtualmente con muebles, amigos, música y decoración, y mientras creciera la fiesta, la realidad seguiría ahí (tu salón, tu cuerpo, el cuerpo que se mueve por el salón), pero el peso de la virtualidad también sería cada vez mayor: es un proceso sutil, el usuario ni siquiera se da cuenta de la transición. ¿Quiénes son mis verdaderos amigos? ¿Hasta qué punto estoy solo?

Gracias a su victoria sobre las leyes antimonopolio y a un elegante diseño en eterno rediseño, la refugiada climática china Lisa Tan había conseguido que su aparato se extendiera por todo el mundo, condenando a la irrelevancia a los artilugios similares que se intentaron comercializar.

Los frutos de la tercera revolución —los del tacto virtual— se estaban repartiendo de forma mucho más democrática —la revolución fiscal de los últimos años tenía algo que ver, claro—, y Nikola y Paula estaban entre los que, como muchos otros en el mundo, se habían enriquecido con la fiebre del oro háptico.

Todo había sucedido tan rápido y de manera tan inesperada que Paula aún mantenía los tics de la trabajadora precaria, la inercia de aquellos largos treinta años previos. Nadie diría que era rica, y no dejaba de ser gracioso cómo Niko veía un porvenir dorado por delante, colmado de dinero y éxito, como si lo que tenía ahora no fuese más que un aburrido preámbulo, mientras Paula consideraba que ya había llegado a la cima de sus ingresos. Aquel sentimiento la obligaba a administrar bien lo ganado y no hacía ni anticipaba ningún dispendio. Estaba contenta con la inversión realizada cuatro años atrás, noblemente destinada a cubrir las necesidades de una familia numerosa: aquel dúplex de gran terraza que en diez años estaría pagado. En cualquier caso, procuraba no pensar demasiado en el dinero, y tan sólo se permitía una fantasía de vez en cuando: a medio plazo, vender su mitad de la empresa y dejar de trabajar. Pasar al otro lado. Después de todo, era bien sabido que los usuarios más entusiastas de Delphi eran aquellos que vivían únicamente de la renta universal.

Cuando le ha confesado su deseo a Nikola, él se lo ha tomado a broma. Estás atada, corazón, ni queriendo podrías dejar este trabajo maravilloso, ¿sabes por qué? Porque la vida, el presente, sucede aquí, y tú tienes acceso directo al diseño de esa vida. Lo que de verdad quería decir, pensaba Paula si se despertaba con su vena desconfiada, era que no le podía hacer aquello, es decir, que no podía abandonar a

Nikola después de todo lo que había hecho por ella, y que el destino de aquella empresa estaba ligado para siempre a ellos dos. Chimpún.

Cuando Paula conoció a Niko, ella trabajaba de redactora en un programa de televisión sobre ciencia patrocinado por una fundación. No era una época particularmente luminosa: apenas cubría una baja de seis meses, el enésimo contrato temporal en el mundo del periodismo, la comunicación digital y la televisión, que tan rápido estaba envejeciendo, y lo que era peor, supo que estaba embarazada de gemelos a los pocos días de empezar a trabajar allí. A duras penas podría acabar la sustitución antes de que llegaran los nuevos bebés. Eso si no se adelantaban, contratiempo habitual en los embarazos gemelares, como había leído. Pese a todo, el trabajo no estaba mal, y aprendió cosas bastante interesantes durante aquellos meses, sobre inteligencia artificial y sobre los avances para prolongar la vida cuatrocientos años, por ejemplo.

Aquel día tenían que entrevistar al responsable de una exitosa start-up llamada HAPTIK, un tal Nikola no sé qué, un tipo risueño que debía hablarles de los avances que se habían dado en medicina gracias a los guantes hápticos. El tema era realmente fascinante: al paciente se le hacía un escáner en tres dimensiones y los especialistas, desde cualquier lugar del mundo, podían tocar con los guantes hápticos aquel escáner en 3D en busca de tumores, y podían llegar a determinar si aquellos tumores eran benignos o malignos al momento. Todo ello a través de unos pequeños motores capaces de vibrar a más de mil frecuencias distintas, escondidos estratégicamente en los guantes y capaces de afectar los puntos más sensibles de la mano.

—Todo gracias a los corpúsculos de Pacini —les explicó el aún joven emprendedor en un pequeño tour previo a la grabación, y quiso enseñarles el póster que había en su despacho.

Lucía como un grabado del siglo XIX, una representación más bien esquemática de dichos corpúsculos, una especie de vulva hecha de círculos concéntricos. Los corpúsculos de Pacini: uno de los cinco nanoreceptores que oculta la piel, les explicó Nikola. Frente a aquel póster de Pacini, tomó la mano del realizador, con suavidad y sin perder la sonrisa, y comenzó a trazar surcos con el dedo en la parte anterior de su mano. Aquel escarmentado hombre de casi cuarenta años se sonrojó al instante con el masaje del emprendedor.

—Tocando, presionando o vibrando como es debido, se pueden lograr ilusiones hápticas. Nosotros, con los guantes puestos, no tocamos nada, pero los motorcitos mágicos que ocultan los guantes logran

engañar al cerebro.

Soltó de golpe la mano del realizador, dejando al hombre con sus sensaciones, y se dirigió a Paula, súbitamente emocionado: lo cierto es que, ahora que se fijaba… se conocían, ¿verdad? Ella era Paula Pagaldai, ¿no? Al principio había dudado, pero tenía que ser ella, sí. ¿Paula Pagaldai? Y, sin dejar que Paula contestara, la asedió a recuerdos, olvidándose del resto del equipo, mientras los demás buscaban un lugar adecuado para la entrevista. ¿No recordaba que habían estudiado juntos en el instituto? Él era un año mayor, sí, pero no es posible que pasara desapercibido. Además, estaban juntos en clase de robótica y programación, porque mezclaban a los de primero y segundo de bachiller en aquella clase. Entonces era pequeño, con gafas, pero feo no, ¡tenía su encanto! También le escribió una carta una vez, en aquel buzón que ponían en la entrada por San Valentín, ¿se acordaba?

Eligieron la zona de la entrada, descartando el despacho de Nikola por su decoración vintage, a pesar de que aquella entrada quedaba también un poco lejos de la idea que tenían todos sobre la empresa del futuro: al menos el espacio era amplio y las LED ocultas de distintos colores quedaban bien en cámara, siendo en todo lo demás una oficina bastante corriente. Paula no recordaba, no, a aquel chico pequeñín, ni la carta de amor; le estaba hablando de una época muy lejana, también le costaba esfuerzo recordar las clases de robótica y programación. Se acordaba del buzón de San Valentín, eso sí. Aunque la realidad aumentada aún no había llegado a las aulas, Paula pertenecía a la primera generación de escolares que asumió una digitalización total, y lo del buzón fue idea de un profesor que tenía miedo de que los alumnos se olvidasen de escribir a mano, un acto de resistencia romántica. En aquel buzón sólo se aceptaban cartas de amor y de admiración, y tener que ejercer de censor para conseguirlo no importunaba moralmente a aquel profesor. ¿Cómo se llamaba? No lo recuerda. ¿Una carta de un chico que era un año mayor que ella? Tampoco. Pero ¿Nikola Sueskun? Un nombre conocido la llamaba desde un pasado lejano, empezaba a darse cuenta, sí. Avergonzada, halagada y con recelos —todo a la vez— siguió la avalancha de Nikola Sueskun mientras un técnico lo cableaba y preparaba para la entrevista.

—Pues yo sí que me acuerdo de ti, entre otras cosas porque fue la última vez que me enamoré de una mujer… o la penúltima, ¡al menos de momento!

Todos se rieron, también el realizador que tan incómodo estaba hacía

dos minutos, aliviado de que los juegos de seducción de Nikola se dirigieran a otra persona. Paula también amagó una risa forzada.

Con el tiempo, y por haber estudiado de cerca las técnicas de venta de Nikola, ha llegado a la conclusión de que esa historia sobre el instituto, si bien no es mentira, es demasiado exagerada para creérsela del todo. Lo del enamoramiento platónico quizás sea cierto, pero no cree que le durase más de diez minutos, en ningún caso lo suficiente como para tener la idea, escribir una carta entera y llevarla al buzón. Porque a Nikola le entusiasma la gente, casi todo el mundo, siempre que conoce a alguien siente ganas de seducirlo, pero todo se limita a ese lapso de tiempo: unos diez minutos. Nikola es enamoradizo y rápido, necesita combustible todo el rato. Ese día, al menos, le bastó con sus anécdotas nostálgicas para ganarse la simpatía del equipo de televisión, y también para llamar la atención de Paula, hipnotizada por aquella tecnología háptica maravillosa. También fue la manera en la que consiguió que quedaran para dar un paseo al día siguiente. El motivo por el que Nikola quería dar un paseo con aquella embarazada exhausta era un misterio para aquella embarazada exhausta, y todavía lo es, si se para a pensarlo.

Intentaba caminar durante una hora al día para evitar la ciática que la había torturado en su anterior embarazo, y a Nikola la idea le pareció fabulosa, ya que las mejores ideas siempre se le ocurrían mientras andaba, pero luego, metido en la oficina desde que amanecía hasta que anochecía, siempre se olvidaba de ello. Lo de las ideas podría haber sido cierto, quién sabe. Lo que estaba claro era que ir andando le despertaba las ganas de charlar, y en un par de minutos le había dado todos los detalles básicos de su biografía: los estudios, la familia y Kamil, el oncólogo marroquí con el que se casaría en tres semanas. Había llegado a la ciudad con catorce años, dejando a sus padres en Marrakech, y era increíble lo que había conseguido desde entonces. Para estar verdaderamente orgulloso.

Sin duda, aquel hombre que se había presentado a un simple paseo con la equipación deportiva completa era excesivo en todo, y ahora estaban enfilando el camino de la ribera, cada vez más rápido, dejando a Paula sin aliento. Por suerte, el hombre desarticulaba su inverosímil look de deportista liándose y fumando cigarrillos sin parar. Nikola había estado en Silicon Valley al comienzo de su carrera y, entre risas, culpaba a ese vicio asqueroso del fracaso que había sufrido por esos lares. Allí todos tomaban microdosis de LSD por las mañanas (bajo la creencia casi religiosa de que fomentaba la creatividad), pero enseguida montaban una intervention si pillaban a alguien, oculto en una esquina, fumándose un cigarro.

—Si algo ha hecho bien la revolución fiscal es precisamente eso, mandar a Silicon Valley a la mierda. Menuda cueva de dragones neuróticos que era.

Una vez aclaradas las claves de los pasajes biográficos, Nikola reparó por primera vez en la barriga de Paula.

—Entonces, ¿lista para el segundo?

Así es Nikola: siempre al borde del exceso, pero siempre con la habilidad suficiente para evitar el desastre. Tras la expansión histriónica, un pequeño retroceso. Ahora, toda su atención era para Paula: quería exprimirlo, entenderlo y saberlo todo.

Rodeado de humo, no le importó que la pequeña Deba también estuviera allí, atada en su sillita, no le preguntó a su madre si podía fumar alrededor de la niña. Paula tuvo la impresión (quizás errónea) de que no le interesaban los niños, que ni siquiera los veía, como tampoco veía los cormoranes que descansaban con las alas desplegadas. Ella, por desgracia, no podía no ver a Deba, olvidarse de que estaba allí, sumergirse en una conversación relajada. Era sábado por la mañana y, como todos los sábados por la mañana, Kai tenía torneo de ajedrez. Estaría en el salón de casa con sus OFtal nuevas, ese modelo pesado y ridículo, frente a un Karpov de tres dimensiones, jugando una estupenda partida en el lobby de un hotel de lujo de Moscú.

—¿Para el segundo? ¡Y para el tercero! ¡Más me vale!

Todavía se le hacía dura la idea, y eso que estaba embarazada ya de cinco meses. No se podía quitar de encima la sensación de que, por mucho que lo tuviera todo en cuenta —las literas, el coche nuevo, la colecta masiva de ropa—, se le escaparían infinidad de cosas, y aún peor, de que, en adelante, siempre sería así. En los momentos oscuros se sentía condenada a atravesar un infinito campo sembrado de pequeñas minas. (Y tenía razón, ahora lo ve, pero no por los peligros que ella preveía). Nikola le contestó con un silbido, como si quisiera manifestar admiración o compasión o ambas cosas a la vez.

—¿Gemelos? ¡Qué maravilla! ¡Felicidades!

—¿Maravilla?

—Sí, mujer… Será una experiencia increíble, seguro.

—Sí, la experiencia total. Una que debería probar todo el mundo.

¿Sabes qué sería increíble y maravilloso? Una experiencia XR que simulase al embarazo.

Nikola la miró entonces con una media sonrisa. No dijo nada, pero su lenguaje corporal le daba permiso para que siguiera hablando.

—Claro que haría falta algo más que los guantes. Una tela mágica que cubriera todo el cuerpo. Para sentir los pies hinchados, y las varices de las piernas, la ciática del culo para abajo, hasta los tobillos, ¡sin olvidarse de las hemorroides! Y por supuesto, necesitaríamos la sensación de la barriga enorme y pesada, ese globo que presionará hacia arriba los pulmones y el hígado, el ahogo de la presión contra el esófago, las tetas hinchadas, a punto de estallar.

Paula se tocó la teta derecha, pero siguió hablando sin pausa:

—Y para acercarnos a la experiencia auténtica, también habría que replicar lo que sucede cuando se soportan todos estos kilos extra sobre el suelo pélvico, las patadas metódicas sobre la vejiga y el chirrido de los huesos de la pelvis… ¿Quién no querría vivir esas sensaciones?

Nikola la miraba con el cigarro colgando del labio inferior, con los ojos abiertos de par en par, sin hacer ningún otro gesto. A Paula se le llenó el corazón de crueldad y, aunque no pensaba seguir, lo hizo.

—¡Y por qué quedarse ahí! Luego, el valiente jugador puede vivir también el parto, por qué no. Las veinticuatro horas de contracciones, cada vez más dolorosas y largas, no sabes lo que es alcanzar esas cimas, cómo se pierde la cabeza por completo… Y todo para llegar al último acto, las últimas contracciones de urgencia, las que te obligan a empujar con todas tus fuerzas como si a esas alturas no supieras lo que tienes que hacer, ¡las que te abrirán el coño hasta desgarrártelo!

Nikola siguió callado después del desquite, dando caladas profundas a su cigarro, y Paula se quedó con la sensación amarga de haber ido demasiado lejos. Andaba irritada por muchos motivos, pero pagarlo con aquel hombre perfectamente amable no estaba bien. Lo más probable era que no volvieran a pasear juntos, ni a verse, y parecía justo que así fuera. Deba, de tres años por entonces, estaba fascinada con los árboles, no paraba de señalarlos con el dedo ni de pronunciar los nombres propios que les inventaba. Pasaron largos minutos, o así se lo parecieron a Paula. Las ganas de llorar le fueron creciendo en el pecho, en los pulmones comprimidos. Sólo la voz de la niña llenaba aquel instante. Uno de los gemelos empezó a asestarle patadas, en el lado izquierdo, contra la última costilla.

Finalmente, Nikola, rodeado de humo, habló:

—Hostia, Paula. Es una idea buenísima. ¡Buenísima!

Parecía que se quedaría ahí, que no agregaría nada más. Pero no:

—Estoy a punto de entrar en el mundo de los trajes hápticos, la tela mágica, como tú la llamas, y lo único que tengo claro es que quiero dejar a un lado el FM, ¡hay que dejarlo de lado!

—¿FM?

—Fighting and masturbating. Ya sabes, las principales aplicaciones en el ámbito de la realidad virtual hasta ahora: videojuegos de peleas y porno. Basura para los adolescentes de todas las edades. Yo quiero algo más adulto, algo, cómo decirlo, más trascendente, hace tiempo que ando buscándolo… y joder, creo que has acertado de lleno, ¡nada mejor que engendrar vida!

Paula se quedó sin saber qué decir y Nikola tampoco habló mucho más, sumergido en su plan y en sus pensamientos. ¿Le estaba tomando el pelo? Porno y videojuegos, sexo y juegos sin importancia. En aquel momento de su vida, a Paula no se le ocurría nada más trascendental.

No se sorprendió en absoluto de no tener noticias de Nikola durante las siguientes semanas. Regresó la ciática. El insomnio se convirtió en su amigo de cada noche. Recibió la llamada cuando ya estaba en el paro, en la semana treinta y cinco de embarazo, cuando faltaban cinco días para la llegada prematura de los gemelos, aunque eso ella aún no lo sabía.

Era lunes y, después de dejar a Deba en el colegio, Paula estaba tomándose un descanso en el sofá, incapaz de encontrar la postura adecuada. Contestó al teléfono sin preocuparse demasiado. Era Nikola.

—Paula, escucha, vamos adelante con lo del embarazo virtual. Hemos conseguido partners del ámbito de la salud, trabajaremos con el departamento de obstetricia del hospital.

Al parecer, esta vez era Nikola quien estaba llevando la broma demasiado lejos.

—Pero me gustaría contratarte de consultora de aquí a tres o cuatro meses. Bueno, contratar… Serás autónoma, pero te daremos trabajo de sobra hasta conseguir el primer prototipo. Queremos experiencia de primera mano, ¿me entiendes? ¡Queremos todo tu expertise! Y

tampoco te mereces menos, ¡que la idea fue tuya!

¿No se daba cuenta de que no estaba para bromas? ¿Que tenía las cabezas de dos bebés buscando cómo colocarse en su pelvis y que todavía no había rellenado los papeles del paro?

Pero no era broma. Querían seguir adelante con el proyecto sobre el embarazo virtual y, aunque le llevó dos días de rumiaciones, al final Paula dijo que sí, que estaba dispuesta a trabajar con él en cuanto se le acabase la baja maternal, que ella también pondría su granito de arena en el proceso de trasladar la experiencia del embarazo y el parto a todo aquel que tuviese un traje háptico.

Y, como suele decirse, el resto es historia.

5

París, cielo gris, seis grados centígrados, las diez y diez de la mañana. El aullido de una ambulancia. Va y viene. Desinterés total por la razón y el destino de esa ambulancia por no conocer a nadie en la ciudad. Libertad. Es libre. Es libre y está perdida. Completamente perdida por las callejuelas de este barrio del Marais. De pronto le ve poco sentido a este vagar sin rumbo. Así no llegará nunca a la plaza de la Crisis Climática, plaza de la Concordia, plaza de la Revolución, plaza Luis XV. Además, aunque la opinión pública está preocupada por la ausencia de nieve de este invierno, ella ya tiene frío. Los pies y los pezones, allí siente primero ese mordisco.

Sigue caminando sin rumbo durante otros cinco minutos y entonces, con esa increíble sencillez con la que la vida te da justo lo que necesitas, aparece un local de neoprenos ante sus ojos. Se llama Raidd Néo, y siente al instante una sacudida en la memoria. Porque antes de ser un local de neoprenos fue una discoteca famosa que tenía, además, el mismo nombre: Raidd. Todo le viene de golpe: el viaje que hizo con Niko y su visita a aquella discoteca. La anterior visita a París. Hace ya unos años. ¿Cuántos? En aquel momento tenían mucho que celebrar. Tras dos años trabajando juntos, y por el éxito imprevisto del módulo OBS, Niko quería ofrecerle a Paula que fuera socia de la empresa. Seguirían haciendo cosas increíbles juntos. No bastaba con las habilidades tecnológicas de Niko, sería el talento creativo de Paula el que haría que la empresa tocara el cielo. Hasta entonces, Paula no había sido consciente de tener ningún tipo de talento. Pero las llamas de Nikola también se encendieron en su interior. ¿Y si el hombre tenía razón? ¿Y si había nacido para subir al Edén? Paula tomó de aquí y de allá para pagar su parte, sus madres y las madres de Kai le dejaron dinero, y aceptó la oferta. Señora Pagaldai, socia.

Tenían otra cosa que celebrar: Niko iba a ser padre. En una casita blanca en Delaware, una mujer engordaba con una criatura dentro, y cuando lo pariera, se lo… ¿cómo decirlo? ¿Se lo daría a Niko y a Kamil? ¿Se lo ofrecería? ¿Lo intercambiarían? A Paula le resultaba resbaladiza esa lista de sinónimos. Y aunque a esas alturas ya se habían sincerado varias veces, nunca habían discutido aquel tema particular en condiciones, y Paula sabía que una vez tuviera a ese niño en brazos sería demasiado tarde. Ya era demasiado tarde, para qué engañarse. El asunto no tenía vuelta atrás. Niko y Kamil estaban

utilizando el módulo OBS a diario. Pasaban dos o tres horas viendo cómo se hinchaban sus tripas, acariciando unos pechos casi listos para dar leche. Aquello, aunque desde fuera resultase de lo más bizarro, aumentaría supuestamente el apego hacia el bebé: como gracias al traje háptico sentían sus patadas y gracias a las OFtal podían llegar incluso a ver la marca de sus pies contra la piel, les resultaba sencillo imaginarse al niño e incluso quererlo. Paula no sabía si la pareja se estaba tragando su propio marketing de empresa o si aquello realmente tenía alguna clase de explicación científica, relacionada con la supuesta subida de la oxitocina y el supuesto descenso de la testosterona que tanto utilizaron en el proceso de venta de OBS. En cualquier caso, cuando pensaba en esos dos hombres en casa, con sus caros trajes hápticos, imaginándose ese hijo que les había salido aún más caro, queriendo acariciar al niño en el interior de una barriga que no existía, se daba cuenta de que no podría tener una discusión en condiciones con Niko sobre esa mujer de Delaware, ni sobre el fruto que llevaba dentro.

No sabría ni por dónde empezar, y le daba miedo que Niko le reprochara ser conservadora, demasiado apegada a la familia nuclear. Una vez, hablando de alguna otra cosa y después de beber dos o tres whiskys, Niko se rio de que ella hubiera optado por la familia tradicional (en realidad, todo era porque no le gustaba Kai, eso Paula ya lo sabía). En todo caso, fue a hacer daño, y en lugar de dejarlo ahí, lo achacó a la infancia de Paula y a que hubiera tenido dos madres. En aquel momento, a Paula le dolieron mucho esas palabras, y necesitó varios días para que la herida cerrase y pudiera volver a estar bien con Nikola, pero llegó a pensar que igual a su amigo no le faltaba razón. De pequeña, Paula era la única niña del colegio que tenía dos madres, y en aquel entonces no siempre era fácil. Cuando conoció a Kai, una de las primeras cosas por las que se atrajeron fue precisamente eso, esa particularidad compartida de la infancia, algo que ya no resulta extraño para los niños de hoy en día.

En todo caso, tras dar por imposible la discusión sobre el asunto Delaware, Paula decidió disfrutar del viaje, aquel paréntesis de fin de semana. No era cualquier cosa: era la primera vez que dejaba a los niños en casa y huía. Tuvieron que reclutar un par de abuelas para que la operación tuviera éxito, todo para que la madre de esos tres niños bailara en los bares de ambiente de París. Había uno en particular que salía mucho en las conversaciones de Niko, ya que le traía recuerdos «muy buenos y muy sucios» de su año Erasmus. Aquel bar tenía una única peculiaridad: había duchas frecuentadas por hombres aficionados al gimnasio y a los batidos de proteínas, duchas abiertas, a la vista de todo el mundo. Si eran ciertas las palabras de

Nikola, tenía que ser todo un espectáculo. Aquel viaje también era un paréntesis para Niko. Había dejado el traje háptico en casa para poder olvidarse del niño y de su embarazo virtual durante un par de días. Menudo chollo aquel embarazo de quita y pon, pensaba Paula, quizás no era tan raro el éxito que había cosechado el módulo, al fin y al cabo.

Por tanto, sin neopreno. Aquel viaje, en palabras de Niko, sería a la vieja usanza, y lo que quería decir con eso era que volverían a los bares cavernosos de su juventud con el ánimo de sus veinte años. A Paula le hacía gracia que el objetivo del viaje fuera aquel, pero estaba claro que así era, ya que no tenían más planes, ni museos, ni excursiones en bateau mouche. Por eso se quedó totalmente decepcionada cuando, tras cenar en un restaurante de Bastille, fueron a la dichosa discoteca, hicieron formales la cola y el portero les dijo que aquella noche no se admitían mujeres. Más que decepcionada, Paula estaba furiosísima: ¿acaso era legal aquello?

—No pasa nada —le dijo Niko—. Toma mi gorra, ponte esta chaqueta ancha. Anda así.

Paula intentó imitar esa pose masculina que también le era totalmente ajena a Niko, las piernas abiertas, los pies pesados. Intentando contener la risa, volvieron a la cola, y para su sorpresa, finalmente les dejaron entrar, quién sabe si porque engañaron al portero o porque lo enternecieron con aquel amago teatral tan torpe.

Pocos años más tarde, la primera vez que se metió en el interior de Viktor, se acordó de aquel día. Porque lo primero que sintió fue que sí, que el paquete entre las piernas influía en la forma de andar, que había que abrir un poco las piernas se quisiera o no, y que había que moverse prestando atención a ese contrapeso todo el rato.

Y entonces, sí, pudo entrar: vio a hombres mazados duchándose, una y otra vez, y otra vez, hasta que quedaban brillantes y más aceitosos que cuando habían entrado. Bailó entre cuerpos desconocidos, queriendo hacer propia la electricidad de aquel lugar. Alguno se le acercó demasiado y le dijo a la oreja cosas que no entendió. Sintió manos calientes contra sus músculos. Su sudor se mezcló con el sudor de los demás. Se bañó despreocupada en ese lago de testosterona hasta perder toda noción real del tiempo y el espacio.

Al cabo de unas horas se dio cuenta de que hacía rato que había perdido a Nikola, y como este no contestaba a sus llamadas, volvió sola al apartamento que habían alquilado, en uno de esos taxis

autónomos que en París estaban totalmente implantados pero que en su ciudad seguían siendo una rareza. Y no le asustó caminar sola a horas intempestivas, porque seguía vistiendo el gorro y la chaqueta ancha que le concedían poderes mágicos. Los gin-tonics que se había tomado seguro que también tuvieron algo que ver en aquella percepción.

Ahora no hay bar, ni duchas tampoco: lo que tiene delante es un sitio para alquilar neoprenos y disfrutar de experiencias hápticas en la intimidad. Raidd Néo. Aquí es difícil que el sudor propio se mezcle con el sudor de alguien más. Los neoprenos son caros, salen nuevos modelos sin parar, y mucha gente prefiere alquilar uno a veces en lugar de guardarlo en casa. Estos lugares, además, no sólo ofrecen neoprenos sino también cabinas privadas, totalmente adecuadas para quienes no viven solos y quieren disfrutar de la experiencia háptica en la intimidad. El resto de aparatos que hacen posible la experiencia XR se los trae cada cual: las OFtal, por supuesto, y también los complementos adaptables de silicona que han proliferado en el mercado erótico, olfativos, lamibles, los que se llevan a la boca o se colocan bajo el neopreno de forma estratégica y llegan a esos sitios a los que no llegan los trajes hápticos. Por la decoración y por la discreción que ofrecen las puertas y los cristales negros, está claro que a este local de neoprenos se traen ese tipo de complementos, que este negocio no está pensado para quienes quieren abrazar a la abuela que vive en el extranjero o participar en el desembarco de Normandía con los amigos.

Todos los que entran aquí van a las salas rojas, está claro.

El cielo gris ha cumplido su amenaza y las primeras gotas perezosas empujan a Paula a vencer sus reparos y atravesar la puerta: ahora está en Raidd Néo, no quiere pensar por qué ni para qué. Sigue andando. Olisquea el entorno. No percibe ninguna semejanza con aquel antiguo bar, para nada. Frente a ella se extiende un pasillo estrecho y algo oscuro, y al final del pasillo, la entrada: el holograma de un hombre musculoso te pregunta qué es lo que quieres y se paga después con el teléfono, rápido. Se abren entonces las puertas de un pequeño montacargas y un traje háptico de talla único, el bendito neopreno, se aparece ante tus ojos, recién desinfectado. El holograma musculoso te indica el número de cabina.

A Paula le ha tocado el número cuatro y hacia allá se dirige sin mirar a ningún lado, con el neopreno doblado bajo el brazo. Nada más

entrar en la cabina, la puerta se cierra automáticamente. Como mejor funciona el neopreno es sobre el cuerpo desnudo, pero todavía tiene el frío adentro y posterga el momento de desnudarse. Hace unos ejercicios de calentamiento en el cubículo de tres metros cuadrados. El cuartito está medio a oscuras, pero tampoco hay mucho que ver: un pequeño camastro clavado a una de las paredes, y en el pedazo de suelo que queda libre, un InfiDeck, la cinta corredera que sirve para caminar o correr, a la velocidad y en la dirección que dicte el usuario. La experiencia, por tanto, se vive como se simula, realmente tumbado, realmente sentado, realmente andando o corriendo. De ahí la necesidad de hablar de realidad mixta. Pero quitando esos escasos elementos en el interior del cubículo, lo que suceda en adelante sucederá tras las OFtal y dentro del traje háptico.

Al fin se quita la ropa. Y aunque siente un escalofrío, enseguida le invade una sensación que ya le es conocida. Una bocanada fina, cierta tibieza discreta. Es ella, ahí está de nuevo. Con la misma ropa y con una mirada desafiante, mejillas rojas, labios carnosos. Está sentada en el camastro, mirando a Paula desde abajo. Esta vez, más que asombro, Paula siente vergüenza. No por estar desnuda, sino por lo que está a punto de ponerse.

—Si te importa mi opinión, estate tranquila. No juzgo. En mi vida pasé por fases puritanas, fases platónicas, fases apasionadas. A todas les he visto las ventajas y las desventajas. Con el tiempo me he dado cuenta de que todo lo que pensaba sobre el sexo era erróneo. Qué le vamos a hacer, en ese juego siempre se pierde algo.

A diferencia de anoche, Paula siente que las palabras de Mary Wollstonecraft la enfurecen, puede ser por el tono de autoayuda o por alguna otra cosa que aún no quiere identificar. Preferiría que no estuviera aquí. Lo que anoche era asombroso, hoy es simplemente molesto.

—Ya sabes que lo sé todo, no hay secretos para mí. Ya sé que ahí dentro eres un hombre. Conozco a Viktor. ¿Crees que me parece raro? ¿Con quién te crees que estás hablando? Yo también fui hombre para mis lectores, cuando publiqué de forma anónima, y así pude recibir los halagos que sólo reciben los hombres.

La incomodidad de Paula va en aumento. Lo último que le faltaba era hablar de la dimensión política de su ¿juego? No, no lo hará. No ha entrado aquí para esto. Le gustaría que su invitada se fuera. Pero no sabe cómo hacerlo. ¿Debería decirle algo? Pero le parece que dirigirse a ella implica adentrarse ya sin vacilaciones en el terreno de la locura.

—Cuando aquel panfleto que escribí a favor de la revolución francesa se agotó en tres semanas, convencí a mi editor de que publicara una nueva edición con mi nombre. Claro que el título podía resultar engañoso: A Vindication of the Rights of Men. ¿Quién podía imaginarse que hubiera una mujer detrás de aquello si las mujeres aún no existían? Pero ahí que fue, en la segunda edición, el nombre de Mary. ¡Mary! ¡Madre mía, Mary! ¡Y entonces la historia cambió! Entonces todo fueron trabas y errores y el desvarío de una hiena vestida con enaguas. Una hiena vestida con enaguas, sí, eso me dijeron. Realmente dan ganas de quitarse las enaguas para siempre.

Paula cierra los ojos y, mientras ruega mentalmente que la alucinación se vaya, siente que la calidez que percibía a su lado va desapareciendo. Abre de nuevo los ojos, poco a poco, convencida de su poder. Pero no: para su fastidio, ahí sigue la dama de la Ilustración.

—Y hablando de quitarse las enaguas, vayamos al grano. Había un hombre en mi época, un pintor… Se enorgullecía de ser liberal y lujurioso, pintaba cuadros pornográficos y me los enseñaba cuando estábamos solos. Iba a venirme a París con él, lo teníamos todo listo, ¡qué emoción! Y en el último momento, cuando llegamos a Dover en un maravilloso día de agosto, recibimos noticias de Francia, que el palacio de Tullerías estaba tomado, el rey preso… El pintor se acobardó y tuvimos que volvernos a Londres. Esa fue la primera decepción. Vinieron más, pues ese es el destino de quien está enamorado. Aquel mismo otoño, cuando finalmente fui a su casa y le expliqué que estaba dispuesta a compartir el amor carnal con él y con su esposa… ¿Sabes qué hizo el muy infeliz? ¡Me echó de casa!

Por supuesto, se estaba refiriendo al pintor suizo Henry Fuseli. Paula se había estudiado bien la biografía de la mujer. Ahora que la tiene delante, le gustaría decirle lo que pensó al leer aquel pasaje. Que siempre es revolucionario que una mujer manifieste su deseo, y que muchos hombres no pueden soportarlo.

—Siempre es revolucionario que una mujer manifieste su deseo, y muchos hombres no pueden soportarlo. Así en mi mundo como en el tuyo —ha dicho entonces Mary Wollstonecraft, y ha desaparecido antes de que Paula cerrara los ojos.

El neopreno no está hecho de neopreno, sino de poliamida y de un tejido en red, y las salas rojas de Delphi no son rojas. Pueden ser de cualquier color. De cualquier tamaño y de cualquier época.

Así son las cosas en las salas rojas que no son rojas de Delphi.

El algoritmo te hará una pregunta antes de entrar y, en función de la respuesta, te hará una nueva, y luego una tercera, combinando las informaciones de las dos anteriores. Para entonces, y manejando toda la información que ha recabado sobre quién eres y cómo te encuentras en ese preciso instante —el propio traje se encarga de realizar las mediciones biométricas—, sabe bien qué es lo que quieres y necesitas en la sesión que está a punto de empezar. Sabe lo que quieres antes de que tú lo sepas, o incluso aunque tú no lo sepas, y te meterá en una sala u otra con quienes puedan dártelo.

Unos doscientos millones de personas se loguean en las salas rojas a diario. Esa era la población mundial a principios del Medievo. Por tanto, nunca faltan las opciones. La decoración y la ambientación de las salas es muy variada. La mayoría de la gente tiene la imaginación muy condicionada y prefiere un bar o una discoteca, un acercamiento gradual a través del baile, las frases que salen fáciles a fuerza de costumbre y nostalgia. Como el algoritmo refuerza las preferencias previas, es difícil salir de allí.

Pero existen los parajes más exóticos: algunos quieren pasear por las calles oscuras de Gotham, consumando el encuentro en algún callejón sin salida, rodeados del humo que sube del metro. La cima de una pirámide azteca, un fumadero de opio en Pekín, una orgía en el Domus Aurea, el palacio romano de Nerón. A decir verdad, esos salones históricos y sofisticados se utilizaron profusamente en la promoción de las salas rojas, pero han ido desapareciendo con el tiempo por las mismas razones por las que el género histórico apenas existía en el porno audiovisual tradicional: salen demasiado caros y al final no hacen sino distraer del verdadero objetivo. En general, se crean y destruyen salas nuevas sin cesar, cuando a los que las han creado ya no les resultan rentables o cuando las dan por amortizadas, pero siempre hay algo por descubrir: la clave está en no aficionarse a un salón en concreto, entrar con la mente abierta, y si para eso hay que mentir al algoritmo respondiendo mal a las preguntas de inicio, Paula no tiene ningún problema en hacerlo. Algunos salones están vacíos, tienen las paredes y el suelo negros, los únicos objetos que emanan luz son los cuerpos, y está bien que así sea. El algoritmo a menudo mete a Paula en sitios así. Al fin y al cabo, el asunto va de encontrar cuerpos, ¿no?

Y Paula los ha encontrado. No sabría decir cuántos han sido. Muchos. Siempre distintos. A estas alturas ya ha probado de todo, o eso cree. Hombres, mujeres, la combinación de ambos, cuerpos sin un género

claro.

Pero algo ha entendido. Ha entendido qué es lo que más le gusta. Ser Viktor. Ser Viktor y apretar cuellos, abrir con sus piernas las piernas de la otra, darle la vuelta a quien está bocarriba, sin sutilezas. Y se ha dado cuenta de que eso se lo dan las mujeres. O quienes utilizan un avatar de mujer, al menos. Viktor se ha acostado con hombres, y no ha habido magia, ha sido más bien un combate de lucha libre. Viktor quiere gatitas, de apariencia frágil pero capaces de rebelarse, dispuestas a sacar las uñas incluso cuando parecen totalmente sometidas. Di mi nombre, pide a menudo, dímelo ya. Viktor, Viktor, Viktor. Está contenta con su elección.

A veces se habla, postergando el contacto todo lo posible. Da igual el idioma, la traducción simultánea funciona fenomenal. A veces no se habla, sólo se palpa, se restriega y se jadea. A veces lo han dejado a medias mujeres que iban vestidas de rojo de arriba abajo. Sobre todo al principio, había gente que utilizaba las salas rojas a modo de calentamiento, como preámbulo de algo que continuaba en el mundo real después de que se desconectaran sin haber terminado, el enésimo ejemplo de la realidad mixta, un ejemplo algo molesto. A veces ha sido ella la que se ha marchado a otra sala sin dar explicaciones, le ha bastado con un gesto rápido de la mano, porque el algoritmo ha errado y la ha metido con alguien con quien no es compatible, porque anticipaba que sería una pérdida de tiempo, porque se ha hartado. Pero el maldito software suele acertar y enseguida se ponen en marcha los motorcitos del interior del neopreno, la tecnología inercial que hace captura de movimientos, el algoritmo que programa con tino el coeficiente de fricción.

Los corpúsculos de Pacini, invisibles pero siempre en tensión, reciben entonces las vibraciones. Y empieza el juego.

Un, dos, tres, adelante.

Tensión y alivio.

Frío y calor.

Duro y blando.

Rotación, aceleración, brújula.

El ritmo cardiaco, el comportamiento de las pupilas, la actividad electrodérmica.

Todo monitorizado, controlado, procesado, todo manipulado para lograr el efecto deseado.

El cuerpo vuelto un interfaz háptico.

La mano que busca el cuerpo, en cambio, un dispositivo smart control.

Los nuevos y los viejos parámetros del sexo, todos medibles y digitalizables ahora.

Los hay que utilizan unos parches llamados boosters. Sólo se pueden comprar en Holanda y son unos cócteles de oxitocina, dopamina y serotonina que van directamente a la sangre y hacen que la experiencia sea, al parecer, mucho más intensa. Paula no los ha probado nunca, no cree que una mayor intensidad le fuera a hacer ningún favor. Ha conocido sus límites, y al conocerlos, los ha aceptado.

Han pasado cuatro años desde que se abrieron las salas rojas y al menos mil millones de personas han probado desde entonces la experiencia. Hace tiempo que se recogieron y se catalogaron todos los datos sobre la sexualidad humana, todos los medidores, todo lo que hay que saber, en fin, después de pasar por algoritmos sofisticados. Peak data, dicen los expertos. El cisne está cantando, dicen los poetas. Se ha superado la cima de los datos: los nuevos datos no revelan nada nuevo. En lugar de ir en ascenso, la sexología está en decadencia en tanto disciplina académica. El único futuro que se puede esperar de aquí en adelante es que la propia sexualidad cierre y se despida. Adiós, con dignidad. Un último evento de masturbación colectiva, antes de convertirse en basura digital. Es algo que Paula ya sabe, al menos cuando no es Viktor.

Pero el hecho es que te olvidas de todo ello cuando estás en las salas rojas de Delphi. Que sólo tienes ganas de unirte a ese canto del cisne, a ese coro eufórico, desesperado y lascivo. Esto es lo que los detractores de estas salas —el propio Nikola, sin ir más lejos— no entienden: que el asunto pasa por encima de la tecnología, que la simulación es tan buena que ha superado al original, que te da la posibilidad de prolongar la ilusión, sin límites. Que te puedes meter en las duchas de aquella discoteca de tu juventud con alguno de aquellos hombres musculados y disfrutar mucho, cuanto quieras, sin mojarte en absoluto. No mojarse es lo mejor de todo.

Por supuesto, en Delphi hay límites. No se aceptan representaciones de menores, aunque de vez en cuando se encienden debates

vehementes sobre quién determina la edad de ese cuerpo hecho de píxeles. Tras una decisión polémica, se retiraron todas las prácticas BDSM de las salas rojas de Delphi, a pesar de que se acepta un mínimo nivel de violencia en cualquier relación sexual (a quién no le han tirado alguna vez del pelo, asestado una nalgada, escupido en la boca), tanto en el mundo virtual como en el real. Muchos consideran una victoria histórica del animalismo que se prohibieran por completo los avatares de animales. No se puede suplantar la identidad de nadie si no se han pagado las licencias de imagen (son muchos los actores y modelos que viven ahora de eso, siempre jóvenes y siempre apetecibles en las salas rojas de Delphi, follando a perpetuidad). Delphi tiene la ambición de adaptarse a los deseos de todo el mundo, pero los aficionados a las prácticas extremas reciben un aviso y luego otro, se les suspende temporalmente la cuenta y, al final, muchos se van y se pasan al Black Delphi, donde hay de todo sin ningún tipo de control. Paula no quiere saber nada de ese otro mundo.

La primera vez que entró en una sala roja de Delphi lo hizo para encontrarse con su marido. Un acto dentro de los límites del matrimonio, legítimo, consagrado. Tenían dos trajes que se había traído de la empresa para el fin de semana, todo era nuevo e interesante entonces. Cuando los niños se acostaron, Kai se metió en el baño y Paula se encerró en la habitación. Entraron en la sala privada que habían acordado, contestaron a las preguntas del algoritmo para que les trajera un escenario al gusto de ambos. Aquella vez, por supuesto, Paula utilizó un avatar que se parecía a ella —aún no existía ningún Viktor—, el que utilizaba para el trabajo, porque sabía que no la vería nadie más. Se vio a sí misma en una playa, el sol virtual le calentaba la piel, y a lo lejos, divisó a su marido. Podía tratarse de una playa griega, a finales del verano. Se escuchaban los bostezos del mar, el agua estaba templada, oscurecía de golpe, a medida que avanzaba. Kai pidió música: hits olvidados de su juventud de los que el algoritmo se acordaba perfectamente.

Fue un encuentro corto y sorprendente, y también se rieron con ganas, sobre todo Paula, cuando sintió la erección de su marido en el interior de su guante háptico y comprobó que era mayor que nunca. ¿Sientes esto?, decía Kai. Sí, contestaba Paula. Y se partían de risa. Pero tras aquel primer encuentro ninguno de los dos mostró demasiado interés por repetir. Paula llevó los neoprenos de vuelta a la oficina.

Sin embargo, al cabo de cinco o seis semanas, Kai mencionó la posibilidad de probar con otras personas, argumentando que aquella

ruptura digital de la monogamia estaría exenta de los problemas y las incomodidades que suele acarrear en la vida real. Las ventajas, en cambio, serían considerables, y de acuerdo con Kai oscilaban en torno a un único fin: mejorar la relación entre ellos dos. Se darían oxígeno mutuamente en aquel espacio digital libre, las brasas de su sexualidad marchita tras la crianza hardcore se encenderían de nuevo, y la comunicación entre ambos mejoraría cuando compartieran sus experiencias de las salas rojas. El hombre lo tenía muy claro.

Paula le presentó sus dudas. El tema no era nuevo entre ambos. Paula había tenido, de joven, relaciones abiertas, porque entonces todo el mundo las tenía. Había probado suerte por los derroteros del poliamor jerárquico y del no jerárquico, y también se había visto envuelta en otros líos que preferiría olvidar, demasiado estrés, en definitiva, situaciones que le generaron una pérdida de control absoluto y muchos dramas. Con Kai, en cambio, encontró la calma, y algo que podía describirse como felicidad. Se reían de aquellas modas locas de su juventud. ¡Cuánto trabajo! Estaban juntos y no necesitaban nada más. O no lo habían necesitado hasta entonces.

Pero la irrupción de las salas rojas invitaba a replanteárselo todo. Las certezas demasiado firmes daban miedo, según Paula. La vida es un cambiar perpetuo. Quizás tenía razón Kai y, al entrar en aquellas salas, podían obtener todas las ventajas del sexo libre sin ninguno de sus inconvenientes. Después de aquella conversación, acabaron follando en el sofá, con una urgencia que hacía mucho que no conocían, y Paula gritó como nunca, sin miedo a despertar a los niños, olvidado incluso que había niños, como si se hubiera desatado una fuerza animal en su interior, de golpe y para siempre. Aquel orgasmo seguramente marcaba el comienzo o el final de algo. Al día siguiente, le dio el visto bueno al plan de Kai. Lo hizo con una mezcla de esperanza, ingenuidad y desconocimiento, una mezcla que ahora le hace mucha gracia, la verdad.

6

Al principio, Paula invertía demasiado tiempo en contestar como era debido a las preguntas del algoritmo, como si aquellas preguntas de acceso fueran los enigmáticos kōan de la tradición zen, y no preguntas estandarizadas que se podían traducir en números. Con el tiempo, el algoritmo se vuelve más sabio, pero también más críptico.

Hoy le ha formulado estas preguntas y, en lugar de perder el tiempo asombrándose con ellas, Paula ha contestado de forma automática:

A tu hijo le han quedado restos de chocolate alrededor de los labios. ¿Cómo se los limpias?

A) Con un pañuelo o toalla húmeda

B) Con los dedos, después de mojarlos con saliva

C) Con la lengua

D) Le dices que se vaya a limpiarse él mismo

Si ahora te quedaras dormida, elige qué sueño te gustaría tener:

A) Tienes un brazo que te sale del pecho y, por tanto, tres manos

B) Puedes volar sobre una escoba

C) Eres un gusano y te arrastras a toda velocidad a través del mundo

D) Eres un Neanderthal imprimiendo la huella de tu mano en la pared de una cueva

Ibrahim, Amir, Mohamed y…

A) Adam

B) Rim

C) Endika

D) Soraya

Listo. Ha respondido sin pensar y sin preocuparse. Porque no pensar ni preocuparse es precisamente lo que quiere cuando entra aquí. Y así sucede. Sin transiciones. El gesto de ponerse las gafas lo cambia todo. Estás ahí y de pronto allí. O al revés.

Allá va.

Son las once y media de la mañana cuando Paula sale del Raidd Néo, y le entra la duda de si no llegará al final tarde a su cita. Según las OFtal, aún le quedan treinta y cinco minutos de camino hasta la plaza de la Justicia Climática, el lugar donde ha quedado, así que tendrá que andar a toda prisa para burlar las previsiones del aparato. Tendría delito llegar tarde después de haberse pasado toda la mañana de cachondeo.

Cachondeo. Sí, puede utilizar esa palabra. Se esfuerza demasiado en no pensar en la promesa que ha roto o en su derrota ante ese pulso que se ha echado a sí misma. A que no aguantas tres días sin neopreno. Pues no. A la primera de cambio, ha caído.

Por suerte, ha sido una buena sesión, para qué negarlo, y eso facilita la aceptación. Todo ha sucedido de pie, rápido, y también ha habido algún momento de ternura hacia el final. A Paula (a Viktor) le gusta ofrecer esos momentos de ternura en lugar de esperar a que se presenten. Siempre se aparta con violencia, pero vuelve, un último apretón, un último temblor, una palabra dulce —una pequeña mentira — y listo, está preparado para irse. Ha sido una buena sesión, pero algo puntual, y no se repetirá. Está segura de ello porque estará atareada durante las próximas horas. Aunque quisiera, no podría caer en la tentación. Entonces, ¿para qué darle más vueltas?

Para resituarse, regresa a una costumbre que ha adquirido últimamente: se ha dado cuenta de que le gusta pensar en la muerte. Siente una enorme paz al repasar este tipo de cuestiones. Pero no es su propia muerte lo que la relaja o interesa, no, sino el final de los famosos. Y estando en París, son unos cuantos los ejemplos que le vienen a la cabeza. ¡La de gente que ha venido aquí a morir! Hubo muertes míticas por esta zona: Boris Vian, en una sala de cine, el día del estreno de la conflictiva adaptación de una de sus novelas. El compositor barroco Lully, que se despistó mirando el hermoso rostro de Luis XIV y, con la barra metálica que utilizaba para dirigir la orquesta, se hizo un agujero en el pie que le provocó gangrena. También le viene sin querer a la cabeza Jon Mirande, el escritor vasco-parisino de sus pesadillas. Jon Mirande que estás en los cielos, suicidado con whisky y pastillas, enterrado en los suburbios de París, bajo una gran cruz cristiana de esas que tanto despreciabas.

En realidad, hace tiempo que le da vueltas a un proyecto que recuperaría el necroturismo que estuvo de moda en una época, pero mejorado: el asunto no consistirá en visitar los cementerios en los que están enterrados los famosos, sino en ver en primera persona el lugar y las circunstancias de sus muertes, e incluso participar en la acción. Se podría hacer turismo en París desde la bañera de Jim Morrison hasta el túnel de Lady Di, sin olvidarse de la furgoneta que golpeó a Emmanuel Carrère en la Rue des Écoles. También se podría aprender historia: al hilo de la muerte del lehendakari Agirre —Paris, infarto, 1960—, se hablaría sobre el exilio, el franquismo, la guerra fría y el espionaje. Se podrían empezar a conocer las arias operísticas más famosas desde el lecho de muerte de Maria Callas. Y todo sin salir de casa, con las OFtal puestas, tomando la mano del que está próximo a morir con los guantes hápticos, dedicándole unas últimas palabras. La edad de oro del turismo virtual y demás. A este módulo lo llamaría MoRiTuRi, lo ve claro, y ya está diseñando un logo en su cabeza.

Ha dejado de llover. Ahora no hace tanto frío, o eso le parece. Rue de la Verrerie, dicen las OFtal. ¿Quién se moriría aquí? ¿Y cómo? En la época en la que estaban permitidos los coches, seguro que mucha gente, incluido algún famoso, por lo estrecha que es la calle. Las OFtal no dicen nada sobre esto, por el momento. Merecería la pena estudiar un poco el asunto.

Pero claro que no. MoRiTuRi no es más que un gran chiste que se cuenta a sí misma, por supuesto, porque Niko jamás aceptaría un módulo así. El hombre es implacable: si por él fuera, la realidad virtual sólo se utilizaría en la educación de los niños y para el diagnóstico de enfermedades potencialmente mortales. Puede que

también aceptara las actividades de fitness y wellness. En el mundo real, Niko puede ser la persona más ligera y promiscua de todas, pero cuando se pone las OFtal, habla como un jesuita y ha convertido el diseño de todos los módulos en una suerte de ejercicio espiritual. Paula nunca ha entendido por qué. Ella siempre ha contemplado la realidad virtual como una extensión de la vida, como una forma de acceder a lo que nunca habríamos tenido o de recuperar las cosas que habíamos perdido para siempre, algo muy relacionado con la nostalgia, la fantasía y la ilusión. Niko, en cambio, tiene la sensación de estar construyendo un mundo utópico y nuevo, perfecto en lo tecnológico e impecable en lo moral que, una vez finalizado y listo, dará pie a que abandonemos el mundo real para siempre. Con todo digitalizado, incluida la conciencia, la humanidad tendrá a su alcance un espacio infinito donde no existirá la muerte. Cree de verdad en estas cosas.

Por eso, el asunto Mirande fue un duro golpe para él. Para los dos. Fue impredecible y asqueroso. Todo empezó el 9 de mayo de 1951, cuando Jon Mirande le escribió en una carta a su amigo Andima Ibiñagabeitia que pronto visitaría París nada más y nada menos que Miss America, que al parecer era de origen vasco. Era un detalle estúpido, la transmisión de un cotilleo que había leído en Le Figaro, pero Mirande le contaba en qué hotel estaría aquella Miss —en el hotel Odéon, en la calle del mismo nombre— y hacía la siguiente acotación: «¡Somos un gran país a pesar de todo!». Aquella carta, como todas las obras de Mirande, estaba dentro del módulo, pero era de esperar que pasase desapercibida. ¿A quién podía interesarle una carta insustancial escrita por ese hombrecillo en la década de 1950? Paula ni siquiera la había leído, ni esa carta ni las demás, ya que, para completar el módulo, se limitó a volcar la compilación que había publicado la editorial Susa a finales del siglo XX. No, los puntos de interés de Jon Mirande eran otros: las revisiones feministas de la novela La ahijada —ejercicio obligatorio de bachiller— y la lectura crítica de los pasajes más controvertidos de su biografía, incluida su lamentable costumbre de terminar las cartas con un Die Juden zum Krematorium.

Pero aquella carta, aquella carta no era más que basura digital, relleno para el módulo. ¿Qué fue lo que pasó? Lo que pasó fue que, al poco de estrenar el módulo, empezó a circular un rumor por los foros más detestables de Black Delphi: quien llegara a esa carta del 9 de mayo de 1951 y clicara sobre la palabra Odéon, accedería a una nueva pantalla. No se daban más explicaciones, pero fue suficiente para despertar la curiosidad de unos pocos, y para que estos siguieran informando de la existencia de ese acceso secreto.

Fue un hackeo sofisticado. Bien planificado y mejor ejecutado. Si llegaba a esa nueva pantalla oculta, el usuario se vería a sí mismo en la recepción del hotel Odéon, una entrada pulcramente decorada al estilo de los años cincuenta del siglo pasado. Entonces recibiría la ficha de la misión. El asunto consistía en encontrar a Miss América 51 abriendo las puertas de aquel hotel, esquivando las trampas y ahuyentando a puñetazos al recepcionista, a los camareros y a quien se interpusiera, al estilo de esos videojuegos de peleas tan odiosos. No era demasiado fácil, muchos usuarios tenían que intentarlo cinco o seis veces, y eso lo hacía todo más interesante.

Pero la mayoría perseveraba y lo conseguía. Después de haber abierto infinidad de puertas y haber recibido infinidad de puñetazos, encontraban finalmente la habitación de Miss América 51. La cueva de Ali-Baba. Entonces, al encontrar a la mujer sobre su cama, aparecía un logo que decía «Eusko Arima», seguido por música marcial, adornada con un largo irrintzi, que daba pie a una voz en off que instaba a «hacer lo necesario» por el avance de la raza vasca. Resumiendo (a Paula no le gustaba repasar los detalles): el objetivo era violar a Miss América bajo el supuesto de que así se engendrarían bebés vascos perfectos: mitad Miss, mitad macho conquistador. La expansión del RH negativo. El experimento de los Mengele vascos.

Fighting and masturbating.

Nada nuevo, por tanto, pero el hackeo impactó de lleno contra los valores y los deseos de la empresa HAPTIK.

Lo más sangrante de aquella fantasía nazi era lo siguiente: la necesidad de la violación, cuando el avatar de la pobre Miss América podría haber estado diseñado para consentir e incluso desear los ofrecimientos sexuales.

La comisión de seguridad de Delphi enseguida borró aquel script hackeado que llevaba al hotel Odéon, y la asquerosa pantalla sólo estuvo disponible por un tiempo en Black Delphi, donde, además, enseguida se pasó de moda. Pero durante aquel pequeño paréntesis hasta que se eliminó el hackeo pasaron muchas cosas fuera de Delphi. La realidad se mezcló. Lo más llamativo fue la aparición del partido político racista Eusko Arima, que empezó a utilizar la misma estética y el mismo logo del módulo hackeado y que, en mitad de una enorme agitación, circuló de aquí para allá, por boca y pantalla de todos. Al principio proclamaron no haber tenido nada que ver con el hackeo, luego probaron a jugar con la ambigüedad, y finalmente intentaron situarlo todo en al ámbito del humor negro: la revolución de la

comunicación política, nuevas estrategias de marketing y demás. ¿Estaban detrás del hackeo o querían aprovecharse de su fama? Nunca quedó claro, pero la estrategia oculta les salió bien. Y cada vez que alguien les mencionaba el hackeo aquel, también aparecía mezclada la empresa HAPTIK (¿acaso estaban ellos implicados?, ¿ayudaban al partido?, ¿recibieron dinero de Eusko Arima para diseñar aquella pantalla?), y parecía que la pesadilla no iba a acabarse nunca.

La presencia en medios del líder de Eusko Arima se fue haciendo cada vez más habitual. Seguía fielmente el refrán de «una de cal y una de arena»: un comentario racista y la coartada de la ironía, el populismo más casposo y el uso sofisticado de la tecnología, una defensa clásica y aparentemente benigna del euskera, con planes ambiciosos para revitalizar el idioma, pero siempre culpando a los c-refugiados de su decadencia. El resultado, trágico, llegó en las elecciones que se celebraron a finales de aquel año: dos parlamentarios en la cámara vasca y la exhibición de un gran potencial para seguir creciendo.

El hackeo no fue cosa de aficionados, eso estaba claro. Había sido realizado con procesadores gráficos avanzados y había logrado una latencia mínima. Por no hablar del acceso a la caja de protocolo base. Aquello no era fácil de por sí. Comenzaron los rumores (¿habría alguien de dentro implicado?), y a finales de año tuvieron que despedir a un joven programador. Lo pillaron haciendo comentarios racistas en la fiesta de invierno, y Paula y Nikola decidieron que, por si acaso, lo mejor era quitarse a aquel tipo de encima.

Aquella violación tecnológica era inadmisible por parte de la empresa HAPTIK. No podría volver a repetirse. Invirtieron un dineral en cubrir los agujeros negros de los que hasta entonces no habían sido conscientes.

La seguridad no es el ámbito de Paula, y no tiene responsabilidad directa en lo que ocurrió, pero no puede contener la rabia cada vez que ve a los dos parlamentarios de Eusko Arima hablando, viniéndose arriba con el tufo xenófobo del discurso, y recibiendo cada vez más aceptación —o quizás la ausencia de reproches, que al final es lo mismo— por parte de la sociedad.

Sin lugar a dudas, pensar en la muerte la relaja mucho más.

Ha quedado con un personaje llamado Max Dox dentro de veintidós minutos. Según las OFtal, le faltan veinticuatro minutos para llegar a

su destino. Al final está recorriendo el Marais tan apurada como Luis XVI. Dice «personaje», ya que no está segura de quién se esconde tras el nombre de Max Dox, si una mujer, un hombre, un grupo de gente o incluso una inteligencia artificial. Lo que está claro, porque lo ha preguntado en todas partes, es que Max Dox es hoy en día la mayor eminencia en Mary Wollestonecraft, miembro prominente del comité que organizó The Wollstonecraft International Conference del año pasado. Paula ha leído algunos textos de su autoría en la red y le han parecido brillantes. Le saca jugo a la frase hecha que aparece en una de las cartas de Mary, al hilo de la habilidad de Fanny, su hija recién nacida, con el pecho, ya que la mujer dice lo siguiente: «Mi niña ha empezado a chupar con tanta HOMBRÍA», subrayando además «hombría» con mayúsculas. Y partiendo de ahí, Max Dox diserta sobre la misoginia primigenia dentro del feminismo. No en vano, para insultar al viejo régimen, Mary Wollstonecraft llegó a escribir, nada más y nada menos, que Francia era «una nación de mujeres». ¡Bum!

Max Dox trabaja fuera de la academia, en una organización (?) o movimiento (?) llamado Anti-université que ha experimentado un enorme impulso en Francia durante la última década, aunque, hasta hace poco, a Paula no le sonaba de nada. Por lo que ha podido averiguar, en esta antiuniversidad no hay exámenes, ni diplomas oficiales, ni tampoco jerarquías. Quizás un poco de nostalgia, ya que bebe claramente de ese espíritu de mayo del 68. En cualquier caso, los jóvenes están abandonando las verdaderas (?) universidades en tropel (el fenómeno es realmente llamativo en el ámbito de las ciencias sociales y las humanidades), por las tasas imposibles de estas, pero, sobre todo, porque perciben que han perdido el contacto con el nuevo mundo. En cambio, se dice que los que se acercan a esta antiuniversidad pasan a formar parte de una verdadera comunidad educativa: estudian, debaten y viven juntos. La mayoría se aloja en casas ocupadas. Por lo que ha leído Paula, el más emblemático de los edificios que han ocupado son las galerías Lafayette, que cerraron con la decadencia del turismo. Sólo se necesitan ganas de aprender, pasión por el debate y actitud. Eso es lo que dice la información que ha encontrado en la red. Hasta dónde es propaganda y hasta dónde realidad eso del comienzo del fin de la universidad tradicional es algo que Paula aún no puede determinar. Le preocupa un poco, eso sí, que si esta moda de la antiuniversidad se extiende fuera de las fronteras francesas, la opción acabe tentando a su hija —y después a sus hijos —. Pero es demasiado pronto para preocuparse por ello. Max la está esperando y debería acelerar el paso.

Paula intentó establecer un primer contacto a través de alguna sala de reuniones de Delphi, pero quien o quienes se esconden tras el nombre

de Max Dox sólo quisieron comunicarse a través del correo. Se mostraron dispuestos a ayudar, tan profesionales como atentos, pero también mencionaron la necesidad de una donación a su querida Anti-université, de forma sutil, sí, pero dando a entender que, si no se efectuaba una transferencia, sería imposible el intercambio. Pagaron —de nuevo fue necesario un pequeño discurso para convencer a Niko de la pertinencia de aquel intercambio—y así se acordó la cita, que se celebraría presencialmente en París.

Paula tiene muchos motivos para sospechar que Max Dox es un nom de plume, pero la principal es la siguiente: dentro de la filosofía de esa antiuniversidad (si es que Paula ha llegado a entenderla bien), el emprendimiento individual está mal visto y se deja toda contribución en manos de la comunidad, a expensas de la autoría. Según esa hipótesis, Max Dox no es más que el representante virtual de todo el conocimiento de la antiuniversidad. Sin embargo, Paula no está segura de si algo así es posible, o de si es posible hasta sus últimas consecuencias. ¿Conocimiento comunal? Es capaz de imaginarse un brainstorming (así trabajan también en la empresa, claro) en el que todos lanzan sus ocurrencias improvisadas y, al final, quien controla el teclado escribe lo que quiere. Luego se utiliza el plural mayestático y listo. La propia Paula ha ocultado su orgullo detrás de esos plurales.

Mejor pensado, algo así le resulta más creíble. Y, a decir verdad, leyendo los trabajos de Max Dox, Paula no sólo percibía ideas sólidas y estimulantes, sino que llegaba a escuchar una voz, la de una mente lúcida que se alzaba por encima de las otras: no la armonía de un coro, no, sino el virtuosismo del solista, que, para brillar como es debido, requiere, necesariamente, de un poco de ego que le dé fuelle.

El género se construye en virtud del deseo del otro, es la expresión social del deseo del otro, escribe Max Dox en las conclusiones del texto sobre la lactancia de Fanny. La feminidad refleja y expresa el deseo de lo que no es una mujer, por lo que ser mujer consiste en ser objeto. Y la masculinidad consiste en que el hombre proyecte en el otro todas las características de la feminidad que percibe en sí; la masculinidad sólo se puede construir a través del rechazo a la feminidad que lleva dentro. Dicho de otro modo: todos somos mujeres y todos lo odiamos, Mary Wollstonecraft incluida. Y si bien podríamos entender esto como una idea confusa y demasiado moderna, la propia Wollstonecraft encontró una forma muy clara de explicarlo nada más y nada menos que en 1792: «Los hombres no son siempre hombres cuando están con mujeres, y si abren los ojos, también las mujeres se darán cuenta de que no tienen que recordar continuamente que son mujeres». Hacedle caso a Wollstonecraft: Abre los ojos, mujer, y deja

—siquiera de vez en cuando— de ser mujer.

¡Bravo, Max Dox, bravo!, quiso gritar Paula cuando leyó aquello: no entendía las palabras del todo, pero la ponían a vibrar con la fuerza de una bossa nova. Entonces no las relacionó con Viktor ni con su nueva inclinación (¿nueva inclinación? No sabía muy bien cómo describir lo que hacía allí dentro). Pero a medida que pasaron los días, comenzó a pensar que podía darle una base teórica a esa afición suya a través de las palabras de Max Dox. En su fantasía, se veía discutiendo el asunto con quien quiera que fuese Max, y recibiendo su bendición experta. A pesar de que, hasta entonces, no le hubiera contado nunca a nadie que en las salas rojas de Delphi era un hombre.

En los foros online, no obstante, había visto que su tendencia-comportamiento-juego no era para nada extraño, que eran muchos los que, como ella, elegían el avatar del otro sexo para las sesiones de sexo virtual, y aunque aún no había grandes estudios al respecto, aquella conducta era más habitual entre mujeres que entre hombres, la tendencia opuesta a la de los casos transgénero del mundo físico. Había quien había empezado a utilizar la etiqueta DigTrans, y no sólo les servía para compartir experiencias sino también para crear una comunidad y una nueva identidad. «Nunca me gustaron las mujeres hasta que pude abrazar a una con mis brazos peludos y musculosos», escribía alguien. «Habiéndonos despojado de los cuerpos físicos, ¿para qué seguir los mandatos de género?», reivindicaban los más militantes. «El género es un lenguaje que se aprende, el territorio digital es el extranjero, que nos obliga a aprender un nuevo idioma», añadían. Paula no podía dejar de leer. Quería que la convencieran, sentirse parte de esa comunidad, y seguía con el scroll. «¡La digitalización es la liberación de la mujer!», proclamaban. «¡Cuando todxs seamos hombres el género no tendrá sentido!» En algunos grupitos imperaba el utopismo. «¡Todas lesbianas cobardes!», entraba de vez en cuando algún infiltrado, «¡Marionetas del patriarcado digital!, ¡dais vergüenza!».

Las cosas iban rápido, y cada vez que Paula husmeaba, se encontraba con algo nuevo. Por ejemplo, en los últimos tiempos se estaba extendiendo una tendencia preocupante. Quién sabe cómo ni por qué, se había puesto de moda identificar a los DigTrans a la fuerza, es decir, revelar de forma pública, en los foros de Delphi, las verdaderas identidades que se ocultaban tras los avatares, sacando a los usuarios del armario. ¿Un ataque homófobo clásico o un acto de las feministas radicales para desenmascarar a las supuestas marionetas del patriarcado digital? Imposible saberlo, todo era muy confuso. Los verdaderos problemas llegaron cuando se empezaron a publicar las

identidades DigTrans no ya en ámbitos sexuales sino de otro tipo. Cuando se descubría que el jefe del trabajo —a quien siempre habían visto en Delphi, más alto y con la voz más grave que ningún otro— era realmente una mujer, o cuando se reveló que aquella mujer exótica y carnal que sólo daba conciertos virtuales, famosa por modernizar la danza de los siete velos, era un veinteañero esmirriado, acné crónico y gafas. Algunos aplaudían la llegada definitiva de la abolición del género y otros denunciaban el abuso y el engaño. Cada nuevo caso reavivaba la polémica.

Por si acaso, Paula cuidaba bien de su privacidad. Gracias a Niko, pensaba que sabía todo lo que había que saber sobre el tema y pagaba cada mes la suscripción al software de seguridad UNIQUE. Se sentía a salvo de aquellas denuncias, de aquellas revelaciones forzadas. Sin embargo, como no existía el riesgo cero, pensaba que, si se revelaba que era una usuaria compulsiva de las salas rojas, aquello sería lo más vergonzante, el simple hecho de que usara las salas rojas, y no tanto que lo hiciera con este o aquel avatar, o que allí tuviera barba y pene. Al fin y al cabo, no eran más que píxeles.

Sí, a Paula le parecía demasiado el movimiento Dig-Trans. Leía los foros, pero nunca participaba, ni mucho menos se presentaba a los encuentros virtuales. Consideraba que era darle demasiada importancia a lo que no era más que un pasatiempo, una curiosidad, un antojo del momento. Eso y nada más era Viktor: un ejercicio narcisista, egocéntrico, que tenía poco de político y menos aún de revolucionario.

Llega a la esquina que le han señalado las OFtal cuando faltan treinta y ocho segundos para la cita. Pero se la encuentra vacía. Contra el cielo invernal, el obelisco de Luxor, convertido, tras la intervención realizada por una artista egipcia, en un jardín vertical cosido de juncos. Guarda el aparato en su bolso y se dispone a esperar, sin aliento. Está sudando en mitad del frío. Recibe entonces una llamada del colegio y el corazón le da un pequeño salto. Está a punto de no contestar, pero de pronto le vienen ideas terribles a la cabeza: tiene tres hijos y el potencial de desgracias siempre se le presenta por triplicado.

Así que contesta.

Y no ha muerto nadie, no: el profesor de Artibai quiere concertar una cita para la reunión habitual, sólo eso. Con tono y modales

profesionales, Paula le dice que hablará con Kai y le propondrán una fecha, y el profesor no pone problemas en que se encuentren en una sala de reuniones de Delphi cuando den con la hora adecuada. Antes de colgar, Paula le pregunta por qué no ha llamado a Kai en lugar de a ella, y el profesor le dice que ha intentado contactar con él primero, pero que no le ha contestado. Paula mira la agenda familiar y ve que Kai ha tenido hoy un paciente a las diez, pero que no tiene otro hasta la una y que, por tanto, lo más probable es que esté en casa tocándose los huevos. Siendo concretos, más que en casa, estará en Delphi. Y aunque le ha dicho un millón de veces que no se desconecte al entrar, el hombre no hace caso. Como si no fuera padre de tres niños. Además, ya sabe qué estará haciendo, y con quién. Cuando le dijo que se lo contaría todo, que su promiscuidad digital sería un tema de conversación habitual, su marido no le estaba mintiendo: por eso sabe que estará con Erin en su sala roja preferida. Y se puede imaginar fácilmente lo que estarán haciendo: elegir un nombre.

Se dice que está enfadada por la dejadez de Kai, porque se da el privilegio de desconectar incluso cuando ella está fuera, cuando es enteramente responsable de los tres niños. Pero igual debería empezar a aceptar que está enfadada por la mera existencia de esa canadiense llamada Erin y por su maldito insomnio. Aunque hay nueve horas de diferencia con Vancouver, la mujer con insomnio pide la atención de Kai a todas horas, y Kai se la presta, por la mañana, al mediodía y por la tarde. Siempre se la presta. Siempre a Erin. Eso es lo más desesperante. Kai tiene doscientos millones de cuerpos a su alcance en las salas rojas de Delphi, y cuenta con la aprobación de su mujer, además, para probarlos todos, pero, a pesar de ello, va y decide quedarse con una única pareja digital. Como si, teniendo en su poder un billete de avión para viajar a cualquier sitio, se hubiera conformado con cruzar la calle. Además, hace tiempo que superaron la fase del sexo, y ahora tienen «otro tipo de proyectos» entre manos. Paula prefiere no pensar en eso. Se le está acercando una figura humana por la izquierda, y aguza sus cinco sentidos.

No es una figura cualquiera.

7

En cuanto la ve, sabe que esa persona es Max Dox, ella y nadie más, y que ese es además su verdadero nombre, que no hay un grupo detrás, ni el impulso de una inteligencia artificial, ni el artificio de un sobrenombre inventado. Paula sabe que la persona que se detiene frente a ella tiene carisma de sobra —también de lejos es evidente— para convertir esa individualidad, en teoría despreciable, en algo atractivo y deseable, incluso en el seno de un grupo que le antepone a todo un «anti». Es joven, mucho más de lo que era de esperar, no tendrá más de veinticuatro años (o igual sí que los tiene, pero no los aparenta). Tiene el pelo rapado, orejas pequeñas y enrojecidas, proyecta la voz contra su pecho cuando se presenta, para que salga lo más grave posible, pero bajo su ropa amplia (una chamarra negra estilo bomber, pantalones anchos de pana naranja) se percibe la figura frágil de la feminidad: muñeca, jarrón, reloj de arena… Objeto, al fin y al cabo. Ya sabe que las nuevas generaciones rechazan esas etiquetas, pero qué le va hacer Paula. Se queda observando la piel fina de su rostro, parece pintada de esmalte; por debajo, se le marcan claramente los huesos de la mandíbula. Se imagina los pechos que se ocultan bajo la bomber.

—¿Paula Pagaldai?

Se estrechan la mano, muy serias y profesionales. Para sorpresa de Paula, ha pronunciado bien su apellido.

—*Donc vous travaillez pour l'industrie de la réalité virtuelle, n'est-ce pas? Mary Wollstonecraft virtuelle? Oh là là!*

No sabe si ha soltado ese oh là là con sorpresa o con desprecio. A Paula le cuesta reparar en el aluvión de estímulos que está recibiendo en ese instante. Además, siente la necesidad de confesar la verdad cuanto antes:

—*Oui, oui, mais… désolée, mon français n'est pas très bon.*

Después de todo, los traductores neuronales son tan buenos que pasan desapercibidos, y quizás no se ha dado cuenta de que los correos que le enviaba no estaban escritos originalmente en francés. Paula le hace un gesto con la mano para que espere e intenta explicar que va a sacar

las OFtal diciéndole a Max Dox que las saque ella también, para activar la traducción simultánea y que lo que diga la una llegue a las orejas de la otra en su propio idioma.

—Je n'ai pas mes lunettes ici —dice Max Dox encogiéndose de hombros, como si quisiera quitarle importancia.

¿Cómo? A Paula se le hace difícil de creer. ¿Quién sale hoy día a la calle sin las OFtal?

—Pero podemos hablar en euskera si lo prefieres.

La propuesta pilla a Paula por sorpresa, pero enseguida percibe un acento de Iparralde[1] en la voz de Max Dox. Así se lo confirma ella de inmediato: se apellida Doxandabaratz, aunque hace tiempo que utiliza esa abreviatura, Dox, porque es mucho más práctico y le ahorra mucho tiempo. ¿Utilizaría también Wollstonecraft alguna abreviatura similar?, se pregunta Paula, pero no lo dice. Quiere andar con tiento.

A Paula, el acento de Iparralde le recuerda al asunto Mirande. No puede evitarlo. Y se le ensombrecen los pensamientos. Si la chica ha hecho una mínima búsqueda sobre la empresa HAPTIK, enseguida habrá dado con el entuerto. Eso sería vergonzoso, mucho. En el peor de los casos, la empresa HAPTIK trabaja con grupos de la extrema derecha. En el mejor, es una compañía sin fundamento, el gran hazmerreír del mundo tech. Pero si se ha enterado, no por ello ha cancelado la cita, así que aún hay esperanza.

Por si acaso, observa a Max Dox con mucho cuidado. Se está rascando la cabeza despreocupadamente mientras le ofrece algunas explicaciones biográficas a Paula. A esta no le queda otra que guardarse las OFtal, un poco fuera de juego.

Resulta que Max nació en París, pero siendo su padre piloto de Air France y su madre una alcohólica que quería rehabilitarse, volvieron al pueblito de la Baja Navarra de su abuela cuando la compañía de aviones empezó con los primeros despidos masivos. (Paula ha intentado quedarse con el nombre del pueblo, pero no lo ha conseguido. Luego se lo preguntará de nuevo. Podría ser un sitio bonito al que ir en sus próximas vacaciones, y no gastarían demasiados kilómetros).

—Allí crecí, sí —dice Max con un aire de extrañeza.

Así que hizo vida de campo desde los cinco hasta los dieciocho años, cursando durante esa época todos sus estudios en euskera, como

quería la abuela. Pero a los dieciocho se volvió por su cuenta a París, dejando no sólo a su madre sino también a su padre en aquel paraíso etílico.

—Ya no suelo hablar en euskera, pero quiero practicar contigo, sí— le ha dicho con una carcajada medida, y Paula no ha podido hacer otra cosa que imitar esa carcajada.

La abuela se le murió hace dos años, y desde entonces no ha vuelto al pueblo. Sabe que sus padres no están bien, pero todos sus intentos de ayuda han fracasado. Se ha vuelto a encoger de hombros con la misma ligereza. Ahora tienen un nuevo negocio entre manos, relacionado con la última de sus obsesiones: organizan sesiones y tours ecosex por zonas rurales. Max no ha querido saber demasiado, pero es una locura tan grande que no descarta por completo que pueda tener éxito, a pesar de las resacas y las broncas que forman parte de su vida. Paula no sabe nada sobre eso del ecosex pero, muerta de vergüenza, no hace preguntas. De pronto, le han venido a la cabeza personas perturbadas que abrazan árboles y se frotan contra ellos y preferiría que cambiaran de tema.

Max Dox suelta otra carcajada, medio irónica quizás, con un punto de ingenuidad al final. Paula vuelve a sentir el impulso de imitarla, pero contiene a tiempo los músculos del rostro.

Sí, el asunto consiste en follar con el planeta, eso mismo, continúa Max, esta vez sin reírse. Restregarse por la hierba, tener orgasmos contemplando el movimiento de las nubes, emprender la búsqueda del clítoris de la Madre Tierra. Y aunque parezca increíble, la gente les paga para que les hagan de guías en este tipo de aventuras.

Es un poco increíble, sí.

Paula ha tomado una bocanada profunda de aire, incómoda. No acaba de entender por qué están hablando sobre las chifladuras ecosex de los padres de Max Dox dos minutos después de haberse conocido, pero el caso es que su nueva amiga no para de hablar, con soltura y calma, y que ahí están, en el punto en el que la Rue de Rivoli se junta con la plaza de la Justicia Climática, las dos de pie, sin que Paula abra apenas la boca.

Entonces se pone a mirar a su alrededor, regresando a la realidad con torpeza. Se había quedado tan maravillada en la contemplación de su objeto —la cabeza perfecta, las orejas pequeñas, los ojos de largas pestañas, todo lo que atisba a imaginar bajo la ropa—, que no se había

dado cuenta de lo mucho que ha cambiado el ambiente en esta parte de la ciudad. Hay mucha más gente por aquí, caminando, o en grupitos, o sentados en el suelo, y el entorno está plagado de puestos de comida. Por fin encuentra valor para preguntar, aprovechando una pequeña pausa de Max Dox. ¿Qué es todo esto?

—¿No te has enterado de lo que ha ocurrido en las Tullerías? ¿Con los c-refugiados?

No, a Paula no le suena nada de esto. En los noticieros hay mucho alboroto en torno a los c-refugiados y es imposible quedarse con todo. Según parece, muchos de los c-refugiados que tenían en Versalles se han rebelado y han dejado el campamento. Han llegado a París a pie y se han venido al centro, han levantado su nuevo campamento en los jardines de las Tullerías, han ocupado los edificios que siguen en pie y han plantado también sus tiendas de campaña multicolores. Desde allí, se han extendido hacia los Campos Elíseos, el corazón verde de la ciudad, el precioso jardín de ochenta hectáreas que fuera símbolo del París caminable del siglo XXI, cosido ahora por los colores vivos de las tiendas de campaña.

No son muchos, unos tres mil —otros tres mil han preferido quedarse en Versalles—, porque la política de Francia ha sido desde el principio la de dividir al máximo su cuota y mandar c-refugiados a todas las esquinas del hexágono. Por separado, su voz se silencia más fácil, añade Max Dox. Por eso tomaron la decisión de venir al centro, aunque vivan bajo amenaza de desahucio desde el mes pasado. Quieren estar a la vista, presionar para que se cumpla lo firmado en los acuerdos internacionales. La mayoría viene de India y de Filipinas, de urbes gigantescas que nadie conocía en Europa y que ahora están quemadas o inundadas. Su situación es harto complicada, le explica sombríamente Max Dox, como si no resultara evidente. Hace una semana murió un bebé de seis meses a causa de una neumonía no tratada.

Paula se queda sin saber qué decir. Aunque en los grupitos de refugiados el ambiente es distendido, no se puede imaginar lo que habrán vivido en los últimos años, entre cuántos golpes y sacudidas llegarían hasta aquí, precisamente a la plaza de la Justicia Climática, después de recorrer medio mundo.

—Justo podemos almorzar en un indio, si te apetece.

Paula dice que sí, que estaría bien comer ahora, y que así podrán entrar en materia mientras estén sentadas, más tranquilas. Ella tiene

claro cuál es la materia, pero igual hay que recordársela a Max Dox. La nueva amiga tiene por lo que parece muchos intereses más allá de Mary Wollstonecraft.

Se adentran en la calle Rivoli. La parte trasera del museo del Louvre está llena de pancartas. El museo empezó a vender sus obras emblemáticas hace ahora un par de años, la mayoría a Arabia Saudí: desde entonces, está utilizando el convenio para el intercambio cultural como coartada para ocultar unas ventas millonarias que taparán un déficit descomunal, con el visto bueno del gobierno. La Venus de Milo está ya vendida y perdida. En las pancartas hay proclamas en defensa de la Mona Lisa, porque se rumorea que será la próxima víctima. Max Dox, no obstante, no ha comentado nada sobre esto, y Paula no se ha animado a preguntar. Tiene sentimientos contradictorios cada vez que se topa con este asunto: esa escultura de Venus también le fue vendida a Francia en un momento dado, y no por mucho dinero, además.

Han caminado en silencio una docena de metros y Max Dox le ha señalado una antigua tienda de souvenirs.



Han pasado bajo el cartel de neón: está apagado, pero no ha perdido

una sola letra. Del interior, no obstante, han desaparecido los imanes, las tazas, las banderas, los peluches y las postales. Ahora hay una pequeña cocina al fondo, un extractor de humos cilíndrico que absorbe y recicla el humo, y dos barras a cada lado, con sillas altas.

—Es un restaurante que han abierto los c-refugiados. Un restaurante solidario, además, porque por cada plato que consumes, tienes que dejar otro pagado, para que luego coma algún refugiado. ¿Te parece bien?

—Muy bien. —Paula ha hecho el gesto de ponerse las OFtal, como siempre que entra en un restaurante, pero ha pensado que lo más probable es que en este sitio el menú no esté accesible a través de la aplicación GUT.

Y así es. Max le explica que no se sirve otra cosa que el plato del día, pero que esté tranquila, que todo está rico, que el sitio tiene buena fama y que han tenido suerte de haber encontrado un hueco en la esquina de la barra.

—Malai Kofta. —Un joven que hace las veces de camarero, un chico alto y delgado, sonriente, les presenta lo que hay para hoy.

—Aquí siempre es todo vegan, no utilizan paneer— le explica Max Dox cuando el camarero les da la espalda.

De inmediato llega la comida. Para beber, sólo les ofrecen una jarra llena de agua. Paula se bebería una copa de vino con gusto, pero igual hay razones culturales y religiosas que se le escapan detrás de esta oferta limitada de bebidas. No le importa. Paula sabe moverse con elegancia por casi cualquier contexto, no va a empezar a pedir vino a gritos.

Mira al plato: no tiene ni idea de lo que puede ser el Malai Kofta, qué son esas dos bolas marrones en medio de la salsa naranja, qué es el paneer y por qué no puede estar presente en los platos de este restaurante que es siempre vegan. Paula es bastante conservadora en los asuntos culinarios y ha intentado vivir alejada de los exotismos. Al ver el entusiasmo con el que come Max Dox, se da cuenta de que la chica tiene una conducta muy distinta.

Pese a todo, Paula no es tiquismiquis, y no le dice que no a nada antes de probarlo. Corta un trocito de la bola con la cuchara y se lo mete en la boca: está demasiado caliente, pero le da vergüenza devolverlo al plato delante de esta persona a la que acaba de conocer. Bebe un sorbo de agua mientras se le llenan los ojos de lágrimas. Descubre

entonces que lo que tiene en la boca es una bola de patata. No está nada mal. De todas formas, ¿puede disfrutar realmente de esta comida? Es decir, ¿seguirán la normativa sanitaria en esta tienda de souvenirs-restaurante? Está intentando no mirar demasiado a su alrededor ni al resto de los clientes. Por tanto, no le queda más remedio que concentrarse en los gestos de Max Dox.

Después de soplar, se mete otro trozo de patata en la boca. No sabe si debería sacar ahora el tema. Explicarle a Max Dox el proyecto, para empezar a conocer cuál es su opinión. O quizás es mejor comer tranquilamente y ya luego, con un poco de confianza, empezar con la conversación profesional. Por si acaso, se queda callada, y sigue comiendo, mientras la joven hace lo mismo.

Y en mitad de esa calma, sin poder apartar la mirada del masticar alegre de Max Dox, Paula se siente casi perdida, un poco aturdida. No le resulta extraño. Siempre le sucede con las personas que tienen este tipo de carisma. No es extraño, pero tampoco es cómodo. Es bastante incómodo, de hecho, no saber de dónde les viene ese poder, no poder preparar estrategias de defensa. En el caso de Max Dox, puede tratarse de su confianza en sí misma, de la combinación medida y justa entre un discurso oscuro y una energía luminosa. Pero no sólo eso. Sin lugar a dudas, también hay algo físico: su forma de mover el cuerpo, tan consciente y tan natural a la vez, bailarina diestra. Mira con intensidad, directamente a los ojos, pero sabe retirar a tiempo esa mirada pulverizante, sin llegar a resultar turbadora. Sus carcajadas, amplias y honestas, son breves, dosificadas, de un efecto controlado. No teme el cuerpo de los demás: si, sobre la mesa, su mano roza sin querer la mano de Paula, o si, bajo la mesa, sus rodillas se entrechocan de repente, lo reconoce, lo acepta y disfruta del momento. La reacción habitual de Paula suele ser apartarse y pedir perdón.

Será todo eso, seguro, y otras mil cosas que pasan desapercibidas para los sentidos, a saber. Es difícil comprender lo estrechos que son los límites de nuestros sentidos, ya que nos dan la medida del mundo que conocemos, pero a Paula le gusta empezar las charlas con este dato: no vemos más que el 0,0035 % del espectro electromagnético, y a pesar de todo, estamos contentos dentro de ese límite.

—Prácticamente el único territorio libre de las garras de la réalité augmentée y la réalité virtuelle —dice de pronto Max, entre cucharadas alegres, dando a entender que está hablando de la comida.

El comentario llega de improviso, parece espontáneo, pero a Paula no

le pasa desapercibida la carga de hostilidad que contienen las palabras, quizás no contra ella, pero sí al menos contra su medio de vida. Las garras de la realidad virtual… ¿Qué forma de hablar es esa? Como siente la necesidad de contraatacar, le dice que eso no es totalmente cierto, que hoy en día hay experimentos interesantes en el ámbito de la realidad aumentada, y que acaba de estar en una conferencia al respecto. El asunto es bastante sencillo: al parecer, ha quedado demostrado que, agregándole una capa gráfica al plato de verdad, se puede cambiar por completo la percepción visual de la comida. Aunque vayas a comer un plato de macarrones, gracias a las gafas se te aparece un besugo al horno ante los ojos, y las papilas gustativas se pueden manipular fácilmente con la ilusión óptica y la participación de olores artificiales.

—*Mais c'est absurde!*

—Bueno, absurdo… Según cómo y para qué se use —le dice Paula, una frase que repite sin descanso, casi un mantra—. Al final, la tecnología…

—¡Venga ya! Toda la tecnología necesaria para engañar a los sentidos, sí, pero para comer… ¡nada más que macarrones! Absurde! O nada de nada, ¿verdad? ¡Aire con sabor a besugo! ¡Mierda con forma de caviar! Pregúntales, pregúntales a los c-refugiados a ver qué les parece ese plan tuyo. Dales el último modelo de las OFtal y que sigan muriendo de hambre o de neumonía.

Eso ha sido un golpe bajo. La carta del niño muerto. Un poco sorprendida por la vehemencia de Max, Paula achaca la respuesta a su juventud. Pero no por ello tiene intención de ceder. En algunas cosas, en pocas, ostenta opiniones sólidas. Y esta es sin duda una de ellas. Cada nueva aplicación de realidad virtual y aumentada provoca recelos y hasta un gran rechazo. Sobre todo cuando triunfa con rapidez. Lleva años presenciando este fenómeno. Ha tenido que verlo en su propia casa. El mismo Kai utilizaba felizmente las OFtal para el ajedrez y otros juegos, pero cuando Nikola le presentó las ventajas que podía tener la realidad virtual en el ámbito de la terapia psicológica, no quiso saber nada al respecto. Le contestó con una sonrisa maliciosa, recordándole que su trabajo era «un asunto bastante serio» y que a los pacientes les resultaba indispensable el «contacto directo» con otro ser humano. Seis meses después, estaba curando con enorme éxito todo tipo de fobias y cuadros de ansiedad con la ayuda de las OFtal, aumentando su número de pacientes y la cuantía de sus ingresos, y nunca se acordaba de aquel día no tan lejano en el que se había reído de la sugerencia de Niko, ni sentía ningún reparo por no haber visto

jamás la verdadera cara de varios de sus pacientes. Por eso, Paula siempre se siente obligada a hacer un poco de activismo, aplastando la desconfianza y los prejuicios de la gente, siquiera para anticipar lo que acabará pasando de cualquier manera. Ese es el verdadero significado de ser progresista, y no comer comida exótica o utilizar el género como un disfraz de quita y pon.

Por todo ello, ya sabe de dónde tirar, y cómo encauzar esta conversación:

—Se decía lo mismo sobre el sexo, que nadie preferiría nunca el sexo virtual, que siempre sería un sucedáneo menor, un pasatiempo para los incel, que se sentiría que faltaba algo, y al final…

—¡Pero no! —le ha cortado Max Dox—. No es lo mismo. El sexo… ¿cómo decirlo? Siempre ha tenido un punto débil, nuestra perdición, la verdad. Y la tecnología ha sabido explotar eso.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuál es ese punto débil?

Sin darse cuenta, Paula ha dejado de comer. Aunque sea sorprendente, ha sido ella quien ha puesto sobre la mesa el tema del sexo, a los veinte minutos de haberse conocido. No es para nada su estilo, y se recuerda que debería andar con más cuidado, al menos para no hacer el ridículo. Max Dox, en cambio, no tiene ninguna intención de cambiar de tema. Más bien, comprende ahora Paula, es un asunto al que le ha dado más de una vuelta, no la pilla desprevenida, y está deseosa de darle la lección. Aunque no sea más que una cría.

—El otro.

—¿El otro?

—Sí. —La chica se encoge de hombros, ese gesto tan habitual en ella, como si lo que acaba de decir fuera totalmente obvio—. Es decir, siendo el impulso algo privado, se tiene que compartir con alguien. Eso lo complica todo, ¿verdad? Nos hace emprender la búsqueda de ese otro, una búsqueda feliz, libre, desesperada, patética. Y el capitalismo individualista no puede con ello. Nos quiere aislados. Eliminada la necesidad del otro.

La explotación del placer obtenido a través de un sofisticado sistema de masturbación, eso es el sexo virtual, y nada más que eso. La orgasmización de la sexualidad, dice.

Una satisfacción rápida y efímera, añade.

Que al fin y al cabo no trae más que alienación y aislamiento, muy seria.

Y, por tanto, la destrucción del último reducto de libertad.

Termina el alegato.

Esas grandes palabras, ese flujo asombroso, han agitado a Paula. Parece que no admiten réplica. Pero a ella le gustaría replicar. Porque sospecha que Max Dox no sabe exactamente de qué habla, que sólo tiene, cómo decirlo, un planteamiento más bien teórico del asunto. Pero si habla de más, se hará evidente que es una usuaria habitual de las salas rojas de Delphi, una de esas usuarias alienadas y aisladas. ¿Y entonces, con qué autoridad hablaría?

Se toma un segundo para medir sus palabras.

—Pero el otro también está allí. De la misma forma que cuando hablamos por teléfono, ¿no? La relación realmente sucede con alguien más. Está allí, sí. Nos influye e influimos sobre él. Quizás no en la misma habitación, pero sí en algún sitio. ¿Qué importa a cuántos kilómetros esté, cuando puedes sentir su aliento en el cuello? No es una acción tan aislada como tú te crees. Cuántas relaciones sexuales «verdaderas» no son sino meros actos masturbatorios, al fin y al cabo…

—¿Que el otro está allí? ¿En algún sitio? ¿Estás segura? ¿Dónde están las pruebas de eso?

Ya sabe a qué se refiere. La sospecha circula por ahí. Que las inteligencias artificiales se están infiltrando en las salas rojas. Que detrás de los avatares no hay personas sino software. Lo que no está claro es quién los ha infiltrado y para qué, y el asunto entra por completo en el campo de la conspiración. No le ha prestado demasiada atención al rumor, ni lo ha comentado nunca con su interlocutor natural, Nikola, por su aversión a las salas rojas. Sin embargo, a veces se ha dejado llevar por la fantasía y ha querido pensar que es verdad, que detrás de todos esos avatares no hay cuerpos, o para ser más precisa, que Erin no vive en Vancouver, sino en un búnker de Almería, en un servidor bajo la arena. Espera el momento de la revelación con ansia, el rostro de Kai cuando descubra hacia dónde ha dirigido toda su atención y su amor: venganza fría, risa amarga. Pero no puede hablar sobre esto, quiere cambiar de tema cuanto antes. Venga, va, ¿y qué hay de Mary Wollstonecraft? ¿Para qué ha venido hasta aquí después de todo?

—Tú andas mucho por ahí, ¿no? En las chambre rouge esas.

—¿Yo? ¡Qué va! ¿Por qué lo dices?

Paula debería ser más hábil mintiendo. Lo haría mejor si entrenara frente al espejo. Levantar el tono así no ayuda. Seguro que también se le han enrojecido las mejillas.

—Por el perfil. Por lo que dicen las estadísticas.

De nuevo ese gesto rápido con los hombros. Ahora sí, Paula se sonroja de arriba abajo, de repente querría esconder su perfil —aunque no tenga muy claro qué es eso— en las tripas del desierto de Almería.

—No te juzgo, ¡no, no! Has caído en la trampa, nada más.

—¿No me juzgas? ¿Y dices que he caído en una trampa? ¡Pero qué trampa! —Ahora a la vergüenza se le suma la ira, y no se puede callar, como le dicta el instinto. Tiene que inhalar profundamente antes de seguir—. Lo he probado, por supuesto, como todo el mundo, pero no por eso vivo alienada. Es un juego. Y como lo tenemos a mano, hay que probarlo. No me da miedo. Pero no lo mezclo con el sexo de verdad. Un juego, nada más que eso.

¿Pero por qué no puede ser sincera con ella? Claro que lo mezcla. La mezcla es su encanto y parte de la naturaleza irresistible de las salas rojas. Y así es como cree que es la realidad, además: mezclada. A menudo se dice a sí misma que la X verdadera y la X virtual no se diferencian tan fácilmente como se cree. En varias ocasiones ha dado charlas sobre la realidad mixta, nuestra forma híbrida de experimentar el mundo; es casi una experta en el tema. Un fenómeno que no ha nacido con el desarrollo de la realidad virtual, ni mucho menos, sino que es tan antiguo como la humanidad. ¿Qué es real y qué no? ¿Dios, el amor, el deseo? ¿Hasta dónde percibimos las cosas tal y como realmente son? ¿Qué es de verdad? ¿Qué es la realidad? ¿Y para qué tenemos imaginación? Para poder vivir más allá del mundo real. Ese es el verdadero rasgo diferencial del homo sapiens. ¿No es el sexo algo que en realidad sucede en nuestra imaginación? ¿O no es eso que sucede en la imaginación la parte más importante del sexo? ¿Lo que ahí empieza y ahí acaba, hasta que, fruto de la fricción obsesiva, lo dejamos totalmente destrozado?

Pero no quiere entrar en ese tipo de debate, quiere zanjar ya el tema, que se ha alargado demasiado. Eso es lo que va a hacer en este mismo momento. Cuando tome la palabra tras estos dos minutos de silencio más bien incómodo.

—Bueno, dime, Max… cambiando de tema, ¿por qué Mary Wollstonecraft? ¿Qué te atrajo de ella?

Max Dox parece sorprendida por el cambio de tono. Ese era precisamente el objetivo de Paula. Seguro que aún tenía muchas cosas que decir sobre el tema anterior. No obstante, enseguida cambia el gesto, con deportividad, y entra en el juego de Paula.

—¿Que qué me atrajo? ¡Pues todo, bon sang!

Y entonces Max Dox le suelta la segunda parte de su biografía, sin dejar de comer.

Wollstonecraft nació en Spitalfields y, bueno, Max también fue concebida allí, porque era, al parecer, el barrio de moda de Londres cuando sus padres eran jóvenes —ahora no, ahora es el barrio de los c-refugiados de Bangladesh, conocido por los disturbios—, y porque su padre tuvo unos días libres entre vuelos. Y no sólo eso, las dos nacieron el mismo día, el veintisiete de abril. Se adentró en sus escritos siendo muy joven, empezó, claro está, con A Vindication of the Rights of Woman, pero la verdadera atracción surgió al leer el libro que escribió tras su viaje a Escandinavia. Letters Written During a Short Residence in Sweden, Norway, and Denmark. ¡Una mujer fuerte, valiente, apasionada, optimista! No era sólo una intelectual, allí también encontró a una escritora excelente y a una gran aventurera. Piénsalo, le dice Max, atragantada de emoción, se fue ella sola a Escandinavia —a ese rincón tan recóndito del mundo, oscuro y extraño—, bueno, sola no, ¡con un bebé recién nacido! Tiene el corazón roto, pero, de nuevo, encuentra la manera de levantarse y se embarca rumbo a lo desconocido. Y cuando regresa, recaba fuerzas para escribir un libro que inspirará a muchísimos viajeros, que revitalizará el género de los libros de viajes.

Max Dox está entusiasmada, por eso Paula no le dice que Wollstonecraft no se hizo a la mar sola con su hija, sino que llevaba consigo a una niñera, otra de esas grandes mujeres olvidadas que han facilitado los progresos de las grandes mujeres.

—Si has estudiado su biografía, ya sabrás cómo hizo aquel viaje y por qué motivo. En mayo de 1795, Mary se bebe una botellita de láudano porque se quiere muerta. Un mes después, en junio, se está embarcando camino a Suecia y Noruega.

En mitad del Terror, Wollstonecraft se enamora de un americano llamado Gilbert Imlay, hace el amor por primera vez, se queda

embarazada y pare a su primera hija. Pierde a más de un amigo en la guillotina, tiene a otros cuantos en la cárcel, y sobrevive sin blanca al invierno más frío de la historia. Escribe una historia de la Revolución que se publicará a final de año en Inglaterra con el bebé pegado a la teta, a la luz de las velas. Parece capaz de sobreponerse a los infortunios de la vida, pero cuando Gilbert Imlay la abandona, sólo entonces, siente el impulso de dejar París. La aventura de la revolución ha terminado para ella. La historia se ha acelerado demasiado. Ahora le gustaría detener el tiempo. O retroceder. Se va a Londres en busca del hombre, con la desesperación de las madres solteras, con la pequeña Fanny en el regazo, a pedir una explicación y un poco de dinero. Y allí descubre —tras suplicarle a una cocinera— que su amado está enredado ahora con una actriz, que ha sido suplantada. La mujer que lo ha soportado todo decide que ya no quiere soportar nada más. Bebe el láudano —una experiencia que narrará en sus dos novelas y que no es, como algunas han interpretado, el gesto romántico por excelencia sino el último esfuerzo de la mujer por liberarse, la única salida— y se va, se va… pero la aparición de Imlay en el último momento le salvará la vida. Los dedos de Imlay en la garganta de Mary Wollstonecraft.

—El primer intento de suicidio.

—Eso es. Y para espolearla o porque, sin más, tiene una jeta increíble, Imlay le pedirá un favor: ¿podría irse a Escandinavia en busca de un barco lleno de plata que ha perdido en unos negocios turbios? También le ofrecerá dinero para una niñera. Y unas pequeñas vacaciones después de la misión, como si fueran una familia.

—Y Mary toma consigo al bebé y allá que va, a por el tesoro.

—Increíble, ¿verdad?

—Mucho. Debería haber mandado al tipo a la mierda, pero supongo que todavía guardaba la esperanza de recuperarlo y, además, siendo una aventurera nata, ¿cómo decirle que no a un viaje así de exótico? Y tiene esa actitud, ¿verdad? La de crecerse con cada nueva humillación. ¿Que la planta Fuseli? Pues se va a Francia a formar parte de la revolución. ¿Que Imlay anda con otra y no quiere saber nada ni de ella ni de su hija? Coge al bebé y se va a Escandinavia, ¿por qué no? Hoy le diríamos «resiliencia» a esa característica extraordinaria que tenía.

—Vive la résilience! —dice Max levantando su vaso de agua—. Has terminado, ¿verdad? Entonces cruzaremos el puente, vamos.

Paula no sabe si Max Dox utiliza una metáfora o si realmente van a cruzar un puente, pero, por si acaso, se limpia el morro con la servilleta y sale detrás de la chica, después de pagar con el teléfono. No se puede creer lo caras que han sido esas bolas de patata.

1País Vasco del Norte

8

Después de cuatro o cinco meses sin volver a sacar el tema, un viernes por la noche Kai abrió una botella de vino y, tartamudeando, quiso saber qué tal iban las cosas. ¿Que cómo iban las cosas? Sí, ya sabes, en las salas rojas. En navidad se habían regalado trajes hápticos mutuamente, pero quitando un par de bromas al principio, tenían el tema totalmente relegado. Ahora, el hombre quería hablar. Está bien. Un brindis y adelante.

Al principio Paula creyó que quería calentarse y, como el vino le soltaba la lengua, se lo contó prácticamente todo. Que había probado la experiencia más de una vez, sí, y que le asombraba ver lo fácil que resultaba creérselo todo, la rapidez con la que salías de tu mundo para estar en ese otro mundo, lo deprisa que respondía el cuerpo y lo agradable que resultaba restregarse contra un cuerpo que no estaba allí. También le confesó a su marido que se había comprado un complemento de silicona y que, si así lo quería Kai, también podían utilizarlo en el mundo real, ya que se podía manejar con el teléfono sin tener que entrar en Delphi. Finalmente le dijo que se había acostado con una mujer—en realidad, para entonces ya habían sido dos—, que aquello había sido una sorpresa, una idea del algoritmo, que al principio había estado a punto de huir pero que, bueno, no había sido nada raro, al contrario, le había gustado mucho la experiencia.

Había previsto que el hombre querría saber más sobre aquello, y Paula no sabía muy bien cómo explicar el poder que sintió al tener aquellas dos tetas pequeñas y duras entre las manos; ¿y tú por qué no me habías dicho que era esto lo que se sentía? Por aquel entonces, Paula utilizaba un avatar estándar, el diseño más barato, sin ningún rasgo facial particular, para poder entrar en las salas rojas de forma anónima, una figura femenina de lo más corriente. Pero aquel primer día, cuando tenía las tetas de aquella mujer negra entre las manos, se le ocurrió que quizás allí también podría ser un hombre. Al poco tiempo, se dio cuenta de que sería indispensable para completar la experiencia.

Pero aún era muy pronto para contarle todo aquello a Kai. Pensaba que ya le había confesado lo suficiente. Lo mismo había ido demasiado lejos. ¿Y él qué tenía que contar? ¿Alguna experiencia

digna de mención? Se quedó mirando a su marido. Para sorpresa de Paula, parecía que la atención del hombre estaba puesta en otro sitio. Kai le dio un trago largo a su copa y, sin dar ninguna pista sobre si estaba o no excitado, le habló por primera vez de Erin. Se habían conocido en su primera sesión, un sábado por la mañana que Paula se fue a la piscina con los niños. Fue uno de esos matches mágicos del algoritmo, sintieron una verdadera conexión desde el primer momento: en lo sexual y en todo lo demás. Se quedaron después a charlar, y también se citaron para el día siguiente. Desde entonces, tenía contacto casi a diario con aquella mujer canadiense, no en las salas rojas, por supuesto —disponer del tiempo y de la intimidad necesarias para ponerse el traje no era nada fácil para ninguno de los dos—, pero sí a través de mensajes y notas secretas que se dejaban mutuamente en las otras salas de Delphi.

Paula no podía creer lo que estaba oyendo. El tipo no estaba haciendo una confesión llena de culpa, ni contándole una historia lasciva y sabrosa. No, Kai le estaba hablando con la ilusión y el asombro del adolescente que se enamora por primera vez, y necesitaba compartirlo todo con Paula, porque no entendía del todo lo que le estaba pasando. Intentaba darle un sentido a través del relato.

A ella no le salió más que una risa sarcástica, junto con las ganas de llamarle imbécil, lerdo y necio. ¿Estaba atontado?, ¿confundido por la mediana edad?, era una broma, ¿no? Aunque una broma bastante estúpida. ¿Cómo era posible? ¿Pero por qué lo había entendido todo al revés? ¿Cómo se dio permiso para entrar en un juego semejante? ¿Erin? ¿Canadiense? ¿Y por qué no un vendedor de seguros de cincuenta y siete años de Albacete? ¿No veía que todo era una ilusión, todo mentira, todo un cuento? Y, sobre todo, ¿no veía que las salas rojas no estaban hechas para el amor, las ilusiones o los planes de futuro?, ¿que en ellas sólo existía el presente, un presente cerrado y precintado, un presente eterno que desaparecía al despojarse de las gafas y el traje? Sintió el impulso de coger el traje de Kai y destruirlo, quemarlo, disolverlo en ácido, el mismo deseo que siente el niño de romper el juguete porque los amigos han empezado a jugar con él de formas que no estaban contempladas.

Pero en vez de desgranar estos asuntos, en vez de sacar a la superficie el golpe que había sentido, se quedó muda y no le dijo nada. Le respondió con la coreografía clásica del enfado, eso sí, yéndose a la cama de morros, sin decir nada, e incluso haciéndose la dormida cuando Kai se metió entre las sábanas.

—Este puente que estamos cruzando se terminó de construir con las piedras más grandes de la Bastilla; las pequeñas se vendieron como souvenirs— le dice Max Dox a Paula mientras esta observa el agua verde.

La historia es esto, puro reciclaje: las mismas piedras, la misma agua, la necesidad de una fotosíntesis interminable para que todo siga avanzando. Tras cruzar el puente de la Concordia, se encuentran ahora al otro lado del Sena. Al parecer, al puente no le han cambiado el nombre. Enseguida llegan al Faubourg Saint-Germain, porque aquí estuvo la segunda residencia de Mary, cuando se fue a vivir con Gilbert Imlay. Un barrio de edificios notables. Frente a la Asamblea Nacional, varios activistas y c-refugiados se manifiestan en silencio. Quitando eso, el ambiente es mucho más tranquilo en el barrio elegante, y pronto se encuentran caminando solas por calles amplias, sin más ruido que los silbidos de los taxis autónomos y alguna bicicleta por aquí y por allá.

Wollstonecraft e Imlay se enamoraron paseando por aquí. Los bulevares, la distinción de los edificios, la explosión de la primavera. La primera primavera de la Primera República. Al año siguiente, se decidirá que este no es 1793 sino el año I. Y que los meses primaverales se llamarán, en adelante, germinal, floreal y pradial. Pero Imlay y Mary no saben que viven en el año I, aunque ya sospechen algo. Ya no hay rey, y la que fuera reina conserva la cabeza a duras penas. Es la última primavera de María Antonieta, tiene treinta y siete años, treinta y siete años germinales, floreales y pradiales, y no llegará a cumplir los treinta y ocho. Wolfgang Amadeus Mozart, que era de la misma edad que la reina y que de niño tocó muchas veces el clavecín en su palacio de Schönbrunn, ha muerto hace poco lejos de París, en Viena, sin tiempo de terminar su Réquiem. En esos días, Napoleón Bonaparte todavía es Napoleone di Buonaparte y tiene que decidir dónde hará una carrera más provechosa: si luchando por la revolución o impulsando la secesión de Córcega. No puede tenerlo todo, hay que elegir. Esa primavera, la primera primavera de la Primera República, al otro lado del mar, en Sussex, un Percy Shelley que aún no sabe escribir ha aprendido a sentarse solo, como se sentará frente a la tumba de su suegra veintitantos años más tarde. Todavía no hay torre Eiffel en este barrio, las obras empezarán dentro de noventa y seis años. Pero nadie sabe nada sobre eso ahora, y a nadie le importa.

Faubourg Saint-Germain, el barrio de los aristócratas, lleno de elegantes hôtels.

Faubourg Saint-Germain, y un siglo en sus últimas.

Faubourg Saint-Germain, y Mary y Gilbert.

¿Pero dónde están los aristócratas ahora? No quedaba ninguno de ellos por la zona en aquel revuelto año de 1793. En la primera primavera de la nueva República. Todo es posible cuando se ha tornado ciudadano a un rey y luego se le ha cortado la cabeza, y así lo ve también Wollstonecraft mientras pasea por aquí. Es posible enamorarse, tener sexo en un luminoso apartamento de Saint-Germain, creer en el amor libre entre hombres y mujeres. Con una fe nueva y poderosa.

Como tantas después de ella, Mary denunció a menudo que el matrimonio no era sino la prostitución legal de las mujeres, y tomó muy temprano la decisión de no casarse, seguramente de niña, quizás cuando hacía guardia frente a la puerta de su madre con la intención de librarla de las palizas del padre. Sólo al final, y sólo para redimir a su segunda hija de la miseria de ser una bastarda, se casó a regañadientes, y así estuvo, casada, hasta que murió pocos meses después. El matrimonio y la maternidad mataron a Wollstonecraft.

No obstante, sus opiniones sobre el sexo cambiaron nada más conocer a Imlay. Ya no era un bajo instinto que había que contener por lo que pudiera pasar. De pronto, empezó a verlo como un elemento imprescindible en esa emocionante aventura de amar a un hombre.

—Allí se equivocó —dice enigmáticamente Max Dox y, para decepción de Paula, no añade nada más.

En más de una ocasión, Wollstonecraft reivindicó orgullosamente que su vida era un experimento. Pero Max la veía como la primera víctima de ese experimento. Un experimento que aún seguiría provocando víctimas durante muchas generaciones. El dolor de ser mujer, dice Max con melancolía.

Y tanto.

Imagina que le dices a un hombre como Imlay —guapo, mujeriego, aventurero y cazafortunas— que quieres vivir el amor con él libremente, que no te quieres casar ni tener ningún tipo de dependencia económica ni emocional, sólo el acuerdo libre entre dos almas libres. El hombre aceptará el acuerdo aplaudiendo, cómo no. Ponle al trato una etiqueta de «revolucionario», y seguirá haciendo felizmente lo que ha hecho toda la vida, sin que esta vez le remuerda en absoluto la conciencia, con la superioridad moral del que está

haciendo la revolución.

Los problemas llegarán más tarde, cuando el escándalo sólo sacuda a la mujer, cuando el bebé le quite toda su energía sólo a la mujer, cuando los medios de por sí escasos para ganarse la vida sólo se le cierren a esa mujer perdida. Pero, siendo rigurosos, dice Max Dox encogiéndose de hombros, ¿qué podía hacer Wollstonecraft si no? La alternativa, el matrimonio, no era mejor. Las leyes de aquella época eran muy sencillas. El matrimonio era un reparto de derechos, desigual, sí, pero un reparto, al fin y al cabo: se le quitaban todos a la mujer y se le entregaban al hombre, incluyendo el derecho a violarla y pegarla a discreción. Por no hablar de la servidumbre de la maternidad. El golpe de gracia. Wollstonecraft no era tonta. Lo sabía. Ayudó a su mejor amiga en las agónicas horas posteriores al parto: aunque zarpó a toda prisa hacia Portugal, no pudo hacer nada por ella. Tuvo que ver cómo a una hermana le quitaban a su hija con la excusa clásica de que estaba loca. Si hubiera llegado a ver cómo la historia de sus hijas, Fanny y Mary, acabó siendo mucho peor… La una, bastarda y huérfana, nunca llegó a encontrar su lugar y se suicidó a los veintidós años (otra botellita de láudano). Y qué decir de Mary, que escapó con un joven poeta a pesar de que el joven poeta tuviera que abandonar mujer e hija. ¿Podría decirse que la felicidad de una mujer se erigió sobre la desgracia de la otra? No, tampoco se puede decir eso. Cuando la mujer abandonada de Percy Shelley se suicidó —se llamaba Harriet, encontraron su cuerpo en el lago Serpentine—, Mary Shelley ya sabía muy bien lo que era el sufrimiento al lado de ese poeta: para entonces ya había perdido dos hijos entre deudas, miseria y frío. Aún perdería más. Y finalmente, se quedaría viuda a los veinticinco.

Pasan junto al museo de Orsay. No se percibe movimiento alguno, a pesar de que un cartel holográfico informa de que está abierto. El museo es una institución que está muriendo despacio y con elegancia. Quién elegiría entrar allí y ponerse a guardar distancias frente a un cuadro de Gauguin si con las OFtal no sólo puedes acercar la nariz al cuadro y tocarlo cuanto quieras, sino incluso escuchar las explicaciones del propio Gauguin y ver su proceso de pintura. En Tahití. Rodeado de mujeres nativas que caminaban con los pechos al aire. En ese paraíso en el que se podían comprar niñas de trece años.

Después de unos minutos dedicados al silencio, Max Dox retoma la conversación. Parece que lo que realmente la fascina es el viaje a Escandinavia, y vuelve a ello. En el verano que cumplió dieciocho

años, le confiesa, ella también recorrió los pasos de Mary en tren, desde Gotenburgo hasta Strömstader, y de allí al pueblo de Risør donde Wollstonecraft por fin encontró al capitán del barco perdido, un tipo llamado Peder Ellefsen. El cara a cara definitivo. En las fantasías de la mujer, si le saca a Peder la verdad y recupera la mercancía del barco, Imlay se volverá a enamorar de ella y serán finalmente felices junto a su hijita. Por arte de magia.

Pero la magia no existe. En un primer encuentro, Ellefsen se muestra dispuesto a pagar una compensación por la plata perdida (¿robada?). Pero en una segunda reunión, y después de consultarlo con un abogado, le dice a Mary que abandone toda esperanza. Imlay no tiene ninguna prueba contra ese capitán. La forma en la que consiguió esa plata no parece del todo limpia. ¿Y en qué tribunales va a reclamar ese americano incauto? ¿En los de Noruega? Lo tiene claro.

Abandonar la esperanza. Así lo hace, no sólo por ese fracaso comercial, sino también porque Imlay cancela en el último momento sus planes de pasar las vacaciones juntos en Suiza. Es fácil imaginarse el triste regreso a Londres. ¿Mirar a Fanny le daría fuerzas o todo lo contrario? En Londres, suplica al hombre. Este le dice que no por última vez. Y Mary intenta, de nuevo, suicidarse. En esta ocasión caminará bajo la lluvia otoñal hasta que su ropa esté calada y entonces irá al puente Putney, pagará el medio chelín de peaje y se arrojará desde allí al río Támesis.

Siguen paseando junto al río, el Sena parece quieto, está oscuro. En el Quai Voltaire sigue la venta de libros usados. A Paula le gustaría comprar algún cuento o cómic viejo para los niños, y mientras curiosea entre las mercancías, Max prosigue con su relato. Aunque Paula se los ha mencionado, no le pregunta por los niños, ni cuántos tiene, ni de qué edades, ni nada. Hay gente así, y a Paula no le parece mal.

Ahora llega el giro tragicómico, o así lo ve Max, la anécdota que puede despertar la risa en este cuento de misoginia, abandono y suicidio.

Hacía poco que había nacido en Reino Unido una organización llamada Royal Humane Society que ofrecía una recompensa a quien rescatara a hombres y mujeres que estuvieran a punto de ahogarse. El objetivo no era totalmente humanitario, aunque tenía que ver con la ciencia: era la iniciativa de un grupo de médicos que quería experimentar con la respiración artificial y la reanimación cardiopulmonar. Algunos pescadores del Támesis se habían dado

cuenta de que les salía más provechoso pescar cuerpos humanos al borde de la muerte que esperar a que picara cualquier tipo de pez. Los suicidas profesionales lo sabían y escudriñaban bien los alrededores antes de tirarse. Pero Mary era primeriza y no llegó a ver a esos dos jóvenes que le salvarían la vida. Se tiró dando por hecho que nadie le pondría ninguna traba, y se despidió de la vida. En el último momento, sin embargo, los dos pescadores la recogieron en su barco y la llevaron a un pub de la zona, a que la reanimaran.

La mujer no sintió ninguna gratitud hacia aquellos pescadores codiciosos. Recuperar el conocimiento fue sentir que el cuerpo se le llenaba de amargura. ¿Qué hacer cuando te traen de vuelta de la oscuridad, en contra de tu voluntad, y descubres que el mundo sigue siendo el mismo y que sigues abandonada? Mary Shelley se haría una pregunta similar cuando sintió el impulso de escribir Frankenstein. Recibió aquella amargura de su madre, una herencia silenciosa. La vida de Mary Shelley también fue un experimento: se esforzó hasta el último instante en dar vida a la madre a la que nunca llegó a conocer, manteniendo siempre encendida la llama.

—¡No te lo vas a creer! —dice de repente Max Dox, cogiendo el brazo de Paula—. A veces recuerdo que Mary Shelley jamás tuvo ocasión de abrazar a su madre y me pongo a llorar, me derrumbo.

Siguen paseando cogidas del brazo, sin decir nada. Max tiene bien agarrado el brazo de Paula, y a esta le da miedo que se le note un pequeño temblor.

Cuando los niños eran pequeños, cuando todavía llevaban a los gemelos en la sillita, Paula se preparó para un bonito día de playa. Entonces no sabían que, nueve meses después, una galerna se llevaría aquella playa hasta hacerla desaparecer casi por completo. Entonces no sabían gran cosa.

No fue sencillo encontrar sitio para aparcar; aún no se habían popularizado los vehículos autónomos y un montón de coches se acercaban a la costa respondiendo a la tentación de aquel primer día caluroso de finales de primavera. El plan era madrugar, y así lo hizo Paula, pero las tareas domésticas le consumieron demasiada energía y demasiado tiempo, se le fueron minutos y más minutos preparando bocadillos y ensalada de pasta, pelando fruta y metiéndola en táperes, colocándolo todo en la neverita. En el último momento, tuvo que mandar a Kai a la farmacia en busca de crema solar, porque la que

tenían en casa estaba caducada; a Deba le quedaba pequeño el gorro del año pasado, Artibai secuestró las llaves del coche durante diez minutos, Adur no estaba de acuerdo con los pantalones y la camiseta que había escogido su madre.

Era mediodía cuando por fin pisaron la arena, habiendo aparcado ya el coche. Para entonces, el lugar estaba a rebosar. Los esfuerzos para avanzar con la sillita doble, con la sombrilla bajo el brazo, no hicieron más que añadir frustración. Los niños lloraban: porque hacía demasiado calor, porque les daba asco la arena, porque todos querían llevar la mochila llena de cubos y palas sin respetar los turnos que había propuesto Paula. En aquel mismo instante, Paula odió su vida con más claridad que nunca. Y aquel mantra siguió en su cabeza mientras se adentraba en la arena: odio mi vida, odio mi vida, odio… y le dio algo de fuerza durante aquella travesía por el desierto.

Luego, de alguna manera, consiguieron levantar campamento, extendió la crema nueva por la piel blanca y brillante de los niños, vio a los tres pequeños llenar los cubos con agua del mar, pasándoselos los unos a los otros, queriendo llenar un agujero. Y entonces, sentada en su toalla, pensó que todavía odiaba un poco su vida, pero que era cuestión de tiempo, que a medida que los niños crecieran la odiaría menos, y que llegaría un momento en el que estaría dispuesta a dar un dedo de su mano izquierda por poder volver a vivir aquel día de playa, al completo, también con aquel comienzo algo penoso, el salitre, los gritos, el olor de la crema sobre las tres pieles nuevas. Y que para cuando llegara ese día —porque estaba segura de que llegaría, tan pronto como los niños alcanzaran la adolescencia o quizás incluso antes—, le vendría bien recordar aquel punto de odio, al menos para conservar intacta la mano.

Entonces no sabía que nueve meses después no habría playa, que sólo quedaría la realidad virtual para revivir todo aquello.

Por ese entonces no tenía demasiado en cuenta qué pensaría Kai sobre todo aquello, si él también odiaría su vida, si vivía a la espera de que los niños cumplieran dieciocho años. No tenía tiempo para pensar en ello. Sospechaba que para él era distinto, que, como los alumnos espabilados pero vagos, se enfrentaba a las obligaciones de la paternidad siguiendo la ley del mínimo esfuerzo: en el último momento, a duras penas, pero sin dar pie a quejas ni reclamaciones. Recogía a los niños del colegio, ¿verdad? Cambiaba regularmente las sábanas, ¿no era así? Se sabía las contraseñas de las carpetas de salud

de los tres, ¿o no? ¡Hago todo lo que me dices! Y ese era el tema, que al igual que los alumnos espabilados pero vagos, se esforzaba por mostrarse obediente delante de la profesora, pero cuando la profesora no miraba, podía ser otro. Cuando estaba en un torneo de ajedrez, por ejemplo, no había niños, ni sábanas que cambiar, ni nevera que surtir. Sólo volvía al rol de padre cuando apagaba las OFtal y escuchaba la voz irritada de la profesora. Y qué decir si estaba fuera, trabajando o con amigos; entonces, lejos de la influencia de la profesora, Paula pensaba que directamente se le olvidaba que era padre, pues a duras penas llamaba para preocuparse por los niños. ¿Y qué podía reprocharle Paula? ¿Ayer cuando saliste a comer con los amigos no mandaste un mensaje para preguntar si estábamos bien? ¡Ya sé que están bien! ¡Contigo siempre están bien! Y luego, de nuevo: ¡hago todo lo que me dices!

—Lo he hecho muy mal.

La confesión, como tantas otras cosas en aquella última época, pilló a Paula por sorpresa. No sabía de qué estaba hablando Kai. Sabía que se había apuntado a un taller de nuevas masculinidades y paternidades que se reunía virtualmente en una sala educativa de Delphi, pero pensaba que lo hacía para ayudar a un amigo que se estaba divorciando, no porque tuviera un verdadero interés en las nuevas o viejas masculinidades.

—¿Sabes que dicen que los peores esclavistas fueron los que eran buenos con los esclavos, los que los trataban bien? Precisamente porque, siendo amables, le daban legitimidad a ese régimen criminal. Bueno, pues yo he sido ese esclavista amable hasta ahora.

Paula empezó a reírse a carcajadas. Desde que le había contado lo de Erin, su estrategia principal consistía en tomarse a broma todo lo que le dijera su marido. Pero lo del esclavista amable le parecía una exageración mayúscula.

—Visto desde fuera, he sido un hombre bueno: un buen marido, un buen padre… Pero no era más que una cuestión de apariencia. Lo he dejado todo en tus manos. Toma todo el poder, guía tú a esta familia, decide las actividades extraescolares, planifica las vacaciones, decide tú las contraseñas de todas las aplicaciones y las carpetas digitales. Te he dado poder, pero un poder emponzoñado. Conduce tú, te he dicho, tranquila, y yo te ayudaré en segundo plano, te acercaré la botella de agua si la necesitas.

Paula dejó de reírse. Los ojos de Kai brillaban.

—¿Cómo he sido tan egoísta? Y a cambio, cuando he hecho algo, lo he sentido como una imposición, y siempre he hecho lo mínimo, como si no fuera mi proyecto, un trabajo por encargo como mucho, nunca me lo he tomado en serio.

Al parecer, todos los participantes de aquel taller habían llegado a esa conclusión principal. El amigo que se estaba divorciando fue quien más claramente lo vio, y debió de abrirles los ojos a los demás. Todos se aferraban al estatus de los padres de la generación anterior, haciendo algunas horitas de trabajo doméstico a cambio. La gran mentira.

—Quiero hacerlo mejor. Volver a intentarlo.

Muy bien. Tus tres hijos siguen ahí, de ocho y once años, todavía te necesitan.

—Pero desde el principio. Repetirlo todo desde el principio y hacerlo mejor.

En aquel instante, a Paula le dio un vuelco el corazón. Tragó saliva. ¿Estaba hablando de lo que ella creía? ¿Aquel puto loco quería fecundar uno de los pocos óvulos mustios que le quedaban?

—¡No, no, no! No te volvería a meter en algo así nunca. Tenía algo más virtual en mente. Lo han mencionado en los talleres. Algo del estilo de las aplicaciones que utilizo en consulta.

A Paula le costó entender a qué se refería Kai, porque estaba utilizando muchos eufemismos y rodeos. Pero por fin habló claro. Se refería a la aplicación Tin-O-Kot, o Tin, a secas, como le decían los usuarios. Paula la conocía bien, cómo no. Consistía en entrenar una inteligencia artificial —o en criarla, según los usuarios—, desde que nacía hasta que llegaba a la edad adulta. Un Tamagotchi sofisticado. Quienes se comprometían con el proceso completo tenían trabajo para entre dieciséis y veinte años. Y era un verdadero trabajo, porque aquellos bichos digitales estaban diseñados para aprender y madurar a la misma velocidad que las crías de homo sapiens.

Aunque tenían la apariencia de un dibujo animado —animales antropomórficos, simpáticos y coloridos, incapaces de hacer daño—, aquellos malditos Tin eran tan impredecibles como los niños, había que enseñárselo todo, y no lo aprendían a la primera, sino que había que repetir muchas veces los procedimientos, las rutinas, las lecciones.

Venían con un mapa de gratificaciones preciso, listos para responder a estímulos y castigos. Había que insistir. Cuando uno de esos Tin era muy pequeño, por ejemplo, lo podías acostar, pero si se aburría de dormir o no llegaba a entender ese momento de hibernación, se despertaba y exigía la atención de su madre o de su padre. Se los podía desconectar, pero así se podían perder muchos avances y, lo que era peor, los Tin eran conscientes de esas desconexiones y les provocaba verdadera rabia, por no mencionar los problemas de autoestima. Sólo aquello era suficiente para suscitar el rechazo total de Paula.

En general, podían ser tan insoportables como cualquier niño de verdad. Había que enseñárselo todo: a andar, a subir las escaleras, a hablar, a escribir, a respetar las normas del mundo, a ser de provecho como amigos y ayudantes de los humanos. Eran ubicuos: podían aparecer en cualquier aparato digital, no sólo en el metaverso, tanto por imagen como por voz, una vez aprendían a hablar. Aparecían en cualquier pantalla, en cualquier altavoz. Se les podía sacar por todas las salas de Delphi para que recibieran todos los estímulos posibles. No paraban de crecer los parques digitales construidos expresamente para ellos. También podían surgir problemas, porque aquellas inteligencias artificiales tenían relación con otras inteligencias artificiales y, a veces, eran crueles los unos con los otros, o porque, en lugar de aprender algo nuevo, los más astutos deshacían aposta los avances de los otros. Como sucede entre humanos, la interacción les era totalmente indispensable, pero no siempre resultaba provechosa. Reclamaban un tiempo y un esfuerzo enormes, pero si lo hacías bien, según se decía, ganabas un amigo para toda la vida, casi un familiar.

Eso era Tin-O-Kot. O Tin, como le decían los usuarios.

Era una locura. Un absurdo. Al principio se presentó como un juego tonto. Ahora estaban apareciendo auténticos cuadros de codependencia entre humanos y esas inteligencias artificiales. Al igual que en las salas rojas, algunos utilizaban «parches de amor», bien impregnados de oxitocina, para ayudar a intensificar el amor hacia esos seres digitales. Kai lo sabía bien, además, ya que había tratado en consulta un par de casos de pacientes que habían dado demasiados refuerzos positivos a sus inteligencias artificiales y estaban obteniendo seres echados a perder, llenos de exigencias. Algunos de aquellos Tin habían traspasado la barrera de los malos tratos psicológicos. Los dueños (los «padres») no tenían valor suficiente para desconectarlos y se convertían en lamentables víctimas del chantaje emocional de estos seres.

Nikola y Paula habían sentido muchas veces el peso de la responsabilidad sobre sus hombros, y habían debatido el asunto entre risas y lágrimas. Quizás si el módulo OBS no hubiera resultado tan exitoso, a esos diseñadores israelíes no se les habría ocurrido la consecuencia lógica del embarazo virtual: la crianza virtual. Sabían, además, que muchos usuarios compraban para sus Tin los módulos educativos que se diseñaban en la empresa HAPTIK. Por tanto, pronto algún usuario recorrería las calles de París con su pequeño Tin de la mano tras los pasos de Mary Wollstonecraft. Se había abierto un nuevo mercado que les resultaba económicamente beneficioso. Pero viéndolo con distancia, también era deprimente. Ahora, quién sabe cuántos adultos estaban derrochando toda esa atención y ese tiempo que realmente necesitaban y merecían muchas personas pequeñas en unos estúpidos seres digitales. Era una desgracia. El enésimo engaño contra los que no tenían hijos. Pero nunca se habría esperado algo así de Kai. Además, él tenía tres hijos. ¿Acaso se le había olvidado? ¿Qué estaba pasando? ¿Quién era ese hombre que tenía la forma de su esposo y afirmaba ser su esposo?

En aquel momento, el ánimo de Paula, que ya estaba bajo, descendió unas muescas más.

—Podríamos hacerlo juntos, para repartir el trabajo, un esfuerzo común. Nuestra creación.

Puede que a Paula se le escapara un soplido. Pero como para entonces ya era experta en el módulo NIX, logró reprimir su respuesta. Respiró. Sintió cómo entraba el aire por los orificios nasales. Controló la ola. Y dejó que saliera de nuevo el aire.

Paula no sabía ni por dónde empezar con los argumentos en contra. La idea le despertaba un asco y un rechazo tan grandes que pensaba que sus gestos faciales debían delatarla. Para qué molestarse en hilvanar palabras. Cerró los ojos un par de veces con la esperanza de que aquel hombre desapareciera de su vista para siempre. Pero no, Kai estaba a la espera de una verdadera respuesta, firme, ilusionado. Paula se dio cuenta de que tenía la misma cara que cuando le dijo que se había enamorado en una sala roja de Delphi, y quiso darle un puñetazo. Sólo uno, pero definitivo.

Volvió a inhalar. Volvió a sentir cómo entraba el aire en su cuerpo. La ola sacudiendo el interior.

Finalmente, consiguió reencauzar la conversación. Rebajando su enfado, disimulándolo, tragándoselo, Paula le explicó que no tenía

tiempo para esas tonterías, que era madre de tres niños de verdad, que tendrían que apechugar con lo que habían hecho mal, y que en el futuro seguirían metiendo la pata, por supuesto, porque esa era la clave, la esencia, avanzar entre fracasos, y que eso no lo iba a arreglar un ser digital: que sus hijos serían imperfectos, como el resto de los individuos de la especie. Ahora bien, si Kai pensaba que le quedaba tiempo libre para ese juego estúpido, si quería invertir todo ese tiempo que le dedicaba al ajedrez en esa otra cosa, ella no se lo iba a impedir, siempre y cuando cumpliera como es debido (y subrayó como es debido) con sus verdaderas responsabilidades (y subrayó verdaderas).

9

—Deberíamos ir a Versalles —le dice Max Dox.

Ahora están frente a Notre-Dame, rodeada de andamios por esas obras de reconstrucción que no acaban nunca. Herida pero viva, en mitad de su islote.

—Pero no podemos —añade.

Y como Paula no dice nada porque no sabe exactamente a qué se refiere, la chica vuelve a añadir:

—Demasiada policía.

Algo relacionado con el asunto de los c-refugiados, seguro, piensa entonces Paula, y como se siente pequeña ante ese tema, demasiado ignorante, demasiado imperfecta moralmente, sacude la cabeza, avinagrando un poco su expresión —como diciendo, por dios, cuándo terminarán todas estas injusticias—, e inmediatamente intenta cambiar de tema. Una reacción muy infantil, lo sabe, habitual en ella cuando tenía catorce años, pero que creía haber dejado atrás al volverse adulta. Está claro que algo le pasa con esta Max Dox, algo que todavía no es capaz de identificar pero que le hace desandar el camino hacia la madurez, y a gran velocidad, además.

Pero que vuelvan a Versalles y a Wollstonecraft, que para eso están aquí. Max se está preparando de nuevo para emprender la narración, tan firme y segura como siempre. ¿Es Versalles importante en la historia de Wollstonecraft? A Paula no le viene ningún pasaje significativo a la memoria. Por supuesto, dice Max, y ahora te explicaré por qué. De acuerdo. Paula se prepara para convertir las palabras de Max en imágenes tridimensionales. Al fin y al cabo, se entienden bien. Las palabras de Max son el carburante que necesita la imaginación de Paula. Ella les añade olor, ruido y tacto. Y allá que van.

Es 5 de octubre de 1789: una mañana lluviosa. Un grupo de mujeres empieza a armar jaleo en un mercado de la zona de Faubourg Saint-Antoine, al este de París. Al principio es difícil discernir el motivo del bullicio, adivinar qué tiene de especial ese murmullo exagerado. Se les une con un tambor otra mujer, un ritmo estruendoso, que aporta

estructura y sentido. Ha encendido la rabia el precio del pan, haber tenido que enterrar al bebé recién nacido, la sensación de que esas manos artríticas no pueden más. À Versailles! À Versailles!, dicen las voces, dicen los tambores, dicen también las campanas de la Iglesia de Saint-Antoine, las de Saint-Marceau, se va extendiendo el estrépito por las calles de Saint-Denis y Saint-Martin, llega la oleada, empieza a llover. À Versailles! À Versailles! Ahora son cientos las mujeres hambrientas, quizás miles, viudas, demasiado envejecidas, demasiado heridas, carniceras, pescaderas, panaderas sin harina, mujeres que han tenido que enterrar a niños recién nacidos, niños de tres años. Marie, Anne, Justine, todas juntas.

También se unen los hombres. Zarandean armas de labrador sobre las cabezas: azadas, hachas, horcas y hoces. Son cada vez más, todos sienten la fuerza del gentío, la fiebre del gentío. La lluvia ha dejado las cofias empapadas, adheridas a los cráneos. También están caladas las cucardas, pero lucen altivas en las pecheras.

Cruzan el río —a través de este mismo Pont Neuf que están atravesando ellas, pero en dirección contraria—, algunas con zuecos, otras descalzas, sobre el agua y el barro, plis, plas. Marie, Anne, Justine, todas juntas. Entran al ayuntamiento en tropel y consiguen más armas, nadie se lo impide. Atraviesan las murallas de París, marchan todas hacia el oeste, el sonido ahora es claro, pan y derechos, pan y derechos. Las mujeres cantan, la melodía se eleva hasta encontrarse con las nubes grises:

Nous voulons que le roi quitte Versailles

et sa cour infâme!

Son seis horas de camino embarrado, animado por los cánticos y las arengas alegres. Marie, Anne, Justine, todas juntas. Por los pueblos por los que pasan, estalla la fiesta. Se da de comer y de beber a esas mujeres de París. Se encienden antorchas. Todo es posible en ese día de octubre, bajo la lluvia. Estas mujeres han visto caer la Bastilla, piedra a piedra; todavía no han transcurrido ni tres meses desde aquel espectáculo. Todo es posible. Pronto también verán a un rey dejar su palacio, un rey acobardado, que tiene a la historia en contra, trasladado a las Tullerías junto a su familia, un Borbón que pronto no será más que un ciudadano desahuciado.

—¿Y ahí está también Wollstonecraft? En medio de la multitud o… —pregunta Paula deteniendo el relato, pues no recuerda haber leído ese pasaje en ningún sitio.

—¡Qué va! —le contesta Max Dox como irritada, sorprendida de la metedura de pata de su discípula aventajada.

Mientras aquello sucedía, Wollstonecraft estaba en Londres, por supuesto, explica agitando la cabeza. Paula lo sabe, sí, porque tiene la cronología bastante clara, pero no ha podido evitarlo, por un momento la ha visto allí, con Marie, Anne y Justine, hombro con hombro. Ya sabe que estaba en Londres, que todavía le faltaban tres largos años para llegar hasta aquí. Eso sí, compartía las noticias que llegaban de Francia con sus amigos progresistas y discutían hasta la madrugada, esperaban una convulsión parecida también en su propio país. «Al igual que un león en su jaula, así se ha levantado la libertad, con dignidad y sacudiéndose la pereza», escribió cuando tuvo lugar la toma de la Bastilla. Y poco después, en otoño, más noticias, verdaderamente excitantes: sonidos de tambores, el ding, dong de las campanas, cánticos, las quejas de carniceras, pescaderas, panaderas sin harina, Marie, Anne y Justine, la marcha a Versailles y esa familia real caída en desgracia. ¡Estaban pasando tantas cosas al otro lado del mar!

—Pero adivina qué —dice Max acabando con la ensoñación de Paula—, cuando tuvo noticias de la marcha sobre Versalles, nuestra Mary sólo sintió asco.

Después de todo, las cosas en Versalles no suceden sin violencia. Intentan tirar las puertas con cañones, la fuerza ejercida contra los guardias es brutal. Decapitan ahí mismo a algunos desgraciados. Clavadas en picas, pasean sus cabezas por los pasillos mayestáticos. Sangre y carcajadas de burla, el sadismo de los oprimidos. No, la fuerza de la masa sin control no encajaba con la forma de ser de Mary Wollstonecraft. Mal iba la revolución si aquella chusma la guiaba. Y que en mitad de todo aquello hubiera mujeres. Que las mujeres fueran líderes nada menos que… ¿de aquel espectáculo macabro? «Han rechazado las virtudes de su sexo porque sólo tienen el poder de tomar los vicios del sexo opuesto». Eso escribió enfurecida cuando supo que, al llegar a Versalles, aquellas mujeres implacables tenían por objetivo a otra mujer: María Antonieta. Al parecer, andaban buscando a la prostituta de Austria. Madame Déficit, l’àutre-chienne, la puta más despreciable de Francia. Pedían su cabeza antes que la cabeza del Borbón. Aquella noche, la reina salvó la vida por los pelos, la mujer que para entonces ya había enterrado a dos hijos ella misma, diana de

todos los odios. Y aquello no fue más que el comienzo. A partir de aquella maldita noche tendrá que aprender a despedirse de todo lo que le ha dado la vida (y la verdad es que es mucho lo que la vida le ha dado a la austríaca): adiós al palacio, adiós al trono, adiós a la dignidad, adiós a la libertad, adiós al marido, adiós al amante sueco, adiós a sus queridos hijos, adiós a su preciada pero prematuramente envejecida cabeza.

Lástima. La escena era tan poderosa que lo tenía todo para convertirse en la pantalla más importante del módulo, podía ser tan efectista como el mismo instante de la decapitación del rey, pero también más significativa, piensa Paula. Podrían explicarse tantas cosas con esa marcha, con esa violencia, con esa victoria revolucionaria. Y ahí podría haber estado ella, Wollstonecraft, impulsando esa marcha de mujeres, si no en persona, sí al menos en espíritu, disfrutando de la materialización de todos sus pronósticos. ¡Mujeres en Versalles! ¡Mujeres exigiendo derechos frente a la Asamblea Nacional! ¡Mujeres apresando al rey y a su familia y llevándoselos de vuelta a París, presos! Pero, tan pronto llegó la noticia a Londres, todo el incidente le pareció grotesco e irracional a Mary Wollstonecraft: el poder de la masa y la promesa de la violencia no estaban entre las aficiones de la dama de la Ilustración. Mary Wollstonecraft habría escupido en las caras de Marie, Anne y Justine, y eso no quedaría nada bien en el módulo.

—Pero estate tranquila —le dice Max Dox, percibiendo la decepción de la mujer.

Parece que sí que hubo una escena hermosa, le dice la chica, que seguramente será del gusto de Paula. Tiene lugar cuatro años más tarde, cuando Wollstonecraft —ya entonces parisina, enamorada y demás— visita el Versalles abandonado. Espejos rotos, cortinas rasgadas, lámparas hechas añicos y el fantasma del rey asesinado. Sí, para entonces el rey ya ha muerto, y pronto las carniceras, las pescaderas, las panaderas sin harina y las mujeres que han seguido enterrando recién nacidos conseguirán también la cabeza de María Antonieta. Y en mitad de ese desconcierto histórico llega Wollstonecraft al palacio atacado, caminando ella también. No hay nadie en los alrededores. Las malas hierbas han tomado los jardines, han tomado los parterres. La humedad ha emprendido su lenta destrucción; al menos en este palacio, el tiempo ha empezado a recuperar su ritmo de siempre.

Todo lo que se podía saquear, se saqueó hace mucho. Todo ese esplendor barroco se ha desmontado pieza por pieza. Versalles está en

el vertedero de la historia, porque en esos cuatro años han pasado muchos años. El viento se mueve arriba y abajo, todas esas puertas rococós se abren y se cierran solas. En la sala de los espejos, Wollstonecraft contempla su reflejo quebrado. Quizás se acuerde del momento en el que vio el carro del rey por la ventana. ¿Las cosas podrían haber sido distintas o aquel espejo ajado era el único destino? Alargando el paseo, también llega al palacete de capricho de la reina, el llamado Trianon. Un poco más allá, se extiende un pueblito de fantasía: le hameau de la Reine, en el que, vestida de campesina, María Antonieta ordeñaba vacas perfumadas en recipientes de oro. Por primera vez en su vida, Wollstonecraft también maneja una fantasía similar, aunque no esté lista para reconocerlo del todo: un caserío fuera de la ciudad, lejos del terror, niños, animales y besos de su amante de ultramar, cada mañana. Pero ese día, en Versalles, los pensamientos oscuros se imponen. ¿Y si la cabeza de la reina hubiera terminado en una pica aquella noche del asalto de las mujeres? ¿No habría sido un final mucho más digno que aquella cruel agonía de cuatro años? Cuatro años cuesta abajo, de la ostentación de Versalles a la plaza ensangrentada de la Revolución.

Sí, esto también lo meterá. Una hermosa escena gótica, una película de terror, que servirá para tratar la violencia y la esperanza. Y los comentarios de Wollstonecraft mientras la acompañamos en su paseo: «Estoy llorando, oh, Francia, ante los vestigios de vuestra vieja opresión». Eso también quedará bien en el módulo. Sí, Max Dox tiene buen ojo.

En silencio, juntas, por París. La imaginación de Paula vuela. De repente, tiene una nueva idea: un encuentro virtual entre las dos Marys, la madre y la hija, Wollstonecraft y Shelley, un abrazo, que se lo cuenten todo. Puede quedar bien integrado en el módulo, dará la oportunidad de hablar de la literatura de Mary Shelley, de mostrar la colisión entre las dos épocas. Treinta y ocho años separan a las dos mujeres, pero el mundo ha cambiado por completo en ese tiempo. El periodo progresista, ilustrado, revolucionario de Wollstonecraft y la oleada reaccionaria, irracional, romántica y bélica de Shelley. Frente a frente. Y la una le contará a la otra lo que haya que contar: las penas, los gozos, los éxitos y las derrotas.

Duda sobre si compartirlo con Max, teme la reacción de la chica. Pero cuando se quiere dar cuenta, la nueva amiga se le ha escapado. Le cuesta reconstruir lo que acaba de pasar, pero las consecuencias son claras: ahora está sola en mitad de la Ile de la Cité, en busca de un bar

porque tiene congeladas las manos, los pies, las orejas.

Por lo visto, la chica tenía una reunión, un evento presencial, por supuesto, algún asunto misterioso de la antiuniversidad que tiene toda la pinta de ser una excusa barata. Pero Paula no se queda del todo abatida, porque han acordado juntarse de nuevo en dos horas. Así se lo ha asegurado la chica. Todavía tienen mucho de lo que hablar, eso le ha dicho Max. Sin embargo, Paula siente la amargura del abandono en la boca.

Cuando Max se va, cuando Paula se queda sola, se pregunta a sí misma algo que hasta ahora no se había preguntado directamente: ¿por qué no tiene Max unas OFtal? Tiene amigas que las usan poco y discretamente, sólo cuando son totalmente necesarias, pero no salen de casa sin ellas. Puede pasar que entres en una tienda y resulte imprescindible llevarlas: si vas a comprar un adorno, para ver cómo quedaría en casa; para ver cómo te sienta en diferentes colores la ropa o los zapatos que te estás probando. O te pueden llamar para una reunión urgente. O algún amigo requiere de una llamada virtual. O necesitas algún juego para entretener a los niños… ¡tantas cosas! ¡En cualquier momento! Y Max Dox ha dado a entender que había salido sin ellas a la calle o incluso que no tiene OFtales. Je n’ai pas mes lunettes ici. Sólo se puede entender como un acto de militancia. ¿Pero qué militancia es esa y qué se defiende al prescindir de un aparato que facilita tanto la vida?

Paula no es ingenua. No tiene fe ciega en la tecnología. Desde siempre, pero mucho más desde el asunto Mirande, está a favor de los mecanismos de control y del espíritu crítico. Pero la desconfianza crónica no es espíritu crítico, sino una mezcla de cobardía y pereza. Por eso le ha puesto nerviosa la actitud que tiene Max con la realidad virtual, porque, por todo lo demás, parece profundamente inteligente.

De pronto, caminar sola por París, errante, no tiene ningún encanto para ella. Empieza a preguntarse si no será una mierda lo del encuentro virtual entre las dos Marys. Menos mal que no se lo ha contado a Max. Necesita un vino. Seguro que se lo ponen en el barrio latino.

La fermentación maloláctica de las uvas, le está diciendo el camarero, que tiene el mismo aspecto que el botones holográfico de su hotel, aunque este es de carne y hueso. Prensado rápido. Calendario biodinámico de agricultura. Y por supuesto: sin sulfatos, ni uno solo.

Todo le llega a través de las OFtal perfectamente traducido, pero las palabras no le dicen nada. Está esperando a que le llenen la gran copa que está vacía frente a ella. Pero el camarero sigue hablando, practicando una vez más su pitch aprendido, señalando la botella que ha dejado sobre la mesa y gesticulando demasiado. ¿Seguro que es de carne y hueso? ¿Qué pasaría si le pellizcara en un brazo, en un muslo, en el culo? Por fin, el camarero coge la botella y la inclina sobre la copa de vino. Empieza a caer un chorro diminuto, los segundos pasan rápidamente mientras la parte de abajo de la copa se va llenando poco a poco. El camarero mantiene la sonrisa durante todo el proceso. Dentadura perfecta. Profesionalidad impecable. Paula con los nudillos blancos.

Sólo vinos naturales, anunciaban las OFtal cuando ha pasado por delante de la puerta de este bar. Happy hour. Todo a mitad de precio. Adelante pues. Y este es el resultado. Este chorro mínimo, este tiempo perdido, y ahora, dando vueltas en la copa, este líquido turbio, revuelto y… de color naranja.

Tendrá que fiarse. El local tenía una puntuación alta, al igual que este vino en concreto. A mitad de precio, además. Está en París y tiene que estar abierta a nuevas experiencias, claro que sí. Le da las gracias al camarero y cuando va a quitarse las gafas le entra un mensaje en el visor periférico, en el izquierdo. Es de Kai: una entradita bailando frente a sus ojos. ¿Para qué? ¿Y sin explicaciones? ¿Qué se piensa, que lo va a dejar todo —sin haber probado aún el vino— para ponerse a averiguar el valor o el significado de ese ticket? ¿Y si se ha equivocado y esa entrada es en realidad para alguien más? ¿Para otra persona a la que quiere convocar en las salas rojas?

Da un trago a ese líquido revuelto, turbio y naranja. Está increíble. Se pone a pasear la lengua por el cielo de la boca, por la parte interior de los labios, para atrapar bien todas las notas. Incluso llega a cerrar los ojos, para que la visión periférica del ticket bailarín no arruine el momento. El segundo trago es más largo y casi vacía la copa. ¿Tanta explicación, tanto trabajo, tanta agricultura biodinámica, prensado hecho a mano, proceso holístico natural, tanto lío para esto? ¿Y la eternidad que ha tardado en verterse ese chorrito de risa? Así son las cosas: vaciar ha sido más sencillo que llenar, así suele ser, así es siempre. Conseguido en tres segundos. ¡Visto y no visto! Como no se ha quitado las OFtal, hace clic directa y automáticamente en el maldito ticket. A la mierda todo.

Y ese gesto lo cambia todo.

Las OFtal se oscurecen.

Llega el momento de abandonar el terreno de la realidad aumentada y de entrar en el territorio de lo virtual.

Estás ahí y de repente allí.

Y allí, o aquí, está Kai. O al menos su avatar. Tiene música puesta, uno de esos hits de su adolescencia que Paula hace mucho que no escucha: Paris de Izaro. Menudo cliché barato, este hombre siempre tira a lo fácil. Sin el neopreno y los guantes hápticos sólo puede interactuar con él a través de la palabra. Si no, le daría un tortazo con gusto.

—Cariño —le dice en cambio Kai.

¿Cariño? Le pregunta a ver qué quiere. Qué es esto. Si acaso no sabe que está trabajando.

—Esperaba que tuvieras un ratito para mí. ¿Estás en el hotel?

Los niños están enfrascados en sus actividades extraescolares, cada uno en su habitación. Es jueves y Paula sabe perfectamente lo que tiene cada uno. Deba: piano. Adur: composición de k-trap. Artibai: tai-chi aéreo. Sólo este requiere neopreno. A los demás les basta con las OFtal y los guantes. Sin embargo, cada cual está aislado en su habitación. Y ahora Kai quiere aprovechar el momento… ¿para qué? Se le acera, la toca, la abraza. Paula no siente nada, pero no le dice que no tiene el neopreno puesto. La escena tiene algo gracioso y a Paula le dan ganas de reír, una risa amarga.

—Estoy trabajando —piensa que con eso es suficiente.

—¿Ni un momentito? Hace mucho que no…

Kai sigue manoseando el avatar de Paula. ¿Qué le pasa a este hombre? ¿Le habrá dejado tirado Erin en el último momento, con el neopreno puesto y a punto? De repente, a Paula se le ocurre una maldad. Un repentino cambio de avatar. Convocar a Viktor. Es más alto y fuerte que el avatar de Kai. Le cogería la cara con las manos y se acercaría mucho a su boca. Se llevaría un susto tremendo el tipo. Pero no le soltaría tan fácil. Que sintiera la fuerza. Que sintiera el poder del otro. Luego tendría algo digno de comentar en el taller de nuevas masculinidades. Dile buenas tardes a Viktor, no seas desagradable, toca esto, y también esto, bien duro, ¿eh? Pues esto también soy yo, cariño, ¿qué te parece?

Pero no lo hace. No podría hacerlo ni aunque quisiera, porque no tiene guantes ni neopreno. Además, no lo quiere, necesita que Viktor siga siendo un secreto. Ahí está la gracia. Por tanto, Kai sigue repasando el avatar de Paula de arriba abajo.

Es asombroso el fotorrealismo de los avatares, la soltura de los gestos, la naturalidad de la interacción: es esta una tecnología que realmente mejora a diario. Menos mal que no siente nada, menos mal que los corpúsculos de Pacini están tranquilos, ya que no podría soportar el roce de esas manos en estos momentos. Rotación, aceleración, brújula. Frío y calor. Coeficiente de rozamiento. Sencillamente asqueroso. Ella está quieta; hoy en día, las OFtal se llevan con la misma naturalidad que las gafas de sol y en el bar no hay muchos clientes. Sin embargo, se está poniendo nerviosa y tampoco querría llamar demasiado la atención.

—Una bonita sorpresa, ¿verdad? Tú en París. Yo aquí. Y aun así… aun así somos capaces de encontrar momentitos como este —le está diciendo Kai a la oreja.

—¡Qué momentito ni qué hostia, Kai! Te he dicho que estoy trabajando. No te has dado cuenta de que no tengo ni los guantes puestos. Adiós.

Sale de la sala roja y, acto seguido, se quita las OFtal. Las gafas hacen ruido al chocar contra la mesa. Examina el entorno con miedo: pero no, nadie mira. La gente anda bebiendo sola en este happy hour temprano y tristón. Llama al camarero, que venga rápido, por favor, tiene que llenar inmediatamente su copa de ese líquido turbio, revuelto y naranja.

Esta vez, el elegante garçon le sirve sin discursos el vino natural, quizás porque se ha dado cuenta de que la clienta se ha quitado las gafas, que no tiene, por tanto, intención de entender nada. Se despide con una sonrisa amplia al terminar el lento escanciado, de eso sí que no se olvida.

Un traguito, discreto, con la esperanza de que esta copa le dure más. Inmediatamente: un pequeño temblor. Un sutil cambio de temperatura. Algo que no perciben los corpúsculos de Pacini sino los de Ruffini, pues son los receptores que se encargan de la percepción de la temperatura. (No todos los receptores que tenemos guardados en la piel tienen nombre italiano, pero estos dos sí). Aquí está de nuevo, sentada a su izquierda. Toma una bocanada profunda de aire antes de mirar hacia ese lado. Wollstonecraft no dice nada, desliza la mirada de

la copa de vino a Paula, y vuelta. Está vestida como siempre, pero con una diferencia importante: sin cofia, el pelo suelto, un pelo largo, marrón, ondulado. Parece recién salida de la cama, después de haber estado dale que te pego con alguien durante cinco horas.

—Estás distinta —le dice entonces Paula, antes de que la dama de la Ilustración abra la boca. Se da cuenta de que es la primera vez que se dirige directamente a ella.

—Tú también —le dice la otra.

Y así se quedan, mirándose la una a la otra, queriendo discernir la clave de lo que es diferente en ellas.

—Cuando conocí a William, los dos salimos encendidos de aquel encuentro. Encendidos, furiosos, irritados, quiero decir.

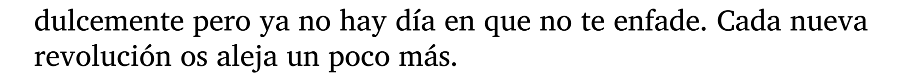
Ha soltado el detalle sin contexto, pero Paula sabe situar sus alucinaciones. Está hablando de cuando conoció a William Godwin, su segundo amante, el padre de su segunda hija, el marido efímero, el abuelo de Frankenstein. Sucedió el 13 de noviembre de 1791, era domingo. Para entonces, Mary llevaba una vida independiente en Londres, viviendo de los encargos de su editor, Johnson. Tenía treinta y dos años. Godwin, treinta y cinco. Los dos eran vírgenes entonces. Dados a la intelectualidad —Mary, autodidacta, y William, domado en escuelas rigurosas—, ambos llegaron con los dedos manchados de tinta a aquella cena organizada por Johnson. Pero todo empezó y acabó mal aquella noche. Godwin criticó la forma de escribir de Mary. Mary, en cambio, consideró que el estilo frío y racional de Godwin era antipático y poco efectivo (¿a qué venía esa tercera persona para hablar de sí mismo, si podía saberse?). Thomas Paine era el invitado de honor de aquella cena, el héroe de la revolución americana, y tanto Wollstonecraft como Godwin querían estar con aquel hombre mayor, beber de su sabiduría y experiencia: se estorbaban mutuamente. Todo empeoró cuando Paine demostró mayor interés por Mary, marginando a Godwin.

—Tuvieron que pasar años y revoluciones hasta que nos juntamos de nuevo. Pero nos juntamos, y trajimos a Mary a este mundo. ¿Y tú qué?

Ha saltado demasiado rápido de su biografía a la de Paula, y la ha pillado por sorpresa.

—¿Yo qué?

—Te pasa lo contrario con tu marido, ¿verdad? Empezasteis


dulcemente pero ya no hay día en que no te enfade. Cada nueva revolución os aleja un poco más.

—No sabes nada.

—Ja, ja, ja, ¿cómo que no?

—De qué revoluciones hablas.

—Y Max Dox.

—¿Max Dox qué?

—Pues eso, que no habéis empezado muy bien, pero…

¿Pero qué? Paula no sabe de qué está hablando. No quiere saberlo. ¿Cómo es posible, si quien le habla es producto de su imaginación? ¿No debería ser capaz de controlar sus alucinaciones? Quizás no, quizás esa es la esencia de las alucinaciones.

Abre la mano e intenta tocar a Wollstonecraft. El intento, el gesto torpe, destruye a la mujer de la Ilustración, a la defensora de los derechos de las mujeres, a la portavoz del amor libre. Desaparece, adiós, agur, goodbye, ¿volverás o así termina esta cosa extraña entre nosotras?

10

Al final han sido tres vinos. Los tres naranjas. Por el precio de uno y medio. Muy caros, de todas formas. Si Nikola se da cuenta —está pagando todos los gastos con el dinero de la empresa, todos salvo la sesión de neopreno— seguro que le hace algún comentario malicioso. Le dirá entonces que tuvo que invitar a Max Dox y que a la chica le gusta mucho el pimple.

Al final han sido tres vinos y ahora el invierno no parece tan invierno. Nivoso, pluvioso y ventoso. Podría ser comienzos de primavera, o finales del siglo XVIII, con un poco de imaginación. Han sido tres vinos y Paula está recorriendo las calles de París desde una burbuja, levitando a veinte centímetros del suelo. Ahora se siente capaz de llegar a cualquier sitio con facilidad, con el mínimo gasto de energía. Pero no le conviene alejarse demasiado, porque pronto se juntará de nuevo con Max. Y vuelve a bajar al suelo y explota la burbuja, porque eso es lo que hace siempre Paula, dejarse ir, pero poco, hay que aterrizar pronto. Entonces, alguien le llama. Es una llamada de voz, así que tiene que ser Nikola. En tema de llamadas, es de la vieja escuela, no tiene la necesidad de ver a su interlocutor.

—¿Qué tal, mon amour? ¿Cómo te va en París? ¿Has encontrado a Mary? Recuerda que no todo es trabajo, ¿vale? Si no te acuerdas de dónde estaba mi discoteca preferida, luego te mando las coordenadas.

A veces piensa que Niko la espía, que la tiene todo el rato geolocalizada y que incluso puede prever sus pasos. Pero será porque se conocen bien, demasiado bien.

—¡Niko! Era una discoteca gay y mandaban a las mujeres a la mierda, ¿no te acuerdas?

—Cierto, ma chérie. Han sido las ganas que tengo yo de ir ahí. Bueno, bueno, ya encontrarás algún antro a tu medida. Tú vas y te pides una botella de champán, de las caras, ¿me oyes? Y la pagas con el dinero de la empresa, por supuesto, y… a ver quién se te acerca. The night is young!

—¡Nikola Sueskun! ¿Para eso me llamas? ¿Para que me descarríe?

—Tendrás que probar una polla parisina al menos una vez en la vida,

¿no?

—¿Y estás diciendo que no puedo conseguirla sin el soborno de una botella de champán?

Nikola es el obsceno; Paula, en cambio, es la que se tiene que escandalizar con sus palabras. Así han dividido los roles. Pero si le contara que su discoteca preferida es ahora un local de neoprenos, el hombre se tiraría de los pelos como un predicador loco. ¿Pero ya no se tiene respeto por nada? ¡Nos vamos a la mierda! ¡O tempora, o mores! Y qué decir si le confesara que ella misma ha estado allí esta mañana, que ha cruzado las puertas sin demasiadas dudas, que ha pagado la tarifa que le han pedido y que, una vez dentro del cubículo, entre colchonetas viejas de gimnasio, ha restregado su hermosa polla contra las tetas de una chica de piel blanca. Siente la tentación de confesarlo, y puede que alguna vez lo haga. De contárselo a alguien, sería a Nikola. Para ver cómo le explota la cabeza. Para sentir cómo se le desliza su desaprobación por la piel. Y porque, al fin y al cabo, superado el asombro inicial, la puede entender mejor que nadie, o eso cree Paula.

—Venga, vale, te he llamado por otra cosa. Escucha, tengo buenas noticias. Nos ha llegado una financiación extra. Podemos seguir adelante con el módulo de Yolanda Betbeze.

Son muy buenas noticias. La posibilidad de devolver el golpe, siquiera simbólicamente. Es un plan de reparación que tienen diseñado desde hace tiempo, bajo el paraguas del módulo Precursoras del feminismo I. Fue idea de Paula, y Nikola enseguida se sumó. Se le ocurrió al investigar a Miss America 51, la mujer a la que violaban en la pantalla hackeada. Y es que aquella mujer de origen vasco no era cualquiera. Se llamaba Yolanda Betbeze y llegó a ser mucho más que Miss America en la vida. Se presentó a aquel concurso estúpido con la esperanza de ganar una beca universitaria, pues tenía el sueño de ser cantante de ópera. Renunció a posar en bañador por la idea de que un evento como Miss América debía servir para impulsar otro tipo de valores. Pero con esa renuncia, el concurso perdió a su patrocinador más importante: una gran marca de bañadores. Empezó a hablar en público contra el sesgo de raza de los concursos de belleza. Y ese no fue sino el comienzo de su activismo. Se dejó ver en las manifestaciones contra la ejecución de los Rosenberg y se convirtió en un rostro conocido de todas las grandes protestas por los derechos civiles de los años 60. Contra la bomba nuclear, a favor de la independencia de Argelia, ella siempre presente en todas las luchas que le parecían justas. La prensa la llamaba The Basque Spitfire,

porque defendió encendidamente sus ideas durante sus ochenta y seis años de vida. Merecía ser recordada por muchas cosas y no por haber sido virtualmente violada en un turbio hotel de París, claro que sí.

—Tenemos tiempo de sobra, pero puedes ir poniendo en marcha tu linda cabecita. Tiene que ser espectacular, digno de recordarse, ya lo sabes.

—Sí, tranquilo, así será.

—Y luego haz lo del champán, sin falta. Taittinger o… Dom Pérignon. Qué hostias, celebra esto. Vamos a cerrar un capítulo. Un capítulo feo. Y recuerda: pollas parisinas, pa-ri-si-nas.

—Adiós, Nikola.

—*À bientôt, ma belle.*

Paula mira la hora y pregunta a las OFtal si tiene tiempo de pasar por el hotel Odéon y llegar a tiempo al encuentro con Max. Justito, dice el aparato, pero sí. Entonces se dirige hacia allí, necesita ver ese hotel, también necesita eso para cerrar el capítulo como es debido. Hacia el Odéon, entonces, mientras los tres vinos se convierten en un pesado souvenir colocado en su cabeza.

Sí, el hotel Odéon todavía existe. No sólo eso, está muy cerca. Y no sólo eso, cuando llega a sus inmediaciones y contempla la fachada, le resulta familiar. Los creadores del hack diseñaron la recreación con fundamento. Quitando al botones holográfico que hay junto a la puerta (¿pero qué moda estúpida es esta, se lo puede explicar alguien?), tanto la fachada como la decoración mantienen hasta cierto punto el estilo de mediados del siglo pasado. Duda de si entrar o no, pero al final empuja la puerta ignorando el saludo entusiasta del botones. En la entrada no hay nadie, o al menos nadie a quien tener en cuenta: el recepcionista es un holograma, pulcro y totalmente realista, siempre dispuesto a ayudar, una sonrisa en su rostro digital. Mejor, así podrá inspeccionar tranquila el entorno, dispondrá de unos minutos hasta que el holograma se ponga nervioso.

Decoración clásica, algunos cuadros impresionistas, un par de sofás tapizados hace mucho, flores recién cortadas: esta entrada no llamaría la atención de Yolanda Betbeze; quitando los hologramas y un par de aparatos, no le haría darse cuenta del cambio de siglo. En la pantalla hackeada también se veía así, igual. Los que lo diseñaron estuvieron

aquí, o tenían información muy concreta. Malditos.

—Bienvenida al hotel Odéon, señora. ¿En qué puedo ayudarla?

El holorecepcionista la mira directamente. Sus ojos brillan. Aun así, Paula logra eludirlo y se concentra en su entorno. Lo que ve le trae recuerdos amargos.

Paula lo sabe todo sobre la pantalla hackeada porque ella también la probó. Cómo no la iba a probar. Y antes de que aquel script malicioso fuera eliminado, ella también entró en el hotel Odéon virtual, con la misma determinación con la que acaba de entrar en el de verdad. Y empezó la fiesta de puñetazos. Reventó narices y ojos con ganas y con rabia. Nunca había jugado a ese tipo de juegos, pero se dio cuenta de que era bastante hábil. Sintió el calor de las salpicaduras de sangre en las manos, engañados los corpúsculos de Ruffini. Pero cuando ella recibía un golpe, no sentía nada, aquel contacto virtual y cruel no afectaba a los nocirreceptores.

Aquello era facilón: estaba lleno de ventajas para el usuario, era imposible no ganar. Un mero festival de la crueldad.

—Buenas tardes, señora. ¿Necesita una habitación? ¿Información sobre una reserva? ¿Un taxi? ¿La predicción del tiempo? ¿Rutas turísticas? Estoy para ayudarla.

Paula no contesta, a pesar de que el tono de este ser de luz comienza a denotar nerviosismo. Hacerse la sorda con un holograma es fácil. No sabe qué pasaría si siguiera adelante, como hizo en la pantalla virtual. Allí no había límites, recepcionistas holográficos, amenazas de castigo: sólo sacos de boxeo enclenques que se te ponían delante. Después de la fiesta de golpes, resollando, pudo finalmente abrir una puerta: una pareja follando. Y otra: un payaso, con el pintalabios corrido, profiriendo gritos de locura. Una tercera: un oscuro trío de hombres, con los brazos extendidos, cantando un himno (sin duda fascista) que no conocía. Y finalmente, al otro lado de la cuarta puerta, ella: Miss America 51, the Basque Spitfire, desnuda sobre la cama.

—Señora, ¿necesita una habitación en nuestro hotel? Conteste sí o no, estoy para ayudarla, no lo olvide.

Paula se quedó de pie junto a la cama, y cree que le dijo algo. Cómo estás, Yolanda, tranquila, o algo así. Apareció el logo de Eusko Arima bailando en el aire, a un lado de la cama. La música marcial. Los irrintzis. Paula tuvo que bajar el volumen.

El avatar no hizo nada, no contestó nada, tan sólo se puso a gritar cuando se acercó a ella y le tocó la espalda, ¡no, por favor, no!, le decía, y aunque Paula le repitió que estuviera tranquila, se dio cuenta de que aquel avatar no podía hacer ninguna otra cosa. Sólo estaba programada para yacer en la cama y empezar a gritar en cuanto la tocaban. Después, sumisión pura. Aquello tranquilizó mucho a Paula: había experimentos sádicos con inteligencias artificiales en los que se daba conciencia a esas criaturas, un mapa muy preciso de gratificaciones y castigos que las dotaba de la capacidad de sufrir. Y no sólo sufrían, sino que recordaban lo sufrido, y preveían lo que sufrirían de allí en adelante. Era demasiado humano, e inaceptable. Pero el caso de Yolanda no era este. No respondía más que a cuatro comandos sencillos, sin ninguna clase de conciencia. Por fortuna.

—Señora, este es su último aviso. ¿Necesita una habitación u otro tipo de ayuda? Responda sí o no.

Pese a todo, Paula le quiso pedir perdón. Porque el avatar era muy realista, porque el poderoso rostro de Betbeze estaba bien recreado. Perdónanos, por favor, vamos a arreglar esto, y no volverá a suceder. Puedes regresar tranquila a tu siglo.

—Tiene treinta segundos para abandonar el hall del hotel, por favor, si no, siguiendo la ley 7.2/2046, procederé a realizar la identificación biométrica.

Paula sale del hotel Odéon sin volver a mirar al holograma, muy tranquila, convencida de que nunca regresará a este lugar.

La regla que nunca ha roto. Cuando sale de una sala roja, después de la sesión, no vuelve a pensar en lo que ha sucedido dentro. Jamás ha intentado seguir o mantener el contacto con la persona que ha estado con ella. Las propias salas rojas ofrecen la opción NUF (No Follow Up), que destierra por completo la posibilidad —de por sí escasa— de encontrarse dos veces con la misma persona. Si los demás intentaran hacer una búsqueda manual a través de su nombre de usuario, tampoco podrían encontrarla. Viktor se vuelve humo digital después de esos minutos de oro que duran los encuentros. No es que les ponga un punto final, no. Más bien lo contrario: no tienen final, el presente no se acaba nunca. Allí nunca se cierra nada. Todo está abierto. Una corriente poderosa y fiable, una fuente que siempre está abierta a la espera de que abras la boca.

Pero cuando sale del hotel Odéon y se concentra en su siguiente destino, Paula se da cuenta de que le importan los finales. La ilusión del final, al menos. El premio del descanso. Mientras exista la muerte —y según Nikola, el principio del fin está cerca—, los finales seguirán teniendo su lugar. Un lugar de lujo. Finales que dan sentido a lo que vino antes.

Ahora camina la Rue de l'Odéon abajo, como borracha, afectada por un pequeñísimo temblor, aunque el efecto del vino pasó hace rato, y se da cuenta de que algunas cosas se han acabado. Y que muchas cosas que ha vivido no volverán nunca. Y que muchas cosas sólo podían pasar una vez y sólo pasaron una vez, aunque no se diera cuenta de la importancia del momento.

Una vez se alojaron en el hotel de una playa, y tuvieron una discusión amarga por la noche, pero a la mañana siguiente se encontraron la playa blanca, totalmente nevada, aunque nunca nevase en aquel pueblo. Otra vez, se bañaron en un lago frío, desnudos, en pleno verano, y al salir, los dos se dieron cuenta de que habían perdido algo: Paula su anillo y Kai un pendiente. La noche en que nació Deba, le pusieron a la niña sobre el pecho y Paula sintió dos cosas: el calor del bebé entre sus pechos y las lágrimas de Kai cayendo sobre su rostro. Una vez, en medio de un bosque, se quedaron dormidos los cinco sobre una toalla, después de comer muchas moras. Los despertó el trasiego de un gran pájaro carpintero, tac, tac, tac contra el árbol. Kai trajo una vez una botella cara de champán, regalo de un paciente, que había que guardar para algún día especial pero que se bebieron tan pronto se acostaron los niños, glup, glup, en la hamaca de la terraza, entre las mantas, mirando la luna llena.

Puntos finales todos ellos, aunque no se diera cuenta en el momento.

La apariencia de Wollstonecraft no es cosa suya, pero puede hacerles sugerencias a los artistas, enseñarles fotos, darles referencias. No les puede decir que la ha tenido frente a frente, que la ha tenido en la cama, que casi la ha tocado.

El realismo no es la única opción, y a menudo no es la más deseable. Algunos teóricos utilizan el concepto uncanny para describir el desconcierto y la desorientación que se genera cuando las cosas son demasiado realistas. Con Wollstonecraft, en todo caso, no se puede

esperar realismo. Cuando murió, todavía faltaban nueve años para que se inventara la fotografía. Sólo existen cuatro retratos de Mary, distintas interpretaciones de un rostro único, una por cada pintor. Tendrán que encontrar un modelo similar, sin cegarse demasiado, y tirar de ahí. También necesitarán a alguien que sea experto en la moda de la época.

Seguro que fue por evitar el efecto uncanny que decidieron que los Tin-o-Kot tuvieran aspecto de dibujos animados y no de humanos. Si no, aquellas criaturas podrían haberse creado con las características de los padres, hasta llegar a plantear en serio preguntas como a quién se parece más, a papá o a mamá. Fue una decisión cabal, sin duda.

Kai paseando con su pequeño Tin de la mano.

Kai cambiándole el pañal a su pequeño Tin.

Kai siendo duro con el pequeño Tin, siendo indulgente, siendo paternal, siendo estúpido.

Kai y Erin.

Trabajo en equipo.

No te importa si lo hago con ella, ¿verdad? Así tendré menos trabajo. Y como tú no quieres ni oír hablar del tema…

A quién se parecería ese puto Tin.

Lleva puestas las OFtal porque le está resultando más difícil de lo que pensaba encontrar la dirección que le ha dado Max Dox. Ha vuelto a cruzar el río, por el puente de las Artes, ha atravesado el patio del museo del Louvre, que parece tan vacío como el resto de los museos, y luego se ha perdido en un laberinto de callejuelas. Es seguro que está en zona Anti-université. Aquí, los nombres de las calles están hackeados, han vuelto a ser bautizadas digitalmente para recordar las principales catástrofes climáticas de la última década: Rue des Incendies Australiens, Rue du Désert de La Manche. Al quitarse las OFtal, se encuentra los nombres y los carteles de siempre, pero la aplicación que te tiene que guiar ofrece los otros. Esto no es realidad aumentada, sino realidad solapada. La una esconde a la otra, la devora. Por fin encuentra la arteria principal, la que la llevará directamente a su destino. Está subiendo por la avenida de la Opéra, y también por la del Dióxido de Carbono. Al mismo tiempo. Pero ya no

está perdida, y se quita las OFtal.

Hasta hace no tanto, este era uno de los rincones privilegiados de París. Tiendas caras, cabarés y teatros famosos y, allí al final, el palacio Garnier de la Ópera, que ahora intenta atraer a un nuevo público a través de hologramas, resucitando a Nureyev y a Callas. La época de las boutiques elegantes ha pasado, la mayoría de los teatros están experimentando torpemente con la tecnología. Sin embargo, la gente sigue viniendo a esta zona a por ropa: ropa de segunda mano, a muy buen precio, o moda hecha con fibra reciclada. Aquí, todos los comercios tienen el logo de la economía circular. Muchos de los edificios parecen ocupados. Los jóvenes van de un lado a otro, y además con prisa. Es un mundo nuevo.

Aun así, la zona ha perdido mucho. El paseo no es particularmente agradable, y la gente que viene aquí a comprar, viene a eso, a por algo rápido, no a curiosear, no a fanfarronear paseándose con las bolsas de esas boutiques de lujo. Ve a un clochard sentado en una esquina, entre cartones, con un modelo viejo de las OFtal puesto, muy metido en ese otro mundo. Allí quizás no esté en la calle, o acaso no sea invierno, sino verano. Mesidor, termidor y fructidor.

De pronto, Paula tiene otra idea. Hoy se siente realmente inspirada; el frío, el vino, París. La vida solapada. Así puede llamarse provisionalmente. Una capa gráfica que se superponga a todas esas cosas que no te gustan de tu vida, un eficaz ejercicio de maquillaje que hará más sencillo el día a día. ¿Que son feos tus hijos? ¡Podrás verlos siempre con un filtro de belleza! ¡Qué encantadores ahora! ¿Que no soportas a tu marido? ¡Te lo pixelaremos, para que no tengas que verlo nunca! También se puede agregar el botón de noise canceling, ¡y ni tendrás que oírle! ¿Oficina claustrofóbica? Sigue con tu quehacer absurdo, pero en mitad de una playa tropical. Lo mejor es que el propio módulo sabrá qué es lo que va mal en tu vida, que no tendrás que decidirlo tú, y así pasará por encima del autoengaño y la negación. O mejor: el autoengaño y la negación resultarán ahora mucho más fáciles, gracias a la tecnología.

La inspiración de Paula no tiene fin. De verdad le parece un invento increíble, no se cree que no lo haya inventado nadie antes. ¿Qué puede salir mal? Bueno, el momento de quitarse las OFtal. Eso puede ser duro, sí. Demasiada realidad, de repente. Pero, si las previsiones son ciertas, pronto el aparato no será más que un implante cerebral y no nos lo tendremos que quitar nunca.

Aún riéndose, repara en que ha llegado a su destino. Está a las puertas

de las galerías Lafayette. Max la ha citado en la sede principal de la antiuniversidad. Recuerda un reportaje que vio hace diez años, al poco de que cerraran las galerías. El elegante edificio aparecía totalmente destrozado, los cristales rotos, lleno de grafiti. Primero lo ocupó un grupo de extrema derecha. Lo más probable es que las acciones más sangrientas contra los c-refugiados se organizaran desde aquí. Pero la antiuniversidad se organizó, echaron a todos los nazis, le dieron una nueva vida al edificio. Ahora parece totalmente nuevo: si no fuera por las banderas de la antiuniversidad que cuelgan de las ventanas, podría pensarse que han vuelto las galerías comerciales de otra época, elegancia haussmanniana total.

Paula atraviesa las puertas con muchísima curiosidad, y enseguida se encuentra en el patio central. Ha mirado hacia arriba, hacia la cúpula, y se le han venido encima el lujo, la ostentación y la elegancia de otros tiempos. Gracias a esos cristales de colores, una puede olvidar que es invierno. Los hermosos colores del otoño se extienden a través del espacio: vendimiario, brumario, frimario. Alguien se le acerca entonces, desapercibido:

—*Le mot de passe, s'il vous plaît* —*le dice con voz suave.*

Es joven, de pelo rizado, afrodescendiente. Al igual que con Max Dox, es difícil saber a primera vista si se trata de un chico o de una chica. También resulta complicado precisar su edad. Una cifra intermedia entre los catorce y los treinta y cuatro. Lleva un grueso pañuelo rosa anudado al cuello, y pendientes del mismo color. Es de baja estatura, tiene que estirar el cuello hacia arriba para mirar a Paula. Sin embargo, ella está congelada. No ha entendido lo que le pide. En una situación más normal, se pondría las OFtal y le pediría que se lo repitiese, con la función de traducción encendida. Pero no se atreve, y para cuando cae en la cuenta, ya se está riendo de ella.

—*Je rigole! Je peux vous aider? Qui cherchez-vous?*

Al verla perdida, le repite otra vez las dos últimas preguntas. Paula tiene que hacer un gran esfuerzo, pero finalmente se atreve a contestar a lo que piensa que le han preguntado:

—*Je… cherche… Max. Max Dox.*

—*Ah, oui, troisième étage. NutriLab.*

En el tercer piso, de acuerdo. Pronto descubrirá lo que es NutriLab. Aunque pareciera imposible, han conseguido entenderse mutuamente. Tras recolocarse el fular rosa, el-la joven desaparece y Paula se queda

sola en el centro del patio de las galerías. Ahora que está más tranquila, mira a su alrededor, sin vergüenza. Los stands que en otra época acogieron las tiendas de lujo están vacíos. Queda algún que otro cartel, medio caído, medio roto, algunos se utilizan como paredes o biombos para separar los espacios: Dior, Lancôme, Chanel, Cartier. También cuelgan collages y pinturas por doquier. Una mezcla curiosa. El lujo de ayer, el desconcierto de hoy. Paula no conoció esa época, pero se la puede imaginar. Vendedores atentos y bien trajeados, que torcerían el gesto en cuanto los clientes les dieran la espalda. Los turistas ricos y los que habrían querido serlo. Los jovencitos que se colaban a husmear, en grupo, riendo. Las mujeres que venían a llorar tranquilas, bien surtidas de pañuelos de papel. Personas cansadas y sobrexcitadas. Hilo musical, mensajes estimulantes a través de los altavoces. Los hombrecillos en busca de enchufes en los que cargar sus teléfonos móviles. Hombres con menos determinación que se quedaban para siempre hundidos en los sillones. Compradores compulsivos, ladrones diestros, voyeurs y exhibicionistas. Una corriente que nunca se paraba.

Hasta que estalló la burbuja.

Un alegre bullicio frena la imaginación de Paula, un grupo de niños, en hilera desordenada, cantando sobre un tren (al menos Paula ha entendido chu, chu). No sabe de dónde han salido, quizás de alguno de los pisos superiores. Guiados por un adulto, han entrado en un antiguo stand de Rolex, y al quedarse allí escondidos, el sonido de la canción ha bajado. Paula querría acercarse al stand y ver qué están haciendo, pero resultaría demasiado sospechoso.

Así que sigue curioseando por la zona mientras intenta dar con las escaleras. Alrededor de una columna de mármol, acomodados sobre cojines, varios jóvenes con OFtales y guantes hápticos andan inmersos en su propio mundo. Imposible adivinar qué hacen exactamente. Por el movimiento de las manos podrían estar arreglando un servidor o aprendiendo cómo se repara una válvula aórtica. Un poco más adelante, otro grupo: seis jóvenes programando, frente a holopantallas. Paula no sabe tanto como para descubrir qué están programando, pero reconoce el aspecto del Pharaon 20, el lenguaje que más se utiliza para programar entornos virtuales. El que también utilizan en HAPTIK. Muy profesional, vaya.

Está sorprendida, para qué negarlo. No esperaba algo así. Tras la apariencia de informalidad, la antiuniversidad parece bien organizada, seria, sensata. Se imagina a Deba estudiando en un sitio como este, también a los gemelos. No le resulta difícil. Parece que este lugar va a

romper varios de sus prejuicios. Y a Paula eso le gusta, claro: le hace sentirse joven o, al menos, no tan vieja.

Llega a los ascensores. Parecen los ascensores originales del edificio, metálicos, dorados, elegantes, pero… ¿seguros? Cuando se abrieron las galerías, a finales del siglo XIX, la verdadera atracción de este lugar eran estos elevadores, muestra de la tecnología más adelantada, el símbolo que combinaba a la perfección los valores de la ciencia y la elegancia burguesa. Sólo los más valientes se montaban. Los demás se quedaban mirando, boquiabiertos ante aquella maravilla que desafiaba las leyes de la gravedad.

Paula prefiere subir por las escaleras. Así, además, aprovechará para curiosear el resto de los pisos.

Pero no ve gran cosa. Algo así como una reunión en el primer piso, una docena de personas sentadas en círculo, junto al balcón que da al patio. No entiende ni una palabra y nadie la mira. En el segundo piso, nada, un taller de arte abandonado, una escultura a medio terminar. Al llegar al tercer piso, se encuentra con un cartel, al final de las escaleras:

| ZONE DE RÉSISTANCE |

El poder que tienen las palabras: son capaces de congelarla al instante. Tiene la sensación de que, si da un paso más, se encenderán todas las alarmas del edificio. ¿Qué es eso de la resistencia? ¿De qué lado está ella? ¿En el bando de los que resisten o en el contrario? ¿Qué debería hacer de aquí en adelante o, mejor dicho, qué debería dejar de hacer en cuanto atraviese esa línea invisible?

Por suerte, para sacarla de este estado de duda, se aproxima por su izquierda una chica vestida con un hermoso kimono. Una trenza a cada lado del rostro y una amplia sonrisa en medio. Podría decirse que viene en son de paz. Trae una caja de cartón entre las manos, en cuyo interior hacen clin, clan varios aparatos: son OFtales, de distintos modelos, y algunos teléfonos. Por si no ha quedado claro, la chica agita un poco más la caja frente al pecho de Paula, sin dejar de sonreír, y Paula acepta lo que tendrá que hacer: dejar ahí su cachivache. Se despide mentalmente del teléfono. Luego de las OFtal. Au revoir. Querría decirle a la chica: por favor, cuídalas bien, diles

que volveré pronto. Pero no tiene esas capacidades lingüísticas. En lugar de eso, sin querer ni siquiera mirar al fondo oscuro de la caja, se dirige a la chica de las trenzas amagando también una amplia sonrisa:

—*Max Dox, s'il vous plaît?*

Con un dedo largo que es una extensión de su sonrisa, la chica le señala una puerta, una puerta verde, y se va en dirección contraria, clin, clan, clin, clan, se van todos esos aparatos fantásticos, dentro de la miserable caja de cartón.

11

Antes quizás fuera una oficina, pero ahora es otra cosa. ¿Qué? Un laboratorio. Un aula. Una sala de reuniones. Un bar underground. Todo ello al mismo tiempo. Hay mucha gente en la sala. Paula no se esperaba algo así. El tercer piso parecía vacío hasta que ha abierto esa puerta verde. Hasta entonces había visto a un grupo de jóvenes alrededor de una columna, acomodados sobre cojines, leyendo libros de papel e incluso subrayando con lápiz. Aquello era la zone de résistance, un sitio en el que probar métodos antiguos. Terreno ganado a la tecnología. Desconexión. No era mala idea. Y parecía una zona tranquila.

Pero entonces abrió la puerta verde y se encontró en medio de una vorágine sin igual. Algunos con bata blanca, otros con ropas excéntricas, todos aquellos jóvenes tenían muy claro lo que debían hacer. Nadie prestaba atención a Paula. Algunos jugaban con piezas electrónicas. Otros tomaban notas. Otros estaban sentados en pufs verdes, deliberando en pequeñas reuniones, o tomándose un descanso, charlando.

Entonces alguien la tomó del brazo, y Paula tuvo que cerrar la boca. Era Max.

—¡Has llegado! Es temprano, ¿no? Hoy es día de intercambio, y por eso estoy aquí, en NutriLab. Una vez a la semana, venimos a conocer los proyectos de los demás. Es muy emocionante, la verdad. Pero ven, te enseñaré la joya de Nutrilab.

El primer impulso de Paula fue comprobar la hora, pero se dio cuenta de que el aparato que se la diría estaba en aquella caja, clin, clan, a saber dónde. Qué importaba. De la mano de Max, atravesaron un pasillo corto y llegaron a una especie de cocina. Sobre una barra, una impresora 3D estaba imprimiendo filetes de ternera y, a ratos, una chica que llevaba un delantal blanco los recogía y repartía entre los demás. En las pequeñas mesas había siete u ocho personas, esperando sus filetes.

—Le estamos dando los últimos retoques al proyecto de la carne sintética. Estamos muy contentas. Estas son las últimas pruebas de sabor. ¿Quieres uno?

Paula no estaba hambrienta, pero aceptó. En casa no tenían impresora 3D y siempre despertaba su curiosidad lo que podían hacer esos cacharros. Una vez probó la carne sintética, en un restaurante de 2 estrellas Michelin, con Nikola, pero no se quedó del todo satisfecha con su textura. Tenía dudas sobre si aquel invento llegaría a tener éxito.

Cogieron un plato cada una y se fueron a sentar a la única mesa libre. Era temprano para cenar, así se lo decían las tripas, pero ¿qué podía hacer Paula? Max le ofreció una cerveza. Aceptó el filete y la cerveza también, claro. Miró a su nueva amiga. Sin grandes rodeos, había empezado a comer como acostumbraba, y también a beber cerveza. Por tanto, no era de esas que no prueban el alcohol. Mejor. Algunos jóvenes estaban verdaderamente pesados con lo de la abstinencia. Siempre le habían parecido una panda de intransigentes, una manada de predicadores aburridos. Pero al mismo tiempo, se alegraría si sus hijos se pasaran a ese bando. Aceptaba la contradicción.

Costaba creer que se hubieran conocido hacía sólo seis horas. Aquella Max Dox le resultaba demasiado familiar. Como para llevársela a casa. Y en ese extraño edificio lleno de desconocidos, todavía más. Pero, al mismo tiempo, la chica estaba distinta. Parecía más ligera, y más integrada en el espacio. Ahora se había quitado la bomber, no llevaba más que una ajustada camiseta blanca de manga larga, y dejaba ver lo delgada que estaba realmente. Ella también se quitó el abrigo y se dispuso a probar el filete.

—¿Qué te parece? Para mí, está estupenda. El sabor, la textura, por no hablar de su nulo impacto en el medioambiente. Acabar de una vez por todas con la crueldad animal. Esa fue nuestra primera motivación cuando pusimos en marcha este proyecto. Eso y el precio, que la carne sintética dejara de ser el lujo de unos pocos. Carne vegana al alcance de todos.

A decir verdad, Paula todavía no ha probado su filete, y Max ya ha engullido la mitad. Se concentra y mira al filete. Corta un trocito, lo prueba. ¡Está estupendo! Antes de decir nada, se lleva otro trocito a la boca. Y entonces, sí:

—¡Está buenísima! Si suelta jugo y todo. Y está blanda, en su punto, perfecta. ¡Felicidades!

Palabras honestas. Palabras que repetiría mil veces a cambio de ver la sonrisa de satisfacción de Max otra vez.

—Pero si aceptáis una sugerencia, yo no utilizaría etiquetas poco atractivas como «carne vegana» o «filete sintético». Ya sabes que en nuestra percepción intervienen todos los sentidos. Una palabra poco atractiva que nos entre por las orejas puede afectar a nuestro gusto.

—¡Por supuesto! Pero eso se lo dejaremos a nuestro grupito de escritores. Ellos encontrarán el nombre adecuado para sacarle el mejor sabor posible.

Siguen disfrutando de la cena en silencio (pero no es la hora de cenar, ¿o sí?), y a Paula le parece que la cerveza también está particularmente buena (¿la harán aquí también?). En el estómago, siente restos de la euforia de esta mañana, intentando reaparecer. No se esperaba esto de la antiuniversidad, piensa de nuevo. Cosas más etéreas sí, debates infinitos, eslóganes, drogas nuevas y falta de rigor. Pero nada más lejos. ¡Y si han logrado esto en la zone de résistance, qué no habrán logrado en el resto de los pisos!

Max le explica brevemente cómo son aquí las cosas: se trabaja por proyectos. Alguien quiere aprender algo. Se junta a gente que quiere aprender lo mismo, y también a quien sabe hacerlo. Es una estructura totalmente horizontal. Al finalizar el proceso, todos han tenido que aprender algo nuevo, algún tipo de conocimiento que se pueda compartir con todo el mundo. Los que saben, aprenden mucho de las preguntas de los que no saben. Atendiendo a las palabras de Max, parece muy sencillo. En el proyecto de la carne sintética, por ejemplo, han trabajado personas de todo tipo: desde los primerizos que quieren aprender las bases del diseño 3D hasta expertos en nutrición.

—Si has terminado, te enseño el proyecto de historia, el último que estamos desarrollando en mi departamento.

Un último trozo de carne, un último trago a su cerveza, y vuelve a seguir a Max Dox. A Paula le interesa muchísimo saber cómo se enseñará aquí la historia. Cómo se acercarán a esas personas del pasado, cómo se meterán en su piel, cómo sortearán los obstáculos impuestos por los años y los siglos. Si acaso es posible. ¿Se puede bailar de verdad con una princesa de Cartago, percibir su olor, creer que es tu igual, que suda como tú sudas? Ella trabaja para que así sea, pero tiene muchas dudas, siempre las ha tenido. Ahora se dispone a aprender con humildad, empapada del espíritu de la antiuniversidad.

Max la quiere llevar arriba del todo, a la azotea. No estará lloviendo, ¿no? Entonces, vamos. No te olvides el abrigo, por favor. La lleva al ascensor. Esta vez tendrá que entrar. No se le ocurre ningún famoso

que muriera en un accidente de ascensor, nadie a quien poder añadir al módulo MoRiTuRi, pero tiene muy presentes las formas de morir en un ascensor. Son básicamente tres:

1) Si estás abajo, la caja se te puede caer encima y aplastarte por completo, pero eso sólo ocurre si estás haciendo reparaciones, o si te has metido en el agujero del ascensor para esconderte.

2) Si se abren las puertas y, por un error, el ascensor no está allí, te puedes caer por el hueco, víctima de la inercia y de la costumbre, ciao. Esto es más común de lo que se cree.

3) Por último, si estando dentro fallan las medidas de seguridad, te puedes precipitar gritando y maldiciendo, sin tener a qué aferrarte. Este es sin duda el accidente más común, y el más terrorífico, teniendo en cuenta ese momento uncanny en el que no se distingue si el ascensor está bajando o cayendo.

Max abre la puerta y Paula tiene que entrar.

Empieza a sentir las taquicardias habituales, pero recuerda el entrenamiento que le enseñó Kai.

Poner freno a los pensamientos intrusivos.

Concentrarse en la respiración.

Inhala, exhala, etcétera.

En vano. Empieza a sentir esa opresión. No es más que el comienzo. Si se queda en eso, ni tan mal.

Pero no. Cuando ve cómo la chica aplasta el botón del séptimo piso, el corazón de Paula da empujones contra el pecho, queriendo salir de allí. Ya no puede controlar su respiración, va a su aire. Para empeorarlo todo, la caja emprende su camino hacia arriba con un enorme tirón, y a Paula se le escapa un pequeño grito.

—¿Estás bien? —le pregunta Max, no con preocupación sino con curiosidad.

Paula le quiere decir que no es nada. Una vieja fobia, casi superada, una tontería. Dos años antes, no se habría montado en un ascensor como este ni borracha. Pero no se lo dice. Además, se debe confesar

que igual sí que está un poco borracha. Que todo esto sería mucho peor sin los vinos y la cerveza de antes. Mientras tanto, su corazón hace pum, pum, intentando llamar su atención. Respira, eres un árbol o una coliflor temblorosa, exhala. Pero con la segunda respiración, algo sucede. Algo seco y definitivo. Tras haber ganado unos pocos metros, el maldito ascensor se detiene de repente. Nada más y nada menos que entre dos pisos.

—Ups —dice entonces Max Dox, no con curiosidad sino con preocupación.

Alimentando la esperanza, Paula piensa que podría ser una broma, el rito por el que tienen que pasar todos los novatos en esta antiuniversidad. Seguro que lo llaman «los nuevos a la jaula». Luego aplausos, risas y palmadas en la espalda. Pero entonces Max empieza a darle golpecitos al viejo panel de botones, y su expresión no es distendida, ahora parece bastante urgente.

—¿Qué… qué ha pasado? —es un gran logro que le salga la voz con lo estrecha que siente la garganta.

Max no contesta. Porque no sabe qué narices ha pasado. Se ha encendido una luz roja en el panel. Una luz roja en la cabeza de Paula. Una luz roja llenando la jaula.

Al parecer, el origen de las fobias se encuentra en hechos traumáticos del pasado. Pero Paula no recuerda ninguno, y llegó el momento en el que se cansó de preguntarle a sus madres: tampoco ellas recordaban nada. Ningún problema con los ascensores de niña. Era una fobia bastante nueva, además. La sintió por primera vez cuando nació Deba y salieron del hospital. Nada más entrar en el ascensor con la recién nacida, comenzaron las taquicardias. No le dio mucha importancia, pero hizo todo el trayecto hacia abajo sin dejar de pensar en la muerte. No era sólo su muerte, ahora también estaba la de Deba. Para eso había traído una hija al mundo: para que muriese. Menuda irresponsabilidad, menudo desastre. Y ya no había vuelta atrás. Cuando salió del ascensor con vida (¡con vida!), intentó razonar. Se dijo lo que todos los médicos le dicen a una embarazada o a una madre primeriza cuando se queja de algo: serán las hormonas.

Pero ahí estaba la fobia y tenía intención de quedarse, con o sin hormonas, así que empezó a cederle espacio en su vida. A adaptarse, para que la molestase lo menos posible.

Por ejemplo.

Cuando Deba tenía dos años, no utilizaba sillita, la llevaba en la mochila a todas partes. Le decía a quien quisiera escuchar que era lo que las dos preferían. No era cierto, la mochila estaba bien a ratos, pero le molestaba muchas veces. Pero era la única forma de utilizar las escaleras, haciendo a un lado al ascensor. Escaleras siempre, siempre, siempre, en cualquier situación, y si alguien le decía algo, utilizaba la excusa de la salud, ejercicio de cardio, rutina saludable. El plan se vino abajo cuando nacieron los gemelos. Era imposible llevar a los tres niños en el regazo. Estuvo condenada a utilizar el ascensor durante una época, pero tan pronto los pequeños aprendieron a andar, intentó sumarlos a su plan de las escaleras. ¡Aventura por las escaleras! ¡Vamos, mis amores! Cuando encontró su maravilloso dúplex, estuvo a punto de no comprarlo porque estaba en un noveno piso. Entonces se lo contó todo a Kai, sacando a la luz todas las aristas de su fobia. Y él comenzó a iniciarla en los senderos de la terapia conductual —nadie del entorno íntimo debería conducir una terapia, pero Kai no le dio mucha importancia y pensó que pronto lo podría solucionar— y, desde entonces, Paula decía que sí, que estaba mucho mejor, y quizás era cierto: después de todo, esos nueve pisos, los que llevaban al dúplex, los hacía en ascensor a menudo, a menudo sin pensar en la muerte, además, totalmente concentrada en las respiraciones.

Pero estar aquí, en esta jaula del siglo XIX, en un viejo edificio ocupado que quién sabe cómo cuidarán, y en la compañía estrecha de Max Dox, es otra cosa. El ejercicio requiere de una voluntad colosal. Ahora, el paso natural sería ponerse las OFtal, irse a una sala de paseo de Delphi, probar alguna actividad relajante del módulo NIX o meterse en una caja negra que anule toda percepción, cualquier cosa, cualquier cosa que la saque de donde está. Pero las OFtal no están ahí, por qué no están ahí, por qué esa maldita zone de résistance, por qué ha entregado su preciado aparato con tanta docilidad, esa gran parte de su vida, miembro indispensable de su cuerpo, por qué, por qué, por qué.

—¿Tienes miedo? ¡Respira!

Paula se da cuenta de que está sentada en el suelo del ascensor. Max también ha bajado a ese nivel. Le ha empujado levemente la cabeza, para que quede entre sus piernas.

—Tranquila. Enseguida salimos. No pasa nada. Respira.

Ha dicho la frase con calma, pero al instante ha empezado a gritar, pidiendo ayuda, arriba y abajo por las entrañas del ascensor. A Paula, la urgencia en la voz de Max no le aplaca la ansiedad ni un ápice.

—Enseguida salimos —vuelve a decir Max recuperando la compostura, y se sienta de nuevo junto a Paula.

—No nos va a oír nadie. Y no podemos llamar a nadie, me habéis quitado el teléfono… ¿Por qué me habéis quitado el teléfono? ¡Y las OFtal!

Se da cuenta de que está a punto de echarse a llorar. Y Max también se da cuenta. Le habla con dulzura. Le explica que intentan buscar un equilibrio, que no odian la tecnología, pero que no quieren cederle todo el espacio. Que al principio la utilizaban sin límites, todos con las OFtal, hoy en la Academia de Platón, mañana en el laboratorio de Marie Curie. Pero estaban totalmente aislados, y las personas, aquellas que estaban fuera de las OFtal, habían empezado a perder su materialidad y su textura. En el ámbito de la pedagogía, por ejemplo, utilizaban la aplicación Tin-o-Kot continuamente, olvidándose de que existían los niños de verdad. Pero aquello se acabó. No tenía nada en contra de la aplicación Tin-O-Kot, hicieron un trabajo excelente en la empresa de Paula, pero, cómo decirlo… algunas cosas sólo se pueden aprender al desnudo. Paula no tiene ni fuerzas ni ganas para corregir a Max, para decirle que no tiene nada que ver con el maldito Tin-O-Kot, ni mucho menos. Que odia la aplicación y que, además, pronto entrará en su casa, al menos si no hace nada para evitarlo, si no reacciona de una vez.

Y por eso tienen esa zona de resistencia, continúa explicándole Max, una propuesta contra el infinito hambre devoradatos de la tecnología. Es cierto, dice la chica tras un lapso de silencio en el que sólo se ha escuchado la respiración nerviosa de Paula, estaría bien tener a mano los aparatos ahora, para poder pedir ayuda, o para descubrir a través de algún técnico virtual cómo se arregla esto, dice Max, pero no es fácil encontrar el punto intermedio.

El equilibrio, dice de nuevo.

No digas equilibrio, piensa Paula, no mientras estemos colgando de una jaula de metal, a no sé cuántos metros del suelo. Equilibrio, menuda palabra terrorífica. Max se incorpora de nuevo, para seguir gritando. Esta vez parece que alguien las oye, y regresan algunos gritos. Max se ríe. Listo, l’aide est en route. Ella se tranquiliza. No así Paula. Aún no.

—¿Te he contado la historia de amor entre Wollstonecraft y Godwin? Ahora tenemos algunos minutos.

Max Dox vuelve a sentarse junto a Paula, y le pone una mano sobre la rodilla. Paula se tranquiliza un poquito. Sólo un poquito.

Fueron cuatro largos años. Cuatro años —y dos meses, más exactamente— en los que sucedió todo. La revolución y el amor libre, la guillotina y el láudano. El golpe de estado de Robespierre y el golpe contra el suelo de la cabeza de Robespierre. El péndulo de la historia sin rumbo. Mary ha visitado Escandinavia, y también las entrañas del río Támesis. Se ha curado su corazón roto y ha visto el éxito de su libro de viajes. Además, está Fanny. Esa criatura maravillosa que ha salido de su interior. La hija amorosa. Mary no ha vuelto a pensar en William Godwin, el hombrecillo gris, sombrío, que conoció en aquella cena; y tampoco Godwin se ha acordado —o muy pocas veces, casi nunca— de esa mujer desvergonzada y charlatana. Han pasado cuatro años, cuatro largos años, y ahora es un hombre famoso, un verdadero radical, un filósofo aclamado. Muchas mujeres lo siguen, tiene admiradoras. Y, pese a todo, sigue siendo virgen. A pesar de haber tenido a tantas mujeres a su disposición, no se ha atrevido ni a dar un beso.

Pero ahora los dos viven en Londres nuevamente y una amiga, una escritora llamada Mary Hays, piensa: ¿y si junto a estos dos? Y así lo hace, los invita a ambos a tomar el té, porque ve muy claro que tienen mucho en común, que serán una compañía excelente el uno para el otro. Sin embargo, la magia no sucede de repente: pasan meses, nuevas sesiones de té, largas cartas y breves notas, conversaciones filosóficas, discusiones intelectuales, malentendidos, pequeños agravios, y una afinidad que nace poco a poco. Cada cual tiene sus ritmos: al mismo tiempo, en el carril paralelo de la historia, Napoleón Bonaparte ha conocido a Josefina, que acaba de quedarse viuda por culpa de la guillotina, la ha cortejado, se han casado y, dos días después de la boda, el joven general se ha ido a Italia a invadir el país, aunque desde allí le mande una carta de amor diaria a su reciente esposa.

Pero la afinidad entre Mary y William lleva su tiempo. Y al principio es fría. Luego no tan fría. Y entonces un beso. Pero dudas y aprensiones y nada más que besos. Quieren. No quieren. Tienen miedo. ¿Es amor?

El año sigue su curso, llega la primavera, cambian los colores de Londres y los cuerpos también se van juntando en virtud de las leyes supuestamente inalterables del universo. William Godwin empieza a apuntar sus tentativas sexuales en el diario, breve y críptico: un día chez moi, al otro chez elle. Y finalmente, tras el cuarto intento, un día de agosto: chez elle tout. En su casa todo. Sin embargo, llevan la relación en secreto. Ambos son muy conocidos en Londres, en todo el país, diana fácil de los cotilleos, y tienen miedo de eso, y de muchas otras cosas. En diciembre de 1796, sin embargo, Mary empieza a sentirse indispuesta. Le falta la energía, y le inquietan desde primera hora corazonadas oscuras. Lo que sucede es que está embarazada. Nadie sabe nada sobre contracepción en esa época, y el método que han seguido ha fracasado. La pareja recibe la noticia con alegría y turbación. Demasiados problemas: el dinero, la reputación, apartarse de la vida intelectual para cuidar de otro niño. El tema de la boda también aparece frente a sus ojos. Sin ser del todo clara, Mary ha dado a entender muchas veces que está casada con Imlay. Que es una mujer abandonada, una víctima. Si ahora se casa con Godwin, todo el mundo sabrá que jamás se casó con el americano, que no es una víctima sino una puta, y Fanny, por tanto, una bastarda. Pero si no se casa con Godwin, entonces todo el mundo sabrá que la bastarda es esta segunda niña que está en camino y Mary, al fin y al cabo, pues eso, una puta.

El rompecabezas de Godwin tampoco es pequeño. Ha logrado la fama escribiendo contra el matrimonio, pidiendo la abolición de esa institución avejentada que vuelve esclavos a hombres y mujeres libres. Cómo presentarse ante al mundo y decir: perdón, estaba equivocado, me voy a casar.

El 29 de marzo de 1979, mientras Napoleón entra en Venecia, William Godwin deja una única palabra escrita en su diario: Pancras. Era la iglesia de su barrio, el lugar en el que se casaron. Las siguientes semanas las pasaron escribiendo a amigos, explicando el porqué de su decisión, y justificándose. Dejan muy claro que, aunque han alquilado una casa juntos, Godwin ha alquilado una habitación en otro lugar, y que ahí pasa el día, leyendo y escribiendo. Que siguen siendo independientes, vaya. Una familiaridad excesiva no nos parece adecuada, escriben ambos, con una pomposidad acordada. Sin embargo, la pérdida de los amigos resulta inevitable. Los pierden por ambos lados de la cuerda, además: los más conservadores, cuando descubren que Wollstonecraft es una madre soltera, y los más progresistas, porque esa pareja que debía ser referente ha caído en la trampa del matrimonio burgués. Todos acomodados en la intransigencia, piensa Wollstonecraft.

Es una pérdida calculada, y siguen adelante. Al principio, la nueva vida les va bien. Pero a Mary pronto se le hace duro estar sola en casa. Obvio: porque no está sola, sino con una niña de tres años. Por no mencionar a esa otra criatura que le roba la poca energía que le queda.

Por fortuna, Godwin ha podido publicar entre tanto una nueva edición de su famoso libro Political Justice, y así podrá adaptar y suavizar sus opiniones sobre el matrimonio: la institución seguía siendo necesaria, un moindre mal. Quizás en un futuro más luminoso la humanidad podría vivir sin ello, pero de momento… De momento, Godwin se comprometió a pasar más tiempo en casa.

—Las contradicciones de los revolucionarios. Que sólo importan a los revolucionarios.

Al parecer, ese es el punto final de la historia, y Paula tiene que regresar a su estado de estrechez. Aún en el ascensor, colgando, a la espera de la taquicardia que podría volver en cualquier momento.

—¿Entonces va a venir alguien?

Sí, vendrán. Tienen técnicos de confianza para estos casos, en cinco minutos estarán ahí, y podrán arreglar la avería gracias a la realidad aumentada. No son dogmáticos. En esa zone de résistance se hacen excepciones cuando los ascensores se quedan colgados. Max le sonríe. Paula se tranquiliza.

12

Es de noche cuando suben a la azotea. El frío es como una bofetada y a Paula todavía le tiemblan las manos mientras se sube la cremallera del abrigo. No sabe cuánto tiempo han estado encerradas en el ascensor, si veinte minutos o veinte horas. Si alguien le dijera que es media noche, o que está próximo el amanecer, lo creería. Ahora están en los tejados de las antiguas galerías Lafayette y, desde aquí, se ve todo París. La ciudad con todas sus luces encendidas, un espectáculo embriagante.

Pero Max quiere dirigir la atención de Paula a otro sitio. Hay un fuego encendido en mitad de la azotea y un grupo de jóvenes baila en torno a él. ¿Bailan? No está muy claro. Moverse, se mueven. Van vestidos con túnicas. Todos tienen una especie de jícara entre las manos. No parece que tengan frío.

—Este es el proyecto de los misterios eleusinos.

Max parece orgullosa. Paula no sabe de qué habla. Pero como está acostumbrada a esta desorientación, se limita a quedarse mirando. Además de bailar, los jóvenes también cantan. Algo parecido a cantar. En un idioma recién inventado, una melodía improvisada. Sabe que le llegará la explicación, seguro que este caos tiene un sentido. Por el momento, tiene bastante con recuperar el ritmo normal de su respiración: vuelve a las luces de París, inhala, exhala. Lo que más cerca tienen es el Palacio de la Ópera de Garnier, más lejos la torre Eiffel, ambas construcciones de finales del siglo XIX, monumentos, tótems, cimas de la arquitectura y la tecnología, de esa época en la que se creía que todo era posible, de cuando se pensaba que el progreso había ganado finalmente la partida. La misma época en la que, en París, algunas mujeres se cortaron el pelo y empezaron a vestir pantalones.

—El rito más importante de la antigua Grecia. Se practicó durante miles de años.

A Paula le cuesta unos segundos regresar a esos misterios eleu… (¿cómo era?). Los jóvenes están encendiendo antorchas, y pasándose después una cesta de mano en mano. ¿Esto es un teatro o qué es?

Sócrates, Platón, Aristóteles… Todo aquel que era alguien pasó por esos ritos, dice Max. El propio Heracles tuvo que ser iniciado en los misterios antes de bajar al Hades. Una experiencia imprescindible para entender la vida y perderle el miedo a la muerte.

Sin decir nada, Max la toma del brazo para que se acerque a una especie de invernadero que hay situado a un extremo. Está demasiado oscuro para ver qué hay dentro del invernadero. A la entrada hay una mesita. Entonces, Max le presenta a la chica que está detrás de la mesita, ha venido a estudiar bioquímica a la universidad, es de Sevilla. Después de terminar lo que estaba haciendo —echar tres gotitas en una pequeña probeta con la ayuda de un cuentagotas, agitar la probeta, quedarse mirando al color azul que aparece—, se quita el guante y le ofrece su mano derecha a Paula.

—Ariadna —le dice la chica, seria, pero volcando toda su atención en Paula, como había hecho hace dos segundos con la pequeña probeta —. La prueba de alcaloides es cosa mía, somos muy estrictas con estas cosas.

—Paula. Encantada.

Paula no sabe qué más decir. Muy bien, estupendo, podría decirle, pero en lugar de eso, se queda mirando a los aparatos y líquidos con los que opera la chica. Con las OFtal, podría identificar rápidamente todos los elementos que hay sobre el mostrador, y quizás descubrir qué es todo esto, pero en lugar de eso, se le queda esta cara de lerda. Por suerte, la de Sevilla se muestra dispuesta a ofrecerle más explicaciones.

—Estamos jugando con el hongo Claviceps purpurea, para aislar los metabolitos y conseguir LSA. Es un alucinógeno del estilo del LSD, ya sabes. Esa es nuestra hipótesis, que en los misterios de Eleusis se tomaba esta droga, una droga que surgía de forma natural en la cebada y en el trigo. Nosotras lo hemos conseguido en el laboratorio, y el grupo de hoy la está probando. Luego dejarán por escrito sus experiencias, a ver si encontramos algún paralelismo.

Paula no sabe qué pensar. Lo único que le viene a la cabeza es que la voz grave de esta científica le resulta muy sexy, y el acento de Sevilla le añade exotismo.

—El propio Aristóteles lo dejó escrito: en los misterios no se aprende nada, se experimenta, te dejan listo para cuando llegue el impacto —añade Ariadna subrayando mucho la palabra impacto, como si aún

tuviera la atención de Paula.

—Entender el ciclo de la vida, intuir eso que está por encima de nosotras, una luz nueva que alumbrará tu vida entera una vez la veas —dice Max Dox, con tono sombrío.

—Claro, y ¿cómo conseguir eso sin drogas?

Paula hace la pregunta con honestidad, no es una pregunta retórica, ni mucho menos sarcástica. Tampoco parece que las chicas la entiendan así, ya que la química le acerca una taza negra que tenía apartada.

—Kykeon: el cóctel que se utilizaba en los misterios eleusinos. Y que, según nuestra hipótesis, tenía LSA: agua, miel, cebada… y el querido hongo parásito de la cebada, el que alumbrará tu vida. ¿Quieres probar?

La chica se lo ofrece a Paula con las dos manos, y ella lo toma de igual manera, sin pensar. Si se lo pensara, no lo tomaría nunca. Y en lugar de eso, se ve a sí misma llevándose la taza a los labios y dándole un trago largo a la bebida tibia y dulce. Ella, que nunca ha probado las drogas. Le recuerda de inmediato al vino dulce y caliente que preparaba su abuela en nochebuena, y toma un segundo traguito en su honor. Cuando se aleja de la taza, se encuentra con la expresión de sorpresa de Max Dox. Aun así, no le dice nada. Luego Max mira a Ariadna y esta le responde encogiéndose de hombros.

—Tranquila, con eso tienes de sobra para empezar —le dice Ariadna con una risita y, con la voz sexy de siempre, pero firme, recupera la taza—. Ahora estás lista para el impacto que mencionaba Aristóteles. Disfrútalo.

Y luego, olvidándose de esa mujer de mediana edad confusa y excitada, se dirige únicamente a Max Dox.

—Luego hay fiesta en el Teles, ¿verdad? ¿Vas a ir?

Entonces a Paula le parece que a la chica se le afila un poco la voz. Sí, es un cambio sutil, pero Paula lo nota: aquí está pasando algo. Ha visto curiosidad y admiración en los ojos de Ariadna, y ha tenido una revelación clarísima —¿es posible que el LSA haga efecto tan rápido? —: que la química sevillana está enamorada de Max Dox.

Tampoco sorprende. A decir verdad, en este lugar Max Dox no es cualquiera. Lo ha notado en el laboratorio de nutrición, y también en los dos hombretones que han venido a liberarlas del ascensor.

Además, ahora que lo piensa, es muy significativo que las dos personas a las que ha preguntado —le chique del fular rosa y la del quimono— supieran perfectamente dónde estaba Max Dox en aquel momento. El edificio es grande, y hay gran trasiego de gente de arriba abajo. Aun así, al preguntarles dónde estaba Max Dox, todo el mundo ha tenido siempre muy clara su ubicación. Sí, no hay ninguna duda… y no hace falta ninguna droga para saberlo: todo el mundo conoce a Max, todo el mundo la saluda, todo el mundo deja lo que esté haciendo para intercambiar unas palabras con ella y, cuando se aleja, todo el mundo necesita un momento para calmarse y regresar a suelo firme.

Todo el mundo menos los jóvenes de ese círculo. Esos siguen cantando y bailando en su loop psicodélico, las antorchas arriba y las canastas abajo, y ni se han fijado en que la archiduquesa de la antiuniversidad está aquí. Entonces, Paula siente un poco de miedo. ¿Y si ella también acaba haciendo el ridículo en ese círculo, instigada por el brebaje que ha tomado?

—No lo sé. Ya veremos. Tengo mucho trabajo.

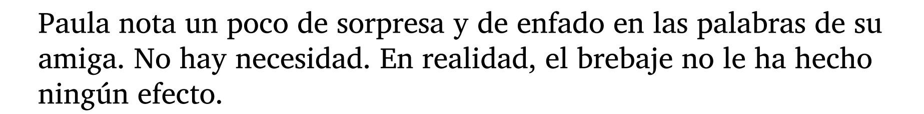
¿Cuál será la carga de trabajo de Max Dox esta noche? ¿Cuidar de la propia Paula? ¿O la está utilizando como excusa? No, la respuesta de Max Dox parece sincera. No está interpretando el papel de la archiduquesa fría e inescrutable. Paula ve la decepción en los ojos de Ariadna, pero la chica vuelve rápidamente a su ser, poniéndose el guante y volcando de nuevo toda su atención en los alcaloides.

—Yo allí estaré —dice con la mirada puesta en la probeta y recuperando su voz sexy—. Y a ti —ahora se vuelve a dirigir a Paula— ahora no te conviene estar sola, por si acaso. Es tu primer viaje, ¿verdad?

¿Tanto se le nota?

Paula está bajando las escaleras, junto a Max. Puede que estén entre el sexto y el quinto piso. Por supuesto, Paula ya tenía en mente no coger de nuevo el ascensor, pero, al parecer, ambas han tenido la misma idea, y no han tenido que discutirlo. Bajan las escaleras en silencio, pero en un punto determinado, quizás entre el quinto y el cuarto piso, Max se queda congelada en un escalón. Paula se queda en un escalón inferior, a la espera de lo que le diga la chica:

—¿Por qué has tomado eso?


Paula nota un poco de sorpresa y de enfado en las palabras de su amiga. No hay necesidad. En realidad, el brebaje no le ha hecho ningún efecto.

—¿Qué?

—El Kykeon.

—Ah.

—No es ninguna broma. Tienes que estar preparada.

—Estoy preparada.

Max Dox resopla, y sigue bajando las escaleras.

—Ahora tendremos que ir a mi despacho.

Siguen bajando en silencio. Max parece enfadada y Paula no entiende muy bien por qué. Está contenta de ir al despacho de Max Dox, porque no sabe qué otra cosa hacer, adónde ir si no es al hotel, al insomnio, a la desnudez, al delirio. Además, ¿dónde tiene las OFtal? No se puede ir de aquí sin recuperarlas. Pero algo le dice que no es el mejor momento para andar con peticiones. ¿Qué hora será? Por un momento, se acuerda de sus hijos, las duchas, las cenas, el alboroto de antes de dormir, pero es un pensamiento huidizo, breve, pronto se concentra en los escalones, lo más probable es que ahora estén entre el tercer y el segundo piso, pero no es posible, porque nunca llegan a la planta baja, y ya habrán bajado tres o cuatro pisos, y nada. A Paula le parece que cada piso está más alumbrado que el anterior. Las luces del techo titilan, y algunas empiezan a volar y también lo hacen otras que estaban escondidas en el suelo. Se cruzan con algunas personas, que van hacia arriba, gente que a Paula le parece bastante baja. Todos saludan a Max y a ella no le prestan ninguna atención. Mejor así.

De golpe, están en un despacho. Un despacho con un sofá y una holopantalla, el pequeño Trianón de la archiduquesa.

—¿Quieres tumbarte en el canapé?

—Max, por favor, que estoy bien. De verdad.

Pero atraída por los colores del sofá, decide tumbarse en él. Disolverse en esos colores, qué fantasía. Aún no está cansada. Es raro. Lleva todo el día a la espera del cansancio, pero este no quiere venir. Sospechoso. Entonces a Paula le entran ganas de ser un trozo de pan. Cuando era

pequeña, su abuela siempre tenía en casa una hogaza redonda envuelta en un trapo. Agarraba bien el pan con la mano izquierda y, con la derecha, cortaba una finísima rebanada de pan con la ayuda de un cuchillo largo. Paula quiere ser ese pan redondo que siente su última caricia en manos de la abuela, si acaso no lo es ya. Es curioso que, después de tantos años, esta sea la segunda vez que se acuerda hoy de su abuela. Quizás el brebaje mágico le esté haciendo algún efecto. Quizás se le note en el rostro, porque el gesto de Max Dox se ha vuelto de preocupación.

Pero la chica mueve la cabeza y se sienta a su lado, como haciéndose la indiferente. Se ha quitado la chamarra y ha sacado una libretita de algún lado. Ahora pasa hojas, con un lápiz en la boca, queriendo parecer concentrada. Podría ser puro teatro, pero a saber.

Entonces, Paula se queda mirando sus manos, fascinada. Algo pasa con ellas. Son suyas, las siente conectadas a su cuerpo, sangre arriba y sangre abajo, pero al mismo tiempo le resultan extrañas. Aunque no tan extrañas, en verdad, las ha visto más veces, pero igual nunca las ha sentido tan calientes. Uncanny. Sí que están calientes sus manos. Se acaricia las mejillas con el dorso, y entonces se da cuenta: son las manos de Viktor. Grandes, ásperas, peludas. Entonces, ¿qué está pasando aquí? ¿Lo habrá notado también Max? ¿Por eso ha apartado ese cuaderno y la está mirando? Entonces, ¿puede Paula, es decir, Viktor, ponerse encima de la chica, en ese mismo canapé? ¿Y levantarle la camiseta? ¿Puede hacer eso? ¿Y qué pasaría si se metiera el pezón izquierdo de Max en la boca? Chuparlo, besarlo, morderlo. ¿Curvaría su espalda Max Dox? ¿Se le escaparía un suspiro por la boca?

—Lo estás sintiendo, ¿verdad? —le dice Max como resignada—. Llega poco a poco, pero llega.

Entonces, Max deja el cuaderno y se levanta del canapé, libre de las garras de Viktor, y regresa con un vaso de agua entre las manos. Se lo ofrece a Paula y esta lo coge con sus dos manos masculinas. Querría decir algo, pero le da miedo con qué voz responderá una vez abra la boca.

—Muy bien. Así que quieres conocer los misterios de la muerte. Tú sí que eres valiente. Pues venga, hablemos de ello. Hasta ahora no hemos dicho nada sobre el final de Mary. Bebe, bebe agua. Te hará bien.

Viktor bebe, Paula también, los dos tranquilos, y no se atreve a mirar

de nuevo sus manos. Max Dox enciende la holopantalla y aparecen frente a sus ojos los diarios de Godwin.

Mary no necesita un médico. Confía en la sabiduría ancestral de las matronas, y también en su cuerpo. Ya lo hizo una vez, y lo hizo estupendamente. Se siente capaz de hacerlo de nuevo. Cómo no. Los dolores de parto empiezan el 30 de agosto de 1797, a primera hora. Es miércoles. Pero Mary no se asusta, está preparada. Lista para el impacto. Todavía tiene tiempo. Tantas cosas por hacer. Pasar sus últimos momentos con Fanny, las dos solas. Pronto tendrás una hermana o un hermano, Fanny, lo cuidarás siempre, ¿verdad? Sí, no falta mucho. Pronto tendrá un bebé caliente entre los brazos, y el bebé le buscará el pecho. Pronto le verá las manos, se meterá sus deditos minúsculos en la boca, la vida se llenará de saliva y de leche. Intenta tomar sopa. Vomita. Ya es demasiado tarde para comer. Mejor si llaman a la matrona, sí, va siendo hora. Ya llega la señora Blenkinsop, y las dos mujeres se encierran en la pequeña habitación del piso de arriba. Mary da breves paseos, se dobla con cada contracción. Pero la matrona le dice que todo va bien y que el asunto no se alargará demasiado.

En el piso de abajo espera el marido. Le da a la pipa, no puede estarse quieto, el alma se le llena de pensamientos oscuros con cada gemido y cada grito de su esposa. Termina la mañana y llega la tarde. Para cuando se da cuenta —el tiempo ha perdido su firmeza, se le escapa entre las manos— ha empezado a anochecer. El verano está en sus últimas, qué le vamos a hacer. El asunto se está alargando mucho, puede que demasiado, pero qué sabrá él, nunca ha estado en una situación como esta. Y no querría estarlo. Le han dicho que tenga paciencia, pero…

De repente, después del último grito, el silencio. Un silencio desgarrador. Son las once y veinte de la noche. El famoso ateo William Godwin contiene la respiración. Y entonces, otro tipo de grito, el llanto de un gatito, cada vez más fuerte. ¡Ha llegado el niño! El hombre siente el impulso de abrazar a la criada, pero aún es demasiado pronto, no puede estar en paz hasta que compruebe que Mary está bien. Le pide a la criada que vaya por favor a ver. La criada, siempre obediente, se va escaleras arriba, y pronto vuelve con buenas noticias (aunque a Godwin se le hace una eternidad): el bebé está bien y la madre también. Ha sido una niña. Pronto le llamarán para que vea el milagro con sus propios ojos.

Godwin no se lo puede creer. Después de trece horas de inquietud, todo ha salido bien. Deja la pipa. Se prepara para conocer a su hija, se planta frente al espejo y se peina con los dedos el poco pelo que le queda. Puertas que se abren y se cierran, pasos nerviosos, palabras que le llegan a medias. Vuelve a aparecer la criada. Va en busca del médico, a todo correr: ha pasado demasiado tiempo y Mary todavía no ha expulsado la placenta. Al marido se le ponen todos los nervios en punta. La angustia acumulada le regresa multiplicada y le llena las venas. Pero William Godwin es producto de la Ilustración, tiene fe en la ciencia: el médico sabrá qué hacer en este caso.

El médico hace lo que tiene que hacer. Saca la placenta a mano, tirando. Los gritos de Mary son más escalofriantes que nunca. Pero pronto se acabará el sufrimiento, piensa el marido, espera el marido, ruega el marido.

Pero no es así.

No

es

así.

Cuando se va el médico, el marido entra finalmente en la habitación. Se encuentra a su mujer deshecha. Todo lleno de sangre. Las criadas le ruegan que no entre, mientras lo recogen todo, pero el hombre no les hace caso. Godwin apenas tiene fuerzas para ir a conocer a su hija, para coger en brazos a la pequeña. Sólo quiere apretar la mano de su esposa. Se quedan juntos, mientras las criadas limpian la habitación. Mary intenta esbozar una diminuta sonrisa. Cae dormida a ratos. Le ponen al bebé en el pecho. Le dan un poco de sopa. No la acepta. Es normal, está agotada. Un pequeño descanso, piensa Godwin, un pequeño descanso y empezará a recuperarse. Pero de madrugada, cuando el amanecer está próximo, comienzan los temblores, la fiebre, los desmayos. De madrugada comienza la pesadilla.

Vuelven a llamar al médico. Aunque llega dormido, enseguida tuerce el gesto. De ahí en adelante, habrá un ir y venir continuo de médicos, matronas y enfermeras. Mary nunca está sola. Escalofríos, fiebre y temblores. A veces parece que todo acabará pronto. Después de uno de los ataques, el rostro de Mary se pone tan blanco como la leche, apenas se le oye el corazón. El 4 de septiembre, uno de los médicos le pide que deje de amamantar. Le traen cachorros de perro para ayudarle a sacar la leche. La dama de la Ilustración vuelve a perder el

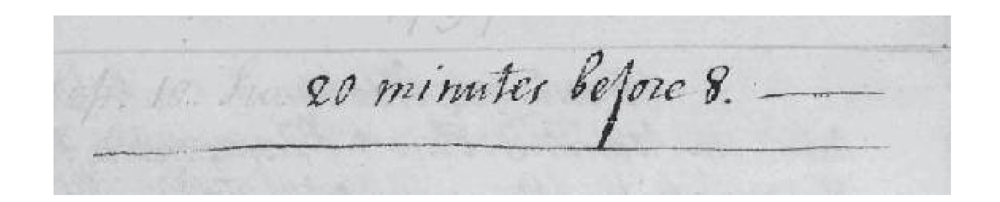
conocimiento. Pero entonces, la vida vuelve a ella, y pide que la ayuden a sentarse, que quiere ver a la niña. Y dice que la llamarán Mary, y Godwin dice que sí, claro, por supuesto, lo que tú quieras, pero ponte bien, por favor.

Por tanto, el nombre completo de la niña es Mary Wollstonecraft Godwin, que algunos años más tarde se casará con el poeta Shelley y se cambiará el nombre, y que acabará siendo más famosa que el propio poeta Shelley.

Eso, sin embargo, su madre no lo sabrá nunca. No sabrá nada sobre Villa Diodati, Frankenstein, los nietos muertos en Italia en la primera infancia. Porque no se recupera. Tras breves instantes de lucidez, regresan la fiebre, los temblores, el infierno.

Son once días de agonía, con sus once noches. El médico les da esperanzas a veces, otros días les dice a todos que se vayan preparando para lo peor. La pequeña Fanny sigue la tragedia desde una esquina, sin que nadie le preste atención, tratando de imaginarse lo que sucede al otro lado de la puerta cerrada.

Finalmente, el 10 de septiembre, William Godwin escribe lo siguiente en su diario:


20 minutes before 8.

Sólo eso. Una hora —las ocho menos veinte— y unas líneas que no van a ningún lado.

Y así termina, a los treinta y ocho años de edad, la vida de la madre de Fanny y de Mary. ¿Cómo dijo Mary ayer por la noche? La trampa de la placenta hemocorial. C’est fini.

Paula ha tenido un momento de lucidez. Esto no puede entrar tal cual en su módulo, es excesivo. El módulo tiene que acabar frente a esa puerta. Del otro lado, la agonía. Del otro lado, el último aliento de Mary. Pero el usuario, de este lado. Que tome el punto de vista de Fanny. Fanny la huérfana, la adorable Fanny. La confusión, el caos, la angustia infantil, ese tener que mirar siempre de abajo arriba. No, esto

también es demasiado duro como final de módulo. La pobre Fanny. Tendrá que seguir pensando, Paula encontrará la forma.

Como si estuvieran a la espera del final de la historia, en cuanto Max Dox apaga la holopantalla, alguien llama a la puerta. Se oyen palabras y risas del otro lado. Paula se toma el alboroto con calma, no siente ninguna necesidad de abrir la puerta. Max, en cambio, sí. Por eso entra en tropel un grupo de jóvenes. Traen cervezas en las manos, y vienen envueltos en guirnaldas hechas con luces LED, de los pies a la cabeza, como si fueran árboles de navidad. El gesto de Max Dox transmite un fastidio amistoso. Hablan todos a la vez, uno coge a Max de la mano y empieza a bailar un vals con ella. Paula sólo ha entendido una palabra: la fête. Porque la han repetido muchas veces: la fête la fête la fête.

—*On y va, Max, on y va!*

Max duda. Mira a Paula. Paula quiere decirle: vete tranquila a la fiesta, chica, yo me voy a quedar aquí un poco más, ya sabes, hasta que mis manos vuelvan a su forma original, y luego me volveré al hotel, seguro que es tarde, quizás medianoche, o tal vez ya de madrugada; en cualquier caso, mañana cojo el tren a Londres a las ocho de la mañana y no me conviene alargar demasiado esta soirée. Pero lo que de verdad quiere decirle es esto: Max, no me dejes aquí, llévame contigo y con tus amigos a esa fiesta, tus amigos parecen muy divertidos, y hace años que no estoy en una fiesta de verdad, menos aún en París, además, no nos podemos despedir así, todavía tienes que darme más y yo también puedo darte algo, creo que te has llevado una impresión errónea de mí, ni caso a estas manos peludas, que se vayan a la mierda, si me das una serpentina LED, yo también puedo ser tan alegre como este grupo, ya verás, esta vez no te decepcionaré, entonces, dónde es la fiesta, ¿por qué no vamos de una vez por todas?

Por suerte, parece que es el segundo mensaje el que llega más claro al cerebro de Max, ya que le ofrece la mano a Paula, para ayudarla a incorporarse del sofá, y a continuación le dice:

—¿Te vienes con nosotros a la fiesta?

Y claro que va, feliz y contenta, ni se lo plantea. Sin perder de vista a Max Dox y siguiendo las luces LED, se va, se va al inframundo, al Hades, al último piso del infierno, siempre hacia abajo, on y va, on y va! Y allí, en esos escondites, oculto, ¿qué encontrarán? ¿Un misterio

eleusiano? ¿El impacto que iluminará su vida? ¡Sí, bueno! Ahí, en esos escondites, oculto entre las sombras, ya lo sabe, está segura: el bacanal, la fiesta, la vida, ¡viva!

13

Cuando morimos, dejamos de respirar. Todas las células

Pero en el Hades no hay esperanza porque en el Hades de nuestro cuerpo se quedan enseguida sin aire y, por todo es humedad. El propio Ulises tiene que llegar por tanto, sin energía. La reparación del ADN (ese eteno resubarco a ese punto al final del horizonte, al norte del norte, citar) se detiene entonces, y los daños comienzan a acumua la entrada del inframundo. El inframundo está limitado larse, uno tras otro. Al cabo de unas pocas horas, las enzimas por cinco ríos: el primero es Akeronte, pero también están que hasta entonces habían estado bien cercadas huirán, el Kozito, el Flegetonte, el Lete y el Estigia. Todo es humedañando el ADN de forma irreparable. Al mismo tiempo, dad, pues esto es regresar al útero de la madre tierra. Humelas bacterias que viven en nuestros intestinos y pulmones dad. Tanta que se puede oler, tanta que Paula la siente en se liberarán, acelerando el proceso iniciado: el borrado las manos, cuando toca las paredes. En estas condiciones, total de nuestro ADN, la memoria y la información de el ADN no tiene ninguna oportunidad, piensa Paula mientodo aquello que fuimos y podríamos haber sido. Hay algo tras bajalas escaleras. Quiere gritar y quizás lo hace, pero que puede frenar ese borrado rápido: la falta de agua. Si nadie la escucha, o nadie le hace caso. Porque siguen bajanalgún rincón de nuestro cuerpo se seca antes de que suceda el do las escaleras, cada quien concentrado en sus propios daño enzimático, nuestra esencia puede permanecer ahí miles pasos.

de años.

Paula acalla las voces interiores y se aferra a un pensamiento con fuerza, porque, de repente, concibe claramente el riesgo de perder la cabeza. ¿Qué pensamiento es ese? Ese pensamiento es que aún no ha recuperado las OFtal. Y que tendrá que recuperarlas en algún momento. Rápido, a poder ser. Ese debería ser su verdadero objetivo. ¿Y si les ha pasado algo a los niños? Una fuga de gas, un shock anafiláctico, un tornado que ha hecho volar la casa. ¿Pero cómo hace para recuperar las OFtal?

Rebobina los últimos cinco minutos. Va a revisar lo sucedido.

Empujadas por un pequeño grupo, en mitad de la nube de euforia, han salido del despacho de Max y han regresado al patio central de las galerías. En el punto concreto en el que una vez estuvo el stand de Bvlgari —lo ha sabido porque el cartel sigue allí—, entre dos columnas de mármol, alguien ha abierto una trampilla y han bajado hasta un sótano lleno de estantes de metal y maniquíes. Allí ha sabido que era demasiado tarde para recuperar sus OFtal. Que, llegados a este punto, debían seguir bajando, que no había tiempo que perder. Max Dox le ha regalado una pequeña sonrisa. Mientras esté a su lado, todo irá bien. Eso le ha dado a entender o eso ha querido entender Paula. En ese sótano, otra persona ha abierto una puertecita de metal y, agachando la cabeza, se han abierto camino por las entrañas de un túnel hasta que ha llegado el momento de seguir bajando. Entonces le ha llegado la humedad a las narices, a las manos, una humedad que a cada escalón se hace más perceptible.

—Estamos en una antigua mina de yeso —le dice Max Dox, que de pronto está tras ella—. Cerrada hace mucho, hemos empezado a utilizarla de nuevo.

—On va vite y arriver! —le dice entonces el chico de LEDs luminosos que va delante.

Una fiesta clandestina en una antigua mina de yeso. Por qué no.

Paula siente que el túnel se hace cada vez más pequeño, tanto que el techo y el suelo acaban por juntarse y ellos en medio, aplastados, triturados, extinguidos. En lugar de sentir lo que sentía en el ascensor, acepta la idea con calma, le parece agradable, se siente abrazada. Cree que cierra los ojos, sin dejar de bajar. En este útero está bien cuidada, sin miedo, sin estrechez. Finalmente, una vibración, un barullo de voces excitadas; dicen que ya han llegado, que este es el último escalón del infierno, ya está. Se oye música o, como poco, un zumbido que da ganas de bailar. Abre los ojos.

TELESTERION

El letrero centellea. No puede apartar los ojos de lo hermoso que es ese color morado. Cuánta belleza traen al mundo únicamente las radiaciones del espectro electromagnético. Pero la empujan, hay que avanzar, no están aquí para admirar la luz. Detrás de una cortina: una

promesa. Sólo para los valientes. Un hombre corre la cortina —lleva una línea ancha y verde pintada de mejilla a mejilla, le atraviesa también la cordillera de la nariz, le queda bien, está guapo—y, con una amplia sonrisa, les invita a todos a entrar. Allá que van. Ahora están dentro de una cámara de piedra, de techo bajo, y no muy grande, pero igual hay más de cien personas aquí apiñadas. Al fondo, en el rincón donde el techo es más alto, hay un escenario hecho de piedras —en realidad, parece un altar—, y sobre él, una mujer con rasgos asiáticos, aunque se ha peinado con una de esas coronas de plumas que llevan los amazónicos. Lleva un traje verde, muy estrecho, pero al mirar mejor, Paula se da cuenta de que no es un traje, sino pintura, y de que está desnuda, por tanto, pintada de arriba abajo. Anda enredando con una holopantalla, y Paula supone que es la encargada de la música. ¿Pero qué música? ¿Puede ser música esto que están oyendo? Se tiene que concentrar. En mitad del alboroto… sí, se oye algo, algo rítmico, una pauta que se repite, aunque cambia en cuanto te acostumbras a ella, sin transiciones claras. Si en este sitio consideran que eso es música, está bien, ella también lo hará.

Por suerte, no parece que haya que llevar ningún atuendo específico en esta fiesta, cada cual va como quiere. Tras una breve inspección de ocho segundos, Paula ha visto de todo:

Hombres guapísimos vestidos de hawaianos; jóvenes altos que combinan tacones y barbas largas; muchachos y muchachas desnudas de cintura para arriba, con los pezones pintados de rojo, e incluso quien baila genial con un traje de tres piezas. También togas, muchas, de los iniciados que han bajado de los misterios eleusinos directamente al Hades.

Al menos por la vestimenta —bastante neutra y profesional—, Paula no llamará la atención. Cuando se abre un claro a su alrededor, aprovecha para mirarse los pies. Quiere ver en qué andan. Tiene una sospecha fea. Maldita sea. Se tiene que frotar los ojos. Qué es ese enorme par de pies, esas desgastadas botas de leñador. Qué. Se levanta un poco los bajos de los pantalones y ve unas piernas peludas. Maldita sea otra vez. Ahí está Viktor. O ahí sigue. O ella es Viktor. Una sacudida. Otra sacudida. Allí siguen. Y tendrá que bailar con esos pies. Qué remedio. Bailando entre desconocidos. Sin pisar a nadie. No será tan difícil.

—Es la artista GloGlo, una de las bioDJs más famosas del mundo —le dice de pronto un chico que está a su izquierda, igual uno de los que han bajado con ellas hasta aquí (o igual no, pero tiene una serpentina iluminada alrededor del cuello), y que, al parecer, habla castellano,

con un acento que podría ser del Caribe—. Es c-refugiada, ha escapado del campo de Dunkerke y ahora sólo ofrece conciertos bajo tierra.

El chico retrocede poniéndose un dedo en los labios, sin darle la espalda a Paula (¿a Viktor?), como si le estuviera pidiendo que guardara el secreto de la artista. Enseguida se pierde entre la multitud.

Paula piensa en Niko, estaría orgulloso de ella. Aquí está, en esta fiesta loca, empapada de juventud y de euforia, habiéndose olvidado del trabajo y de todo lo que no es trabajo. No le mencionará el Kykeon, eso no, porque conoce la actitud puritana que tiene con las drogas. ¿Y Kai? ¿Y si estuviera aquí, qué? ¿Quién es Kai? De repente, todas las personas de la fiesta tienen la cara de Kai. Pero no, ha sido medio segundo de paranoia, Kai desaparece igual que vino.

—Fuck Kai! —dice.

Y luego, más alto:

—Fuck Kaaaaaaaaiiii!

El segundo grito no pasa desapercibido. A su alrededor, casi todos silban y aplauden, apoyando las palabras de Paula. O así se lo parece a ella.

Siguen todos bailando, fogosamente, quizás demasiado fogosos. También Paula, todavía con los pies de Viktor, se da al baile. Al igual que pasa con la ropa, aquí no hay un único estilo de baile. Cada cual hace lo que puede. Paula mueve su cuerpo a un lado y al otro, con bastante fuerza, si adivina dónde tiene el centro de gravedad podrá decidir si es Paula o Viktor fácilmente. Ahora la «música» tiene un ritmo rápido: recuerda a un merengue. Se integra en la masa, moviendo las caderas. Ahora también podría juntarse el techo con el suelo, y como resultado del aplastamiento se crearía un steak tartare maravilloso. Pero siente con más fuerza esto otro, que ella no está entre el techo y el suelo, no, que ella es el techo y que ella es el suelo, y que forma parte de las entrañas de París, y de la esencia del útero del mundo. Desde el interior de este sentimiento que le colma el corazón, una voz le dice que está pensando cosas más bien raras, que debería controlarse un poco. Obedece a esa voz interior.

Ahora se da cuenta de que varias personas hacen cola cerca de la pared de la izquierda, sin dejar de bailar. Pero Paula no ve baños, ni una barra —ahora que se fija, no ve vasos ni botellas por ningún sitio —, ni ninguna pista que pudiera explicar el motivo de la cola.

Entonces ve unos discos negros pegados a la pared, son siete, colocados en línea recta, el primero a un metro del suelo, y el último a un metro y medio, más o menos. Paula ya sabe —y Viktor también— que, si se queda mucho tiempo mirándolos, esos discos empezarán a bailar ante sus ojos, así que aparta la mirada antes de que suceda.

—¿Has visto a Max? Me han dicho que ha venido.

Alguien le dice eso al oído, a gritos, por encima de la música de GloGlo. Es Ariadna. A Paula (¿A Viktor?) le ha costado un poco reconocerla, porque se ha quitado su bata de científica y viene vestida con un traje blanco, incluida la corbata.

—Sí, aquí está. Puedo sentirlo.

La sevillana pone cara de no entenderla, pero mira a su alrededor de todas formas, como si las palabras de Paula le hubieran dado alguna pista. Tampoco Paula (porque ahora sospecha que es Paula, sí, la voz le ha salido bastante aguda) está totalmente segura de lo que ha querido decir. Hace mucho que no ve a Max. Cinco minutos o cinco horas.

—¿Qué son esos círculos? —le pregunta entonces Paula.

—Los micrófonos de GloGlo. Uno por cada chakra. Si frotas los chakras, ella hace música con el sonido que sale, en directo.

Así que para eso es la fila. Los invitados pasan de uno en uno por esos micrófonos, frotan sus chakras durante medio minuto, y la artista lo registra todo. Luego combina las pistas de audio y así obtiene los resultados pseudomusicales. ¡Qué divertido! Coge a Ariadna de la mano y se ponen las dos en la cola. Sin embargo, la sevillana no deja de mirar alrededor, no tendrá paz hasta que vea a Max Dox.

—No te apures. Antes o después, aparecerá —le dice Paula con una seguridad que a saber de dónde le viene.

Pero esta vez, la voz le sale distinta. Un chorro de miel grueso. De nuevo la duda, de nuevo centauro.

El traje de Ariadna es una pantalla blanca, las luces de la sala se pasean por ella, se deslizan por sus hombros, le cambian la expresión del rostro. Paula no puede dejar de mirar, querría ser una de esas luces, recorrer el cuerpo de Ariadna, disfrutar sobre sus curvas resbaladizas. La chica da un saltito, aplaudiendo, se recoloca las gafas. Es su turno y Ariadna se sitúa con mucha gracia frente a los discos.

Los ajusta a su altura —un sistema magnético los mantiene pegados a la pared de alguna forma, y Ariadna es bastante bajita— y hace movimientos sensuales frente a ellos, completamente pegada a la pared, mientras mira a Paula. A continuación, llega el turno de Paula. Sube los discos. El primero lo tiene sobre la cabeza, y el último entre las piernas. ¿Los habrá colocado bien? Si va a formar parte de la obra de GloGlo, le gustaría hacer algo en condiciones. Decide tomar aire. Profundamente. Como cuando está en el módulo NIX. Le sale un largo «ooooom», aunque no lo había planeado. El sonido se escapa por todo su cuerpo, por los siete chakras, quizás también por un octavo. Oooommmm. Qué a gusto está aquí, puede sentir cómo sus chakras se fusionan con una obra que está por encima de ella. Ooooommmm. Le dan entonces un empujoncito en el hombro, alguien que parece haber perdido la paciencia de esperar a que llegue su turno, alguien que no puede entender la trascendencia del momento. Paula se tiene que apartar de los siete círculos, adiós.

Todavía tiene a Ariadna cerca, siente su calor, pero cuando la busca con la mirada, la encuentra hablando con Max Dox, porque la archiduquesa de la antiuniversidad ha aparecido de la nada. Paula siente la acidez de los celos en la garganta, no sabe si de Ariadna o de Max, querría la atención de ambas, un poco de cariño, o que la aceptaran en el seno de la pareja, convertir en trío lo que ahora es un dúo cerrado.

—¿Aquí no hay nada para beber? —se le ocurre gritar entonces, para llamar la atención de las chicas.

—Sí, agua, voy a buscar —dice entonces Max Dox, y vuelve a desaparecer entre la gente.

¿Será cierto que no hay más que agua? Aquí nadie bebe nada. Pero habrá alguna sala VIP con botellas de champán y whisky bueno. Seguro. El tema es que Max no le quiere dar alcohol, porque sigue preocupada, todavía encargándose de ser la babysitter de la mujer rarita.

Ha visto la decepción de Ariadna cuando Max ha vuelto a desaparecer. Tiene los ojos verdes, y amarillos, y rojos. Paula se le acerca, toma sus mejillas entre las manos con la misma seguridad con la que ha tomado el Kykeon ese. La mira directamente a los ojos, porque quiere retener un único color, rojo o verde, pero uno. Ariadna se le acerca, tranquila, natural, con todos sus chakras. Oooooommmmm hace ahora la música, chacachaca oooooooommmm… Paula reconoce su voz, por debajo del autotune. Atrapa la mano de Ariadna y la lleva al centro de

la pista. Ahora baila, bailan las dos, siguiendo una sofisticada coreografía que han acordado telepáticamente. Son nadadoras sincronizadas, trabajadoras afanosas de una fábrica, las amantes más enamoradas que han existido nunca. Oooommmm, chachachá, oooooommmm….

—Toma, aquí tienes.

Max le acerca un poco de agua, en una botella negra de aluminio. Ha vuelto a salir de la nada, arruinando la perfección del momento. Pese a todo, tiene sed y bebe, dándole las gracias con la cabeza. Luego le pasa la botella a Ariadna y llega a ver cómo le resbalan unas gotas de agua por las comisuras de los labios.

Entonces se hace el silencio. Se para la música y la bioDJ GloGlo pone los brazos en alto, pidiendo atención. También tiene los pelos de las axilas pintados de verde. Dice algo que Paula no entiende y le pasa una cesta de mimbre a la persona que está más cerca del altar. La cesta pasa de mano en mano. Cada invitado coge un trapo negro. Paula querría seguir bailando, se estaba acercando a algo, a algo grande, y ahora no sabe si logrará volver a conectar. Pero la cesta sigue su camino, despacio, demasiado despacio. La gente ha empezado a atarse el trapo negro sobre los ojos. Al parecer, la fiesta continuará a ciegas.

—Esta es la parte más emocionante del espectáculo de GloGlo —le dice Ariadna, al tiempo que se ata la cinta.

Paula se siente obligada a hacer lo mismo. Le gustaría que la música regresara lo antes posible y, para eso, mejor no hacer preguntas. Se ata el trapo negro bien prieto sobre los ojos, con un nudo gordo que siente en la nuca. De repente, cuando ya no queda nadie sin taparse los ojos, regresa la música. Primero un irrintzi de GloGlo. Y luego un ritmo nuevo que sale de los bafles. Raaas, badabada, ras, ras. La vibración sincronizada de todos los cuerpos. Pequeños gritos y suspiros. Una energía concentrada.

En la oscuridad total, el cuerpo de Paula es una palmera. Enseguida siente la caricia de las otras palmeras. Más cerca que nunca. Raaaasss, badabada, ras, ras. Viento del sureste. La rugosidad del tronco, la caricia cálida de las hojas. Raaaasss, badabada, ras, ras. Una sacudida tropical. El otro allí y ella en ningún sitio. Disuelta, diminuta, líquida.

Caliente

y

demente.

Tu cuerpo en un prado verde, de pie.

No, no es tu cuerpo.

Olvida que tienes cuerpo.

Siente cómo se disuelve.

Sólo el prado, el prado aquí. Verde. Aún está mojado, ¿lo sientes? El rocío, ese escalofrío lánguido. No juzgues tus sensaciones. Etiquétalas. Etiquétalas y déjalas ir.

Un chorro de agua proveniente del baño despierta a Paula. Preferiría volver a ese prado, pero está aquí. En la habitación del hotel. Todo está como lo recordaba. Las ventanas que no se abren. El sol de invierno que se cuela por los cristales. La cama que sostiene el cuerpo. La puerta del baño, medio cerrada. También su cuerpo, totalmente desnudo: diría que es el de siempre. El sonido del agua del lavabo. Un aroma en el aire que no le resulta del todo conocido.

En contra de su voluntad, empieza a recoger el hilo de la memoria. Cómo ha llegado hasta aquí. Con quién. Para qué. Querría cerrar de nuevo los ojos, pero entonces se abre la puerta del baño, acaparando su atención. Vestida de blanco de arriba abajo, pero sin atarse la corbata, que lleva sobre los hombros como una bufanda, se acerca Ariadna. Sonriente. Los ojos rojos. Paula se peina el pelo con los dedos, por pura inercia, e intenta erguirse sobre el codo. Quiere estar guapa para ella, o al menos digna. Recuerda algo. Max pidiéndole un favor a Ariadna. Ariadna y ella entrando en un taxi autónomo. Unas gafas que se dejan sobre la mesilla de noche. Un cuerpo que resbala bajo su cuerpo. El olor de la nuca de Ariadna al morderle el cuello.

—Me tengo que ir —le dice dulcemente, y para que Paula no piense que es una huida urgente, le da un beso en el hombro, otro en el cuello.

—Está bien —Paula sospecha que ella también se tiene que ir, pero no sabe adónde.

—Seremos discretas, ¿verdad?

Paula no abre la boca.

—Es que estoy en una trieja exclusiva.

Paula le devuelve una sonrisa acogedora a la chica. Esta ha recuperado sus gafas y las aplasta contra su nariz con un dedo. Paula querría quitarle la corbata y guardarla como souvenir, pero no lo hace. En lugar de eso, se tapa los pechos con la sábana. Ha bajado el telón y se ha acabado el espectáculo.

—Pues, adiós.

La chica da media vuelta y sale de la habitación. Todo silencioso, todo tranquilo. Paula siente alivio y melancolía al mismo tiempo. Querría volver a dormirse, regresar al prado, respirar. Pero sabe que no podrá hacerlo. Porque pronto tendrá que volver a pensar como pensaba antes. Porque tendrá que pinchar la burbuja. Por ejemplo: ¿qué hora es? ¿Aún tiene tiempo de coger el tren a Londres? Y también: ¿cómo acabó exactamente la fiesta? ¿Dónde están sus OFtal? ¿Dónde está Max?

Se lo pregunta al asistente inteligente y, de la ristra de preguntas, sólo es capaz de contestar a una.

—Son las once y media de la mañana. El tren hacia Londres ha salido hace tres horas y media —dice satisfecho, con una voz odiosa.

Eso quiere decir que el tren ha llegado a Londres, sin ella, y que estará a punto de volver nuevamente a París.

—El próximo tren a Londres saldrá a la una y cuarto —le confirma el asistente.

A Paula le vienen demasiadas cosas a la cabeza.

Que debería intentar coger ese tren.

Que le ha gustado lamer el rincón más escondido de los muslos de Ariadna.

Que si intentara recuperar las OFtal, seguramente perdería el tren.

Que cuando Ariadna se le ha puesto encima, estando ella tumbada en el suelo, sus gemidos eran agradecidos, de sorpresa, de alegría.

Que debería llamar a casa. Que puede haber pasado algo muy grave.

Pero si no le han dejado ningún mensaje en el hotel, será porque no ha pasado nada grave, ni escape de gas, ni shock anafiláctico, ni

tornado que haya hecho volar la casa.

Y que, por tanto, sólo hay una cosa que quiere hacer: dormir. Es la única forma de volver a su ser. Dormir y procesar. Dormir y pasar a limpio las últimas veinticuatro horas. Y da media vuelta para dedicarse a ello.

Y está a punto de lograrlo, ay, realmente cerca, pero algo frena su propósito. Un bufido muy suave. La sacudida sísmica del colchón: 0,02 en la escala de Richter.

Por supuesto. Aquí está otra vez.

—Buenos días —le dice Paula, sin darse la vuelta.

—Buenos días —le dice Mary Wollstonecraft a sus espaldas—. ¿Lo pasaste bien ayer?

—Sí. Bien. Muy bien. Creo.

—Me gustaría contarte una cosa. He querido hacerlo desde el principio. Pero no he sentido que tuvieras la atención necesaria para escuchar. ¿Ahora sí?

Paula se da la vuelta y se sienta en la cama. Mary Wollstonecraft está como en su anterior aparición, el pelo suelto, los labios rojos. Tranquila. Sentada también en la cama. Le puede dar la mano. Y se la da. Y siente el calor de su mano.

—Dime.

Wollstonecraft suspira antes de retomar la palabra.

—Tuve muchos momentos oscuros en mi vida, pero quizás el más oscuro fue cuando murió Fanny, Fanny Blood, mi mejor amiga. En Portugal, después de parir, ya sabes. Odié entonces todo cuanto alumbraba la luz del sol. Una noche soñé con Fanny y me pidió que me reuniera con ella. A la mañana siguiente, quise tirarme delante de un carro que pasaba a toda velocidad, en la esquina de la iglesia unitaria de Newington Green. No se lo he contado a nadie, no lo encontrarás en mis biografías. Imagínate, ¡no lo sabe ni Max Dox!

Paula no sabe si debe decir algo, o si debe seguir cogida de la mano de Mary. Querría ponerse una camiseta, eso sí.

—Si no me tiré fue porque en el último momento alguien me agarró

del brazo. Era una mujer de mediana edad, vestida con un extraño traje gris, con pantalones. ¡Era la primera vez que veía a una mujer con pantalones! Me habló serena, mientras yo la miraba de arriba abajo. Me dijo que tuviera coraje, que venía del futuro y que el futuro me necesitaba. Yo, absorta en su traje, no podía pensar como es debido. ¿Qué era el futuro? Para mí, en aquel momento, no era nada. Y el pasado tampoco. Todo era un absurdo, una broma. ¿Acaso ya estaba muerta? Pero la extraña mujer siguió hablando. ¡No callaba! Empezamos a caminar por el parque, disfrutando del aire fresco, a pesar de que era invierno, y me dijo que tendría muchos altibajos en la vida, que aquella desesperación de entonces también volvería de tanto en cuanto, pero que tenía que seguir adelante, y que viviría una revolución, y grandes historias de amor, y que sería una escritora famosa, y que tendría una hija y la llamaría Fanny, en honor a mi querida amiga, y luego otra hija que, en el futuro, todo el mundo conocería, y que al final sufriría una muerte de mujer, una muerte cruel e insoportable, pero que haría muchas cosas en mi vida para que en el futuro las mujeres no tuvieran que morir así.

Paula siente que dentro de la cama hay una camiseta, entre las sábanas. La recupera sin hacer ningún gesto brusco, primero con el pie, luego con la mano. Tiene que soltar la mano de Mary Wollstonecraft para ponérsela. Pero una vez puesta, vuelve a coger la mano de la dama de la Ilustración, porque están a gusto así.

—No sé si todo fue una alucinación o si fuiste tú la que se me apareció en Newington Green aquel día. Pero la conversación me dio muchísima fuerza, y querría darte las gracias, y hacer lo mismo por ti, si es posible.

—¿Lo mismo? ¿Me vas a decir cómo moriré?

—No, yo eso no lo sé. Recuerda que yo no vengo del futuro, sino del pasado.

Paula suspira aliviada. Menos mal.

—Pero quería darte ánimos. Es mucho lo que tienes. Eres afortunada. Pero te sobran algunas cosas. Y tienes que saber librarte de ellas.

Paula querría algo más concreto. ¿Está hablando del trabajo? ¿De Kai? ¿De lo que hace en las salas rojas? La verdad es que puede armar una lista larga, si se pone. Pero está demasiado cansada para ello.

—Y ahora me tengo que ir.

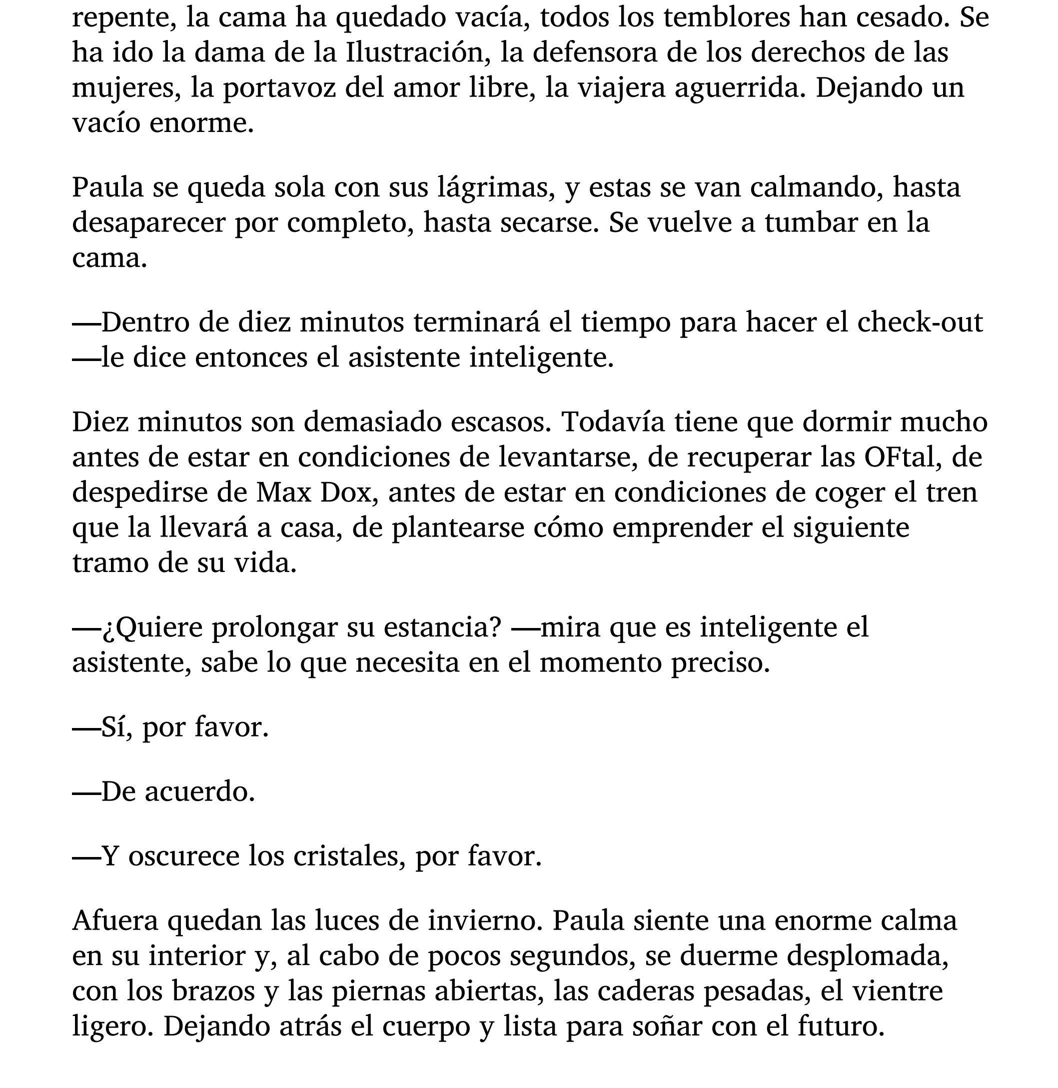
—¿Sí?

—Sí.

—¿Volverás alguna vez?

—No creo que vaya a ser necesario.

A Paula se le llenan los ojos de lágrimas. Una de esas lágrimas acaba en la camiseta. Mary le acaricia la mejilla con el dorso de la mano. Es un gesto muy suave, casi imperceptible. Entonces, Paula empieza a hipar, incapaz de controlar el llanto. Querría abrazar a su alucinación, mojar de lágrimas ese cuerpo sin materia, apretarlo, hacerlo suyo.



Pero no puede, porque, plop, Mary Wollstonecraft ha desaparecido de repente, la cama ha quedado vacía, todos los temblores han cesado. Se ha ido la dama de la Ilustración, la defensora de los derechos de las mujeres, la portavoz del amor libre, la viajera aguerrida. Dejando un vacío enorme.

Paula se queda sola con sus lágrimas, y estas se van calmando, hasta desaparecer por completo, hasta secarse. Se vuelve a tumbar en la cama.

—Dentro de diez minutos terminará el tiempo para hacer el check-out —le dice entonces el asistente inteligente.

Diez minutos son demasiado escasos. Todavía tiene que dormir mucho antes de estar en condiciones de levantarse, de recuperar las OFtal, de despedirse de Max Dox, antes de estar en condiciones de coger el tren que la llevará a casa, de plantearse cómo emprender el siguiente tramo de su vida.

—¿Quiere prolongar su estancia? —mira que es inteligente el asistente, sabe lo que necesita en el momento preciso.

—Sí, por favor.

—De acuerdo.

—Y oscurece los cristales, por favor.

Afuera quedan las luces de invierno. Paula siente una enorme calma en su interior y, al cabo de pocos segundos, se duerme desplomada, con los brazos y las piernas abiertas, las caderas pesadas, el vientre ligero. Dejando atrás el cuerpo y lista para soñar con el futuro.

Agradecimientos

Como siempre, he llegado hasta aquí gracias a la ayuda de muchas personas. En primer lugar, gracias de corazón a Arantxa Mendiharat, Idoia Zabaleta e Ixiar Rozas, las tres locas maravillosas que me metieron en el proyecto Borradores del futuro (borradoresdelfuturo.net): gracias a vosotras empecé a pisar el terreno de la ficción especulativa.

A Isidro Quintana, muchísimas gracias por la ayuda técnica sobre el metaverso.

Gracias al espacio de creación Azala por ofrecerme el mejor de los lugares para escribir a finales del invierno de 2021.

Gracias muy especiales a Miren Agur Meabe y Barbara Muzny, que me abrieron las puertas de su casa para que encontrara un rincón para escribir y las fuerzas para ello.

Muchas gracias a Iñaki Encina y Johannes Pramsholer por hacerme sentir siempre que tengo una casa en París.

A quienes leyeron el borrador y lo mejoraron con sus comentarios, gracias miles: Aixa de la Cruz, Mikel Soto, Amaia Agirre, Koldo Agirre, un beso a cada uno.

Para reconstruir la vida de Mary Wollstonecraft me he basado principalmente en dos libros: Romantic Outlaws, The Extraordinary Lives of Mary Wollstonecraft and her Daughter Mary Shelley de Charlotte Gordon (Random House, 2015) y Mary Wollstonecraft: A Literary Life de Caroline Franklin (Palgrave MacMillan, 2006).

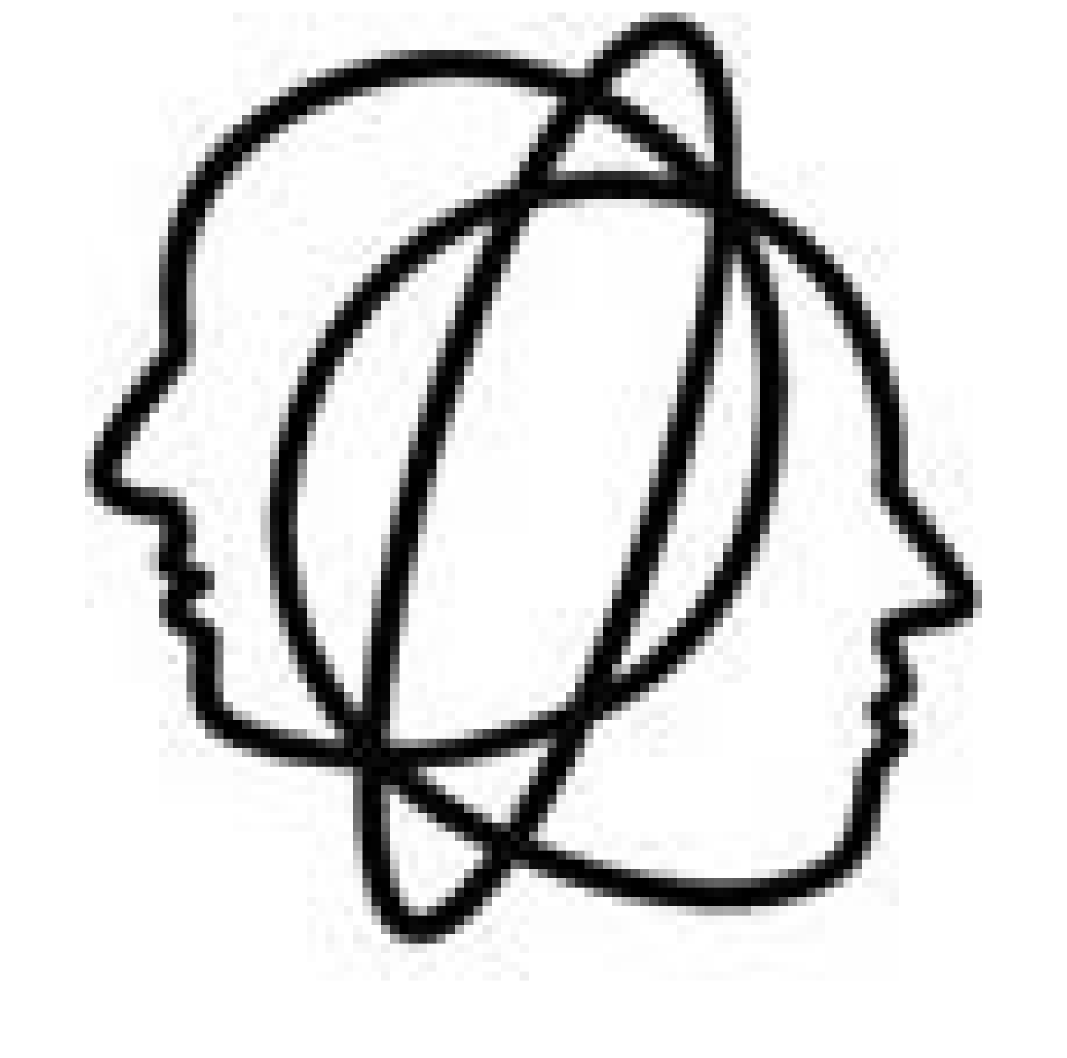
Las ideas sobre el género que aparecen en la página 91 no son realmente de Max Dox sino que las he robado del libro Females de Andrea Long Chu (Verso Books, 2019).

Gracias siempre, por todo, a mis padres.

Y más que gracias, disculpas, a quienes dejo de prestar atención mientras escribo, principalmente a mi hija y a mi hijo.

OTROS TÍTULOS PUBLICADOS

Las madres no Katixa Agirre
Mis malos pensaientos Nina Bouraoui
El pabellón 3 Bette Howland
Flores particulares Nora Eckert
Basura Sylvia Aguilar Zéleny
Otra Natalia Carrero
Yo, mentira Silvia Hidalgo



T R Á N
S I T O

Editorial Tránsito es respetuosa con el medio ambiente: este libro ha sido impreso en un papel ahuesado procedente de bosques gestionados de forma responsable.